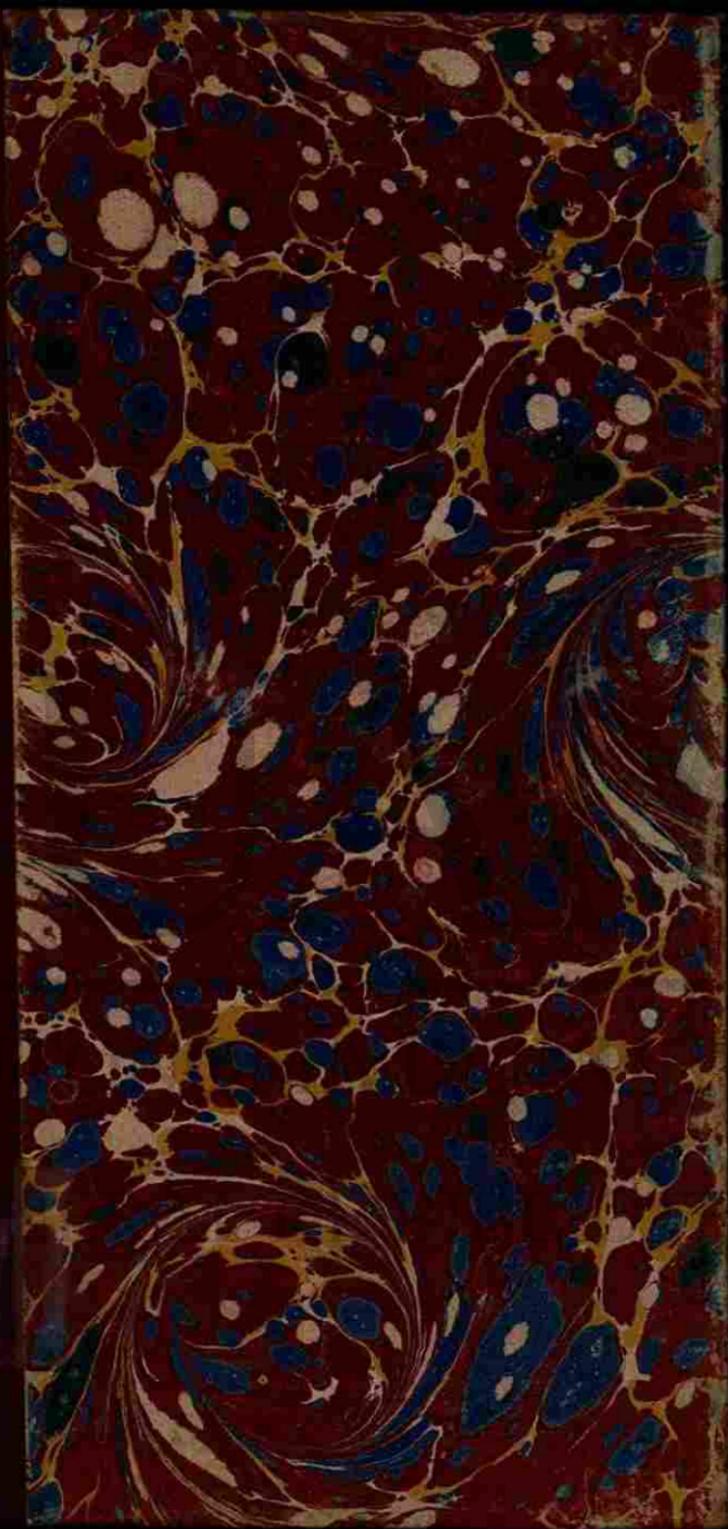


5
CIC



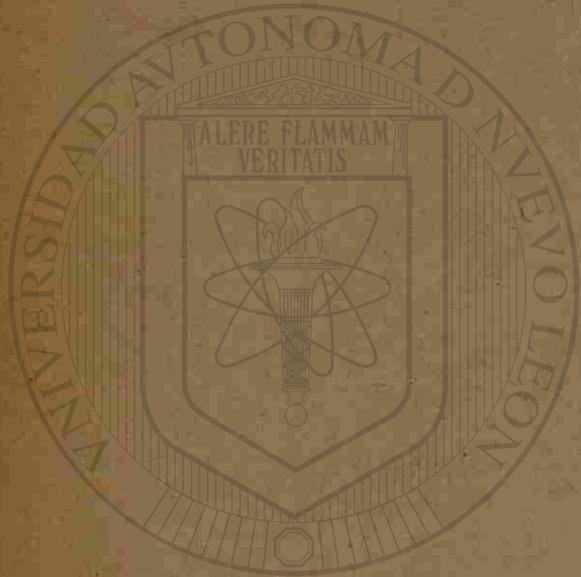
DAUDET

LA LUCHA
POR LA
EXISTENCIA

PQ2216
.L8
S6

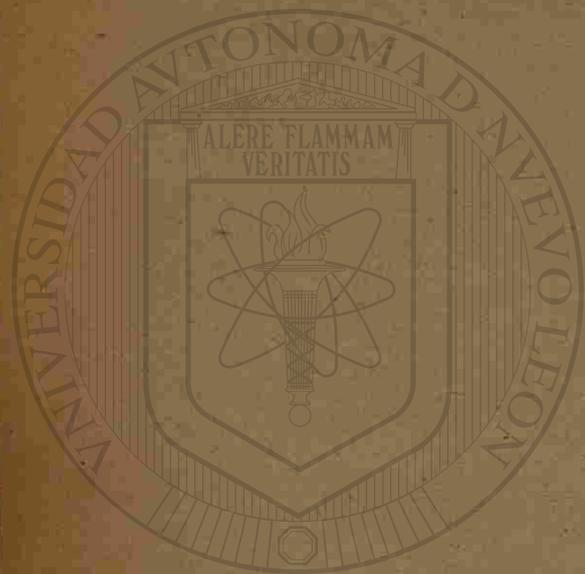


1020026221



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA LUCHA POR LA EXISTENCIA

DRAMA

Estrenado en París con extraordinario éxito en el «Gimnasio-Dramático»
el 30 de Octubre de 1889.

Núm. Clas. 842.8

Núm. Autor D238.1

Núm. Adg. 29896

Procedencia -8-

Precio _____

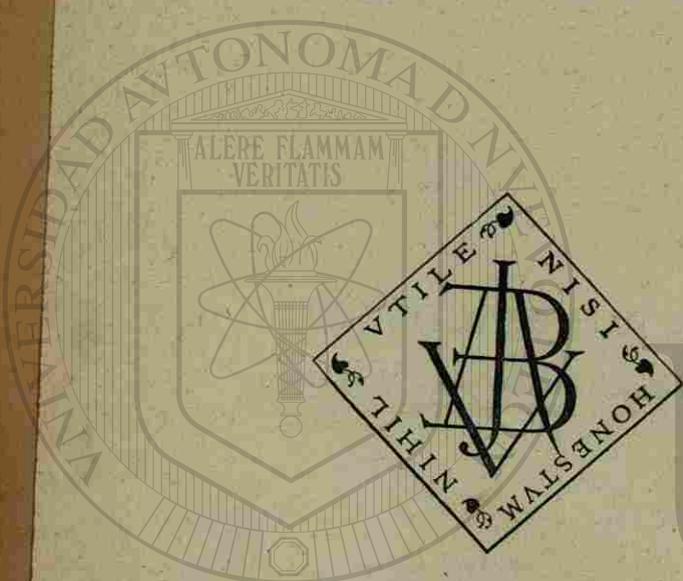
Fecha _____

Clasificó _____

Calogó _____

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



COLECCIÓN JUBERA

ALFONSO DAUDET

LA LUCHA POR LA EXISTENCIA

DRAMA

EN CINCO ACTOS Y SEIS CUADROS

TRADUCCIÓN DE H. GINER

Dibujos de P. Carcedo. Heliotipias de Laurent.
Fotograbados y cromotipia de Laporta.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

MADRID

SÁENZ DE JUBERA, HERMANOS, EDITORES

10, Campomanes, 10.

1890

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

098508

29396

843
D

PQ 2216
.L8
S6



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSI
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

E. RUBIÑOS, IMPRESOR.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



PERSONAJES

VAILLANT, administrador de Correos, sesenta años.
PABLO ASTIER, diputado, treinta años.
CHEMINEAU, pasante de abogado, treinta y dos años.
EL CONDE ADRIANI, Guardia noble, veintiocho años.
ANTONINO CAUSSADE, jefe de laboratorio, veinticinco años.
LORTIGUE, secretario de Pablo Astier, veintitrés años.
HEURTEBIZE, portero mayor del castillo de Mousseaux.
EL NOTARIO.
EL DUQUE DE BRÉTIGNY, de la Academia Francesa, setenta años.
STENNE, criado de Pablo.
SOLDADO primero, del 12.º de cazadores.
SOLDADO segundo, del id. id.
EL MANDADERO.
MARÍA ANTONIA, antes duquesa Padovani, en la actualidad señora de Pablo Astier, cincuenta años.
LA GENERALA, cuarenta años.
ESTHER DE SÉLÉNY, veinte años.
LIDIA, hija de Vaillant, veinte años.
LA MARQUESA DE ROCANERE, veinticinco años.
LA CONDESA DE FÓDER.

SERVIDUMBRE DE LIBREA, LACAYOS, JARDINEROS

La escena en París y en el castillo de Mousseaux
(departamento de Loir-et-Cher.)



PRÓLOGO

«Ciertamente no discuto yo al gran
»Darwin, sino á los hipócritas bandidos
»que lo invocan; á aquellos que de una
»observación, de la afirmación de un sa-
»bio, quieren formar el artículo de un Có-
»digo y aplicarlo sistemáticamente. ¡Ah!
»A vosotros os parecen grandes, admira-
»bles esas gentes. Y yo os digo que no
»lo son... No hay nada grande donde no
»hay bondad, ni piedad, ni solidaridad
»humana. Yo os digo que esas teorías de
»Darwin, llevadas á la práctica, son in-
»fames, porque tienden á buscar al bruto

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

»en el fondo del hombre, y porque, como dice Herscher, despiertan lo que queda á cuatro patas en el cuadrúpedo puesto de pie.»

Estas palabras, que pronuncia uno de mis personajes, resumen el alto pensamiento de mi obra y su vasto título, demasiado vasto si se le toma al pie de la letra: *La lucha por la existencia*.

Ciertamente no he tenido yo la pretensión de relatar en una velada, ni en un libro, ni siquiera en una serie de libros, esa batalla de la vida de la cual no vemos nunca más que un rincón, el nuestro, como le sucede al soldado perdido en esas grandes masas de hombres mezclados que han descrito Stendhal y Tolstoi, sobre las cuales se cernerá siempre el mismo misterioso destino, oscuro y embozado, á pesar del reciente invento de las pólvoras sin humo. No: no he querido más que poner en escena algunas muestras de esa nueva raza de gentecillas feroces á quienes la fórmula darwiniana de *la lucha por la existencia* sirve de pretexto y excusa para todo género de villanías y de infamias.

Ese tipo no existía en nuestro país antes de la guerra.

«Francia es sentimental, y debe convertirse en científica,» decía á menudo Gambetta; y recuerdo cuánto participaba yo entonces de sus ideas y con cuánto ardimiento eran adoptadas en torno suyo las brutales fórmulas sajonas de: «El fuerte se come al débil... la supremacía del más apto,» etc. De pronto sobrevino el crimen de Lebiez y Barré, el asesinato científico basado en las teorías darwinianas, con las cuales pretendían escudarse aquellos dos bandidos, especialmente Lebiez, que era el pensamiento del otro, el cerebro común á los dos; Lebiez, el cual, después de cometido el crimen, tuvo el terrible aplomo de dar una conferencia en el barrio de las Escuelas acerca de la lucha por la vida, y de repetirla, en parte, ante el juez de instrucción.

Entonces se me presentó con claridad el peligro de la idea mal comprendida; la posibilidad de que miserables ó ignorantes llevasen á la práctica doctrinas desviadas de su verdadero sentido; el atroz egoísmo humano, decretado como una ley nueva, y todas las saciedades de las malas pasiones, todos los crímenes legitimados en nombre de una teoría na-

tural formulada por un gran pensador en el aislamiento y en la abstracción de su gabinete. Al mismo tiempo, con aquel Lebiez, bestia pedante y malvada, de quien oía yo decir á sus compañeros con la mayor seriedad: «Es un tipo magnífico... un muchacho muy listo,» se me reveló la modernísima fisonomía del luchador por la existencia ó *struggle for lifeur*, como lo he denominado por complacer á los parisienses á quienes lo que más agrada en el mundo es usar palabras extranjeras, y los cuales contaban ya con el *high-lifeur* en su repertorio.

La silueta de aquel bribón pedagogo y científico me interesaba de tal manera, la sentía yo tan verdadera, tan contemporánea, que comencé á escribir un libro, mitad novela, mitad historia, titulado: *Lebiez y Barré.—Dos jóvenes franceses de estos tiempos.* Trabajaba en ese libro hacia ya algunos meses, cuando fué publicada en Francia la traducción del admirable *Crimen y castigo*, de Dostoiewski, el cual resultaba ser exactamente (y hecho por un hombre de genio) el libro que yo quería escribir.

El estudiante ruso Rodion personificaba al estudiante Lebiez: sus soliloquios

filosofando sobre el asesinato de la pobre vieja, eran los diálogos que yo imaginaba entre Lebiez y Barré, por la noche, en las tiendas de bebidas de la calle Racine. Aquel artículo de revista escrito por Rodion bajo el epígrafe: *El derecho á matar*, era la conferencia de Lebiez en el barrio Latino. Tuve que renunciar á mi libro; pero el *struggle for lifeur*, que continuaba persiguiéndome, reprodujo en torno mio una multitud de ejemplares, aumentándose cada día más, multiplicándose en la sociedad, en los medios políticos, artísticos y sociales, de tal suerte, que una mañana ese vividor de Pablo Astier, amalgama de varios jóvenes aventureros que yo conozco, surgió ante mi mesa de escritor, correcto, siniestro y perfectamente formado, ta como lo he mostrado en *El Académico* y en *LA LUCHA POR LA EXISTENCIA*.

Dudo mucho que ése haya leído á Darwin; hasta estoy seguro de lo contrario: pero lo poco que de él sabe, lo cual trae con gusto á colación en el Casino, en la Cámara, en los baños, en las salas de armas, en todas partes donde se está entre hombres, porque delante de las mujeres el muchacho habla de otro modo

muy diferente; las pocas fórmulas darwinistas que ha cogido al vuelo, le bastan para explicarse científicamente á sus propios ojos, y hasta á los ojos de las demás gentes, su existencia criminal de ambicioso sin entrañas, de espadachín y de vividor. «¡Es una canallada, pero á mí me importa poco! Lucho por la vida.»

Observad que Lebiéz trabajaba en nombre del mismo principio; entre los dos *struggle for lifeurs* que tienen la misma alma infame y llena de perversidad, la diferencia única consiste en el decorado y en el traje. Es puramente una cuestión de ropa blanca. He procurado dar esa sensación al público, y he querido que cuando Pablo Astier relata el suicidio de Lidia Vaillant, su víctima tenga los brazos desnudos, la camisa desabrochada, los puños remangados; he querido que el *struggle for lifeur* apareciera en su cínica brutalidad, y no disfrazado con la corbata blanca y el frac. De ahí ese cuadro del cuarto-tocador, en el cual algunos espíritus poco elevados no han creído ver más que una escena de descuido naturalista.

Ciertamente que hay la menor analogía posible entre él, hombre de mundo,

hombre de Estado, hijo y nieto de académicos, y aquel miserable á quien el bribón elegante ni siquiera concibe: darwinista, sí, pero de otra catadura, y defendido por su ambición, por su afán de poder, preservativos tan eficaces como la mejor conciencia de hombre honrado. No temáis, pues, que le ocurra nada al joven Astier. Por mucho afán que tenga por desembarazarse de su caparazón, no hay peligro de que ceda á la tentación criminal. ¡Es demasiado avisado, demasiado hábil! Y de pronto, he ahí una cosa más fuerte que él—luego hay algo por encima del hombre más fuerte—que surge y pone en sus manos un arma segura y efficacísima. Confieso que eso es lo que más me gusta de mi drama: ese frasquito colocado encima del tocador como por una misteriosa voluntad, para tentar, enloquecer al *struggle for lifeur* y llevarlo hasta el borde del crimen...

¿Por qué no va hasta el fondo?

Dos motivos hay para ello. El primero es que el mundo, en definitiva, tiene ciertos hábitos de corrección y de elegancia que le sirven de freno, á pesar de todo. «La corbata blanca es casi moral,» como dice Chemineau. Y la otra

razón es que Pablo Astier pertenece á una generación de *un montón*, en el cual, sin creer en absoluto en las instituciones tradicionales, se tiene todavía cierto vago instinto de la ley, del guardia civil. Tal vez yo me equivoque, pero me parece que ese contingente de hombres de treinta á cuarenta años, poco determinado, así para el mal como para el bien, raza de Hamlets atormentados é investigadores, no ha llegado todavía al *nihil* absoluto, y trabaja para ese otro contingente deslustrado de todo respeto y de toda moral.

○ Por lo demás, no dudéis que si á Pablo Astier le faltó audacia la primera vez, ni la mano ni el corazón le faltarán para el segundo golpe. La pobre María Antonia está tan segura de ello, que—emocionada aún por la lectura de Herscher, aquella espantable historia de crimen y de cadalso—rebose bruscamente en el corazón la piedad maternal que existe siempre en el fondo de todo cariño de mujer; y para evitar que el miserable tenga otra tentación, que sería irresistible esta vez, para evitarle la vergüenza y el horror del suplicio, consiente en el divorcio, que la ultraja en todas sus con-

vicciones, y con el cual había jurado no transigir jamás.

Algunos habrían querido que el drama se detuviera ahí, y, que, más conforme con las leyes ordinarias de la vida, hubiese yo dejado á Pablo Astier triunfante, libre de su vieja esposa, comerse tranquilamente los millones de la austriaca. Pues bien; yo tengo una visión enteramente distinta de la existencia.

Creo en absoluto en la fórmula de que *todo se paga*; he visto siempre al hombre cobrar el precio de su trabajo, bueno ó malo, y no en la otra vida, la cual no conozco yo, sino en ésta, en la nuestra, tarde ó temprano.

Ahora confieso también que mi odio á los malvados es tal, que quizás haya puesto demasiado refinamiento en la ejecución de mi Pablo Astier.

Lo he cogido en plena felicidad, cuando era tan dichoso que estaba á punto de volverse casi bueno, con una brizna de naranjo entre los labios y en los ojos el brillante reflejo de su hermosa húngara; y en ese momento preciso, escogido, he hecho que Vaillant le aplique la ley darwiniana de que el más fuerte se come al más débil: «Tengo armas; tú no, y te su-

primo, bandido.» ... ¡Oh buen tío Vaillant!... Ese, sin embargo, no es un *struggle for lifeur*; procede de un barco viejo, muy viejo, en el cual se tenían por pasadas de moda una porción de cosas; y una vez dado el golpe, una vez muerta la fiera, aquel gesto suyo volviéndose hacia el cielo, mientras repite, como un eco, el glacial *adjudicado* de la subasta, muestra bien claramente de cuál adjudicación suprema y vengativa se figura ser instrumento. «¡Bravo, d'Ennery!» murmuró en un rincón el joven y vivaracho «Tupé de Nimes.» En el fondo, yo participo algo de su opinión; pero ¿qué queréis? tengo de tal suerte metido en la sangre ese odio de la bestia inmundada, que habría sido capaz de disparar yo mismo contra ella.

Réstame dar las gracias desde el fondo de mi corazón al director del Gimnasio y á los actores intérpretes de LA LUCHA POR LA EXISTENCIA; porque no se me oculta que con una interpretación como las corrientes y con un cuadro menos perfecto, mi obra no hubiera tenido la acogida del público que éste le dispensó. Es larga, recargada de pormenores, exige que se fije en ella la atención, de la

cual son muy avaros los parisienses, y á veces hace reflexionar, cosa que no es del agrado de todo el mundo. «Un pensamiento! ¡Oh! ¡ahí es nada!» Gracias á Víctor Koning y á sus excelentes artistas, he triunfado cuando podía temer un fracaso; es para mi una felicidad expresarles mi gratitud públicamente.

Temía yo, sobre todo, que la crítica hiciese pagar á LA LUCHA POR LA EXISTENCIA su próximo parentesco con *El Académico*, del cual mi drama es en cierto modo la prolongación y la consecuencia. No ha sucedido nada de eso. La prensa me ha demostrado mucha benevolencia, ó por lo menos imparcialidad. En una ó dos críticas extrañas, se me ha figurado oír rugir sordos odios de académicos, y á la verdad que me asombro de ello; porque en mi drama no hay ni una sola palabra antiacadémica. Y, además, ¿de qué era culpable, en definitiva, ese *Académico* tan maldecido? ¿De haber hablado irrespetuosamente de la Academia Francesa? Pero ¿queréis decirme qué se respeta ya en estos tiempos que corren? ¿Acaso no ha habido académicos, y de los más famosos por cierto, que han maltratado á personajes muy honorables, ó que por

tal pasaban? ¿No ha arremetido Taine, de la Academia Francesa, contra Napoleón, el más alto señor de este siglo, en el cual se cuentan hombres de la talla de Bismarck? ¿Os parece que Renan, académico también, ha sido muy reverente para con Jesucristo, de cuya biografía, hecha por él, se han tirado más de trescientos mil ejemplares?

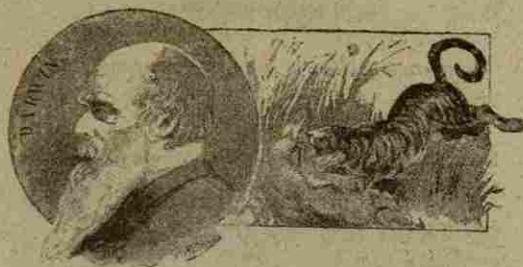
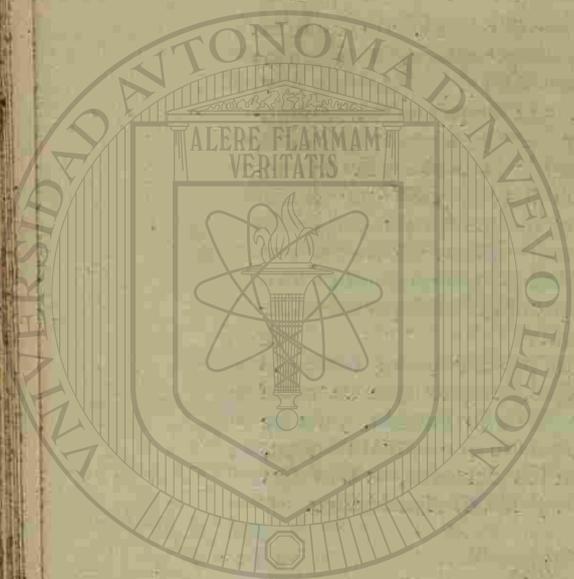
Y yo, por algunas familiaridades que me he tomado con esa respetable institución; por haberme permitido decir que sus favores no estorban, pero tampoco prueban nada; que los hombres de valía se pasaban muy bien sin su estampilla; por mi audacia al levantar el velo que oculta las picardihuelas de esa gente que tiene intrigas especiales, las corrientes múltiples y contrarias que soplan por aquellos fríos corredores, las caídas en aquellas tortuosas escaleras, los chichones que los más orgullosos se han hecho en la frente al encorvarse al nivel de aquellas puertas bajas; por haber compadecido las amarguras de los candidatos que atrae la Academia, y que arrastra á remolque suyo; por haber señalada, en fin, á la juventud artística el lazo que tienden á todas sus altiveces, á to-

das sus independencias... ¡de cuántos insultos, de cuánta cólera, de cuántas injurias he sido objeto!

Hasta esa larga requisitoria de monsieur Quesnay de Beaurepaire, el cual, para hacer mejor la corte á la Academia, subrayaba los párrafos que citaba de mi libro por medio de puntos de indignación y pudibundez, figurando con ellos las suciedades que no podía citar, y á las cuales atribuía el éxito escandaloso de la obra...

Pero... ¿á qué buscar tanto? Todo eso está ya muy lejos, puesto que se trata de una novela del año pasado, y ya se me olvidaba que de lo que se trata ahora, lo que figura en los carteles, es LA LUCHA POR LA EXISTENCIA, y no *El Académico*.





ACTO PRIMERO

En casa de Pablo Astier, en el hotel Padovani.

Despacho majestuoso, alto de techo, severas colgaduras.— A la derecha la habitación de Pablo Astier, oculta por magníficos tapices oscuros.— Gran ventana a la izquierda.— Mesa de despacho, cargada de folletos; el sillón debe estar colocado dando frente a la habitación de Pablo.— En el fondo, puerta vidriera que da acceso a la terraza y al jardín del hotel.— Al levantarse el telón la ventana de la izquierda está abierta de par en par.— Es por la mañana.— El joven Stenne, subido en un taburete, limpia los cristales.

ESCENA PRIMERA

LORTIGUE Y STENNE

LORTIGUE (*entrando por el foro, muy elegante, con una servilleta debajo del brazo y el cuello levantado*).

¡Buenos días, joven Stenne!

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

STENNE (*subido en el taburete, y sin volverse*).

Buenos días, señor Lortigue.

LORTIGUE (*poniendo la servilleta encima de la mesa*).

Está fresquita esta mañana de Abril.
¿Y el amo? ¿De paseo?

(*Abre una caja de cigarrros, se coloca uno en la boca y coge un puñado, que se dispone á meter en su petaca.*)

STENNE

No, señor Lortigue. El señor no ha salido aún de su cuarto.

LORTIGUE (*volviendo á poner rápidamente los cigarrros en la caja*).

Pero ¿está enfermo?

STENNE

¿Enfermo? Él... Pablo Astier... (*rese.*) ¡Jamás!

LORTIGUE

Es tan extraordinaria la cosa... (*baja la voz y señala á la habitación.*) ¿Está solo?

STENNE

Supongo. No entro nunca hasta que me llaman. Pero hay que creer que está solo, puesto que la señora se encuentra en Mousseaux, en su castillo de Turena, desde hace tres meses.

LORTIGUE

Precisamente... tres meses son mucho tiempo, sobre todo para una casa que se viene abajo. (*Hace señas al criado para que baje del taburete.*) ¿No sabes nada nuevo? ¿No se habla de nada en la cocina?

STENNE

¿Nuevo?... ¿Entre el señor y la señora?

LORTIGUE

No, no es eso... Es que Hémerlingue, su banquero, acaba de quebrar. Parece que á ellos les coge la quiebra y que todo se lo lleva la trampa.

STENNE

No puedo decir á usted nada... Lo que hay es que somos siempre diez ó doce á la mesa de los criados, que la señora tiene otros tantos con ella en el castillo, y que se mantiene el mismo tren de caballos, de coches, de carruajes, de caza. ¡Oh! Y además, sepa usted, señor Lortigue, que con este hombre yo no me asusto nunca. ¡He visto tanto cuando trabajábamos de arquitecto!...

LORTIGUE

Es verdad que era arquitecto antes de casarse.

STENNE

¡Ya lo creo...! Nosotros hicimos la embajada otomana, la hidroterapia Kayser, la restauración de Mousseaux, nuestra obra maestra.

LORTIGUE

Efectivamente, fué una obra maestra. Al restaurar el castillo, hacerse amar por la castellana y decidir á la altiva duquesa María Antonia Padovani, Mari-Anto, como la llaman sus primos, á que se convierta en la señora de Pablo Astier... Fué lo que se puede llamar una obra de provecho.

STENNE

Y cuidado que al principio la vida fué dura. Me acuerdo de nuestra casa de la calle de Fortuny, una casita muy mona, estilo Luis XII, edificada por nosotros. Allí dentro hemos sostenido verdaderos bloqueos. ¡Hasta tuvimos hambre!... ¡Se comía uno las molduras!

LORTIGUE

¿Hace mucho tiempo de esos días heroicos?

STENNE (*volviendo á su faena.*)

Tres años escasos... Después se metió en política, como todo el mundo, y hoy nos vemos diputado, marido de una Duquesa, primo de los individuos de más relumbrón de Francia...

LORTIGUE

¡Y limpiando cristales en el hotel Padovani, que es lo mejor que hay en el barrio como mansión señorial!... Tienes razón, muchacho; una suerte así es cosa que tranquiliza.

STENNE

Sí, suerte; pero además... (*haciendo una mueca*) sabe la aguja de marear, sabe preparar los colores de su paleta. No hay en el mundo quien combine mejor que él los colores, ni quien sepa tomar en más justas proporciones el blanco, el azul, el rojo. Jamás se equivoca ni toma un tubo por otro.

LORTIGUE

Lo cual vale mucho en política.

STENNE

Sí; pero antes de llegar á eso, ¡cuántos trabajos! ¡Cuántas miserias!

LORTIGUE

Sin embargo, el padre de Astier era rico. El Sr. Astier de Chauvagnat, individuo de la Academia Francesa, que habitaba en el Instituto las habitaciones del gran Villemain... ¿No os ayudaba?

STENNE

No por cierto. Jamás nos entendimos con el viejo.

LORTIGUE

La verdad es que el padre y el hijo no son de la misma escuela. Es cosa rara

que de aquella peluca vieja, de aquel montón de lucubraciones histórico-filosóficas: *Estudio sobre Marco-Aurelio*.— *La misión de la mujer en este mundo*, haya salido un tipo tan completo como el amo, tan práctico, tan moderno (*señalando á la habitación*). ¡El ha entendido de muy diferente manera que su papá la misión de la mujer en este mundo! ¡Y no quiso pudrirse mucho tiempo en la casa del gran Villemain! Es maravilloso lo poco que se parecen entre sí los individuos de una misma familia... Y le va muy bien...; precisamente los *Debates* de esta mañana... ¡toma! y ahora que caigo, es preciso que le enseñe el periódico... (*Se acerca á la puerta de la alcoba, levanta el tapiz y llama dando un golpecito con la mano*). Soy yo... Lortigue... el ilustre jefe de la secretaría de usted... aquel á quien ha tenido usted la bondad de designar con el apodo de Tupé de Nimes... (*No se oye la voz de Pablo Astier, sino solamente la de su secretario*.) Sí, señor... No, señor... (*con sonrisa cortésana*.) ¡Ahl ¡ahl muy bonito... ¿Sabe usted que los *Debates* anuncia su nombramien-

to?... Encima de la mesa, sí. (*Se acerca á la mesa y coloca encima de todos un periódico desdoblado: luego vuelve á la puerta*.) Esta noche hay ópera. ¿Hay que mandar el palco á la generala Sélény?... ¡Ah, sí! es verdad que estas señoras están viajando... (*Aparte, acercándose á la mesa*.) Por eso no ha salido hoy á paseo... el ojeo está interrumpido!... (*Volviendo hacia la puerta de la alcoba*.) También dejo encima de la mesa el nuevo tomo de Herscher, del cual habla todo el mundo... Sí; ya sé que no lee usted nunca novelas, sino que las hace... Pero esto no es una novela... Es un estudio sobre la juventud de Darwin, el autor predilecto de usted.

(*Ha colocado el libro de Herscher encima de la mesa, y mira minuciosamente el correo, los timbres, la letra de los sobres y hasta el contenido de éstos, poniéndolos al trasluz*).

STENNE (*que pasa junto á él y se va por el foro, llevándose el taburete, después de cerrar la ventana, con tono de burla*):

Nada, sin miedo... Pues ya que ha em-

pezado usted, limpie también los cristales.

(Váse.)

LORTIGUE (*acercándose nuevamente á la puerta*).

¿No tiene usted nada más que mandarme? Bueno... además ya verá á usted en la Cámara... Pasaré por Agricultura para el asunto de ese primo... ¡Pesado y comprometedor es el tal pariente de provincias!... Y desagradecido además... Perfectamente... comprendido... no tiene sentimientos.

(*Váse por el foro. La escena queda sola un momento; luego un brazo de mujer levanta el tapiz de la puerta de la alcoba, y se oye la voz de Lidia*).

LIDIA (*fuera*).

No, no; ¡si no hay nadie!

ESCENA II

LIDIA VAILLANT, luego PABLO ASTIER.

LIDIA *en corsé, los brazos y los hombros desnudos, acabando de alisarse y sujetarse el pelo con las horquillas*.

Quiero leer ese periódico. (*Se acerca rápidamente á la mesa y recorre con la vista el periódico que Lortigue ha dejado desdoblado*.) ¡Ah! ¡Aquí está! (*lee*). «En el Consejo de Ministros de ayer mañana quedó acordado el nombramiento del Sr. D. Pablo Astier para subsecretario del Ministerio de...»

(*Lidia, en pie, se queda pensativa con el periódico en la mano*.)

PABLO ASTIER (*en traje de mañana, elegante. Antes de entrar, llama*).

¡Lidia! (*entrando*). ¿Qué pasa, hija mía?

LIDIA (*dejando el periódico*).

Estoy pensando que ahora estás hecho un grande, un grandísimo personaje.

PABLO ASTIER

Sí, seremos Ministro antes de los treinta y cinco años. La cosa es bonita.

LIDIA

¿Y qué será de tu pobre Lidia en esta apoteosis?

PABLO ASTIER

Será siempre lo que yo más ame en el mundo... ¡Ah! Si pudiera ser libre y hacerte mi mujer, mi verdadera mujer...

LIDIA

Jamás he pedido más que tu amor... Sobre todo no quiero que te canses de

mí. Cuando estés harto, cuando vea en tus ojos que ya no me amas... cosa que parece que se lee muy bien... en vez de enfadarme y de volverme mala...

PABLO ASTIER (*á media voz*).

¿Qué harás?

LIDIA

Veamos tus ojos... ¡Ah! Mientras me miren así, estoy tranquila.

PABLO ASTIER (*se inclina y le da un beso en los desnudos hombros*).

¡Alma mía!

(*Abrese bruscamente la puerta del foro. Entra Chemineau. Lidia da un grito y se refugia en la alcoba.*)

ESCENA III

PABLO ASTIER, CHEMINEAU (*sonriente, todo ofendido, con corbata blanca, aspecto de hombre de negocios. Cartera de viaje colgada de una correa.*)

PABLO ASTIER

¡Hola, Chemineau!... ¡Entra, hombre!

CHEMINEAU

¡Qué estúpido ese Lortigue, no haberse atrevido!... (*Le estrecha la mano y señala hacia la alcoba.*) ¡Es bonita! ¿es nueva?

PABLO ASTIER

¡Ah! sí... nueva... ¡seis meses! Empiezo a tener...

CHEMINEAU (*señalando á la alcoba.*)

Ten cuidado.

PABLO ASTIER

Está caído el tapiz... No se puede oír nada.

CHEMINEAU

Ya estoy al cabo de la calle...; es la muchachita aquélla, antigua protegida, señorita de compañía de la Duquesa... (*con tono de amistoso reproche*). Pero ¿por qué la recibes aquí? ¿No tienes ya tu cuartito de soltero de la Avenida Gabriel?

PABLO ASTIER

¡Oh! Esto es por una vez. Observa, además, que ha entrado por la calle de Lille y por el jardín, y que se irá por el mismo sitio; las apariencias están cubiertas.

CHEMINEAU

No importa; haces mal... en la situación en que te encuentras respecto de

tu mujer... vigilado, seguido paso tras paso y en todos los momentos...

PABLO ASTIER

Sí, ya sé, por Lortigue...; pero ese no dice más que lo que yo quiero que diga, y no recoge más que lo que yo deo caer.

CHEMINEAU *(con sonrisa de admiración y acento un poco afectado)*.

¡Tunante! ¡Eres buena pieza!... *(Señalando á la alcoba.)* De modo que haces que venga aquí á propósito...

PABLO ASTIER *(riendo)*.

¡Quizás!...

CHEMINEAU

¿Quieres provocar la cólera de tu mujer... una ruptura completa... la separación definitiva?... Pues, hijo, no lo conseguirás.

PABLO ASTIER

¿Eso crees?... Es verdad que vienes de Mousseaux.

CHEMINEAU

Esta mañana he llegado de allí.

PABLO ASTIER

¿La has visto?

CHEMINEAU

¿A tu mujer?

PABLO ASTIER *(apretando los dientes)*.

Sí, á mi mujer... ¿Cómo está?

CHEMINEAU

Perfectamente. Con una valentía, con una serenidad ante la ruina, admirables; está dispuesta á sufrir todo cuanto so-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MÉXICO

brevenga. Podrás vender el castillo, las tierras, los muebles, los trenes, los caballos. Te deja libertad completa. Pero eso del divorcio es harina de otro costal. He querido sondearla, echarle algunas indirectas; pero me contestó con un «¡jamás!» tan enérgico, tan terminante y tan brusco, tan á lo Padovani, que me dejó helado. Me acordé de Lortigue, de «Tupé de Nimes» cuando quiso ir por lana y salió trasquilado. Y que tenía en la mano precisamente el mismo látigo perrero que aquel día. Tomé la puerta y me dirigí á visitar la posesión. Es verdaderamente regia, hijo, con sus anchurosas avenidas, que van á salir todas á la gradería de honor de la fachada principal, con sus cuatro torreones almenados. con su magnífica galería que da vista al río... Lo difícil, lo terrible, ha de ser encontrar quien la compre.

PABLO ASTIER

Eso ya está encontrado.

CHEMINEAU

¿Sabe que se trata de tres millones?

PABLO ASTIER

Tres millones... aunque sean cuatro, lo que sea necesario. En este momento la están visitando.

CHEMINEAU

¡Diablo!... ¿De modo que vendes amistosamente?

PABLO ASTIER

No, no, en subasta. No quiero que se sepa que conozco á los compradores.

CHEMINEAU

Eso hace variar mucho el negocio. Si vendemos Mousseaux en tres millones... el daño es reparable. Mira, al venir hacía yo un cálculo aproximado, y oye lo que resulta de él.

ESCENA IV

DICHOS, STENNE

PABLO ASTIER

¿Quién es?

STENNE

Dos caballeros que tienen mucha prisa,
y que insisten mucho en ver á usted.

CHEMINEAU

¿Tienes algún asunto?...

PABLO ASTIER

¿Asuntos?... No; creo que no. *(Toma de
manos del criado las dos tarjetas, las
mira, se estremece, da un paso hacia la
puerta de su alcoba y vuelve hacia Che-
mineau, que quiere retirarse.)* No te va-

yas. *(Al criado.)* Di que esperen un mo-
mento.

(Váase Stenne.)

ESCENA V

PABLO ASTIER, CHEMINEAU

PABLO ASTIER

Tienes razón. *(Mirando á la alcoba.)*
Era una imprudencia... *(Enseñándole
las dos tarjetas que tiene en la mano.)*
El padre... y el novio...

CHEMINEAU *(leyendo en voz alta).*

«Vaillant, administrador de Correos y
Telégrafos.—Doctor Antonino Caus-
sade, jefe de laboratorio...» *(Interrum-
piéndose rápidamente.)* No, hombre; no
por cierto.

PABLO ASTIER *(sorprendido).*

¿Cómo?

CHEMINEAU

Verdad que son el padre y el novio, pero no vienen para lo que tú supones. Se trata de una cuestión de arrendamiento; del contrato de arrendamiento de un inmueble que está para terminar. Hace tiempo que tu mujer había hecho en favor de esos Caussade un abandono absolutamente estúpido, que me ha parecido inútil renovar. Se dirigen á tí en alzada, y ya me habían dicho que lo harían.

PABLO ASTIER

¿De modo que tú crees?...

CHEMINEAU

Es una simple coincidencia. Además, ¿quieres que los reciba yo? Me entretiene á mí ese viejo. No hace más que soplar y soplar...

PABLO ASTIER

Eso es, recíbelos... será más prudente.

(Váse por la puerta de la alcoba.)

ESCENA VI

CHEMINEAU, STENNE, después VAILLANT
Y ANTONINO

CHEMINEAU *(instalándose en la mesa-despacho de Pablo y llamando á Stenne).*

Que entren esos señores.

(Ha tomado el temo de Herscher y lo hojea con un magnífico cuchillo de cortar papel, arrellanado en un sillón, tapándose la cara con el libro. Entran Vaillant, con bigote cano, estirado, nervioso, aspecto militar; y Antonino, estrecho de hombros, con gafas, un poco encorvado á causa de los trabajos de laboratorio, aspecto tímido y embarazado. Chemineau, sonriendo bondadosamente y saliendo de detrás del libro.)

VAILLANT *(sorprendido).*

Pero... si es al Sr. D. Pablo Astier...

CHEMINEAU

Como había dicho yo á ustedes, mi amigo Pablo Astier, ocupado en sus quehaceres parlamentarios, con los trabajos de la Comisión de presupuestos, me ha dado á mí el encargo de arreglar con ustedes esa pequeña diferencia.

ANTONINO (*hablando con esfuerzo y tartamudeando ligeramente*).

Probablemente... el Sr. Astier ignora las condiciones en las cuales se hizo... el... el... en fin... ¿no es cierto?

VAILLANT

Déjame, déjame á mí, hijo mío. Vámonos... Vente.

CHEMINEAU

Pero ¿por qué no quiere usted que su amigo se explique? Este joven me parece muy despejado.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DAUDET"
Año 1826 MONTERREY, MEXICO

CHEMINÉAS

Como habla dicho yo a ustedes, mi amigo Pablo Astier, ocupado en sus quehaceres parlamentarios, con los trabajos de la Comisión de presupuestos, me ha dado a mí el encargo de arreglar con ustedes esa pequeña diferencia.

... me habla dicho yo a ustedes, mi amigo Pablo Astier, ocupado en sus quehaceres parlamentarios, con los trabajos de la Comisión de presupuestos, me ha dado a mí el encargo de arreglar con ustedes esa pequeña diferencia.

... me habla dicho yo a ustedes, mi amigo Pablo Astier, ocupado en sus quehaceres parlamentarios, con los trabajos de la Comisión de presupuestos, me ha dado a mí el encargo de arreglar con ustedes esa pequeña diferencia.

VALENT

Déjame, déjame a mí, hijo mío. Vámonos... Venie.

CHEMINÉAS

Pero ¿por qué no quiero usted que su amigo se explique? Este joven me parece muy desgraciado.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
 CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ESTADÍSTICAS
 AV. ATAHUALPA 1404, SAN ANTONIO DE LOS BAÑOS, NUEVO LEÓN, MEXICO



P. Carcedo

Acto I. Escena III.

VAILLANT

No tenemos nada que tratar con usted. Puesto que no hay medio de encontrar al Sr. Astier en su casa, iremos á verlo á la Cámara. Es un hombre público, y tiene el deber de recibirnos. Vamos, Antonino.

CHEMINEAU

Vamos, Sr. Vaillant, sea usted razonable; bien sabe usted lo que es una consignación... Usted que ha sido militar... Porque seguramente habrá usted servido en el ejército.

VAILLANT *(con menos dureza)*.

No, señor; no he servido, y lo lamento. Ser soldado fué la ambición de mi juventud; pero tenía muchas obligaciones, mucha gente á mi cargo, hermanas, hermanos á quienes educar, una madre viuda y enferma... algo de lo que le pasa á mi ahijado Antonino, aquí presente.

CHEMINEAU (*mirando á Vaillant*).

¡Pues es raro! La manera de andar, el aspecto; ¡pues si es usted más militar que todos los militares!...

VAILLANT

Sí, he jugado á los soldados ya que no podfa hacer otra cosa... (*sonriendo*.) En la Dirección me llaman todos el comandante.

CHEMINEAU (*saludando militarmente*).

Pues entonces, mi comandante, póngase usted en mi lugar. No hago más que cumplimentar una orden... El Sr. Astier encuentra un arrendatario que le da diez mil francos, es decir, ocho mil francos más de lo que pagaba la señora Causade. Que se quede ésta con el inmueble, si quiere; pero que pague lo que da el otro.

VAILLANT (*golpeando con el bastón encima de un mueble*).

Pero ¡con dos mil de á caballo! no hemos explicado á usted que lo que sucede... Ya sabe usted que eso sería la ruina para esas pobres gentes.

ESCENA VII

DICHOS Y PABLO ASTIER

PABLO ASTIER

¿Qué es eso? ¿De qué se trata? Servidor de ustedes, señores.

VAILLANT (*á Antonino*).

Habla.

ANTONINO (*asustado*).

No, no; usted...

CHEMINEAU (*mirando á Vaillant*).

¡Pues es raro! La manera de andar, el aspecto; ¡pues si es usted más militar que todos los militares!...

VAILLANT

Sí, he jugado á los soldados ya que no podfa hacer otra cosa... (*sonriendo*.) En la Dirección me llaman todos el comandante.

CHEMINEAU (*saludando militarmente*).

Pues entonces, mi comandante, póngase usted en mi lugar. No hago más que cumplimentar una orden... El Sr. Astier encuentra un arrendatario que le da diez mil francos, es decir, ocho mil francos más de lo que pagaba la señora Causade. Que se quede ésta con el inmueble, si quiere; pero que pague lo que da el otro.

VAILLANT (*golpeando con el bastón encima de un mueble*).

Pero ¡con dos mil de á caballo! no hemos explicado á usted que lo que sucede... Ya sabe usted que eso sería la ruina para esas pobres gentes.

ESCENA VII

DICHOS Y PABLO ASTIER

PABLO ASTIER

¿Qué es eso? ¿De qué se trata? Servidor de ustedes, señores.

VAILLANT (*á Antonino*).

Habla.

ANTONINO (*asustado*).

No, no; usted...

VAILLANT

¡Bueno! La cosa es la siguiente, señor Astier. Cuando el padre de este muchacho, mi antiguo amigo Caussade...

PABLO ASTIER (*interrumpiéndole*).

Ya sé... la casa Caussade, que vende relojes, bronce y objetos de arte, calle de la Perla, núm. 18. Conozco la historia.

VAILLANT (*con acento de tristeza*).

No la conoce usted toda, y le ruego me permita que le lea una carta, ya antigua. (*A Antonino.*) ¿Lo consientes tú, hijo mío?

ANTONINO (*en voz baja*).

Léala usted

VAILLANT (*leyendo una carta que ha sacado del bolsillo*).

«Vaillant, amigo mío...» (*Interrumpiéndose.*) De esto hace ya ocho años: era yo entonces administrador de Correos de Mousseaux. (*Leyendo.*) «Vaillant, amigo mío, me ocurre una cosa muy triste; tenía unas mercancías en depósito y he dispuesto de ellas para hacer frente a un vencimiento. Está mal hecho; pero ¿qué quieres? la vida es así; demasiado dura para nosotros los comerciantes pobres. Cogidos entre los obreros y los grandes industriales, no tenemos manera de defendernos... En resumen, si antes de las doce del día de hoy no he devuelto el importe de esas mercancías, presentarán a los Tribunales una demanda contra mí. Son las once, no he encontrado dinero, y prefiero morir. Cuando yo haya muerto no se atreverán a demandarme, y el apellido de mis hijas no se verá manchado por una condena. A ti, que tanto has hecho por nosotros...»—Que he hecho tanto...

¡pobres gentes!—«quiero dirigirme (y sólo á tí) para suplicarte que pienses algunas veces en mi mujer y en esos hijos queridos á quienes dejo. Procura, sobre todo, que Antonino, tu ahijado, acabe sus estudios y que no se dedique jamás al comercio. El comercio es peor que el presidio. Abracémonos por última vez, amigo mío, y...» *(Con violencia.)* Y lo hizo como lo escribí. *(Momento de silencio. Vaillant dobla la carta y se enjuga los ojos. Antonino ha vuelto la cabeza para disimular su emoción. El anciano continúa:)* En estas circunstancias, la señora Duquesa, cuyo magnánimo corazón conocen ustedes perfectamente, señores...

CHEMINEAU

Consintió en hacer un contrato de arrendamiento irrisorio...

VAILLANT

El cual ha permitido que la pobre viuda pague todas sus deudas y eduque á sus tres hijos...

ANTONINO *(á media voz, limpiando con el pañuelo los cristales empañados de sus gafas).*

Usted le ha ayudado mucho, padrino.

VAILLANT

¡Calla! He hecho lo que tu padre quería; que no fueses comerciante.

PABLO ASTIER

Pues, sin embargo, el comercio es una cosa buena; pero es preciso tener aptitud para los negocios, y el pobre señor Caussade...

ANTONINO *(con sorda cólera).*

Se mató por sus hijos.

VAILLANT

Lo cual me parece de bastante aptitud para los negocios de honra.

ANTONINO

¡Pobre padre mío! Si siquiera hubiera tenido... el... el... en fin... ¿no es cierto?

CHEMINEAU

Eso es precisamente lo que le faltó, joven.

PAOLO ASTIER (á Vaillant, señalando á Antonino).

¿El señor es médico?

VAILLANT

Jefe del laboratorio de química en el hospital de la Caridad, muy sabio, muy bien reputado; pero apenas gana con qué vivir, y aún no puede ayudar á su madre. Por eso nos dirigíamos á usted, señor Astier.

CHEMINEAU

Pero, amigo mío, lo que ustedes nos

piden es una renta de mil doscientos francos.

VAILLANT

Lo que pedimos es el cumplimiento de una promesa: la señora duquesa de Padovani me ha dicho á mí mismo, á la puerta del palacio de Mousseaux, que mientras ella viviese...

PABLO ASTIER

No conozco á la duquesa de Padovani; pero tengo plenos poderes de la señora de Astier, mi mujer, para la administración de sus bienes, y me parece que el contrato de arrendamiento que termina ahora, no es renovable en esas condiciones. Además, ¿saben ustedes si ese dinero no nos hace falta á nosotros?

VAILLANT (sonriendo).

¡Oh, caballero!

PABLO ASTIER

Además, que el negocio no tiene entrañas. En estos asuntos no hay más ley que la de Darwin. (*A Antonino.*) Usted que es hombre de ciencia, conocerá seguramente esa hermosa fórmula de «la lucha por la existencia».

ANTONINO

Sí. Nacen más individuos de los que pueden vivir... el... el... en fin: exterminame ó te extermino.

PABLO ASTIER (*sonriendo*).

Esa es la ley natural, y su aplicación me parece perfectamente indicada en este caso.

VAILLANT

No nos queda más que apelar á la señora de Astier para recordarle la pa-

labra empeñada por la duquesa de Padovani.

PABLO ASTIER

Como ustedes gusten; pero creo que perderán ustedes el tiempo y el dinero del viaje. (*Se saludan. Antonino y Vaillant se van por el foro.*) Señores...

VAILLANT

Caballero...

ESCENA VIII

PABLO ASTIER, CHEMINEAU

CHEMINEAU

¿Por qué has salido? Me iba muy bien sin ti.

®

PABLO ASTIER

Tenía curiosidad por ver...

CHEMINEAU

¿Al novio?... Eso es una crueldad (*riendo*). Pero eres el diablo; te dedicas ahora á detener los coches de boda. ¿Las necesitas ahora con padrino y ramito de azahar?

PABLO ASTIER

Hijo, las mujeres son asombrosas. No es mal parecido ese muchacho, trabajador, inteligente.

CHEMINEAU

Un poco premioso de palabra. El...el... en fin... ¿no es cierto?

PABLO ASTIER

Sí, muy tímido, como todos los orgu-

llosos que han sido desgraciados en su infancia; pero el casamiento lo hubiera despertado. Todo estaba ya convenido entre las dos familias...; los jóvenes se adoraban, y, sin embargo, no tuve que hacer más que una indicación...

CHEMINEAU

¿Por qué la hiciste? ¿Te gustaba mucho la muchacha?

PABLO ASTIER (*sonriendo*).

En aquel momento servía á maravilla para mi pequeña *combinazione*, como dice nuestro amigo el conde de Adriani, el guardia noble... una piedra para mi honda; la mujer no ha sido nunca otra cosa entre mis manos.

CHEMINEAU

Entonces... ¿su boda?

PABLO ASTIER

Ya supondrás que no se ha hablado más de eso.

CHEMINEAU

Y el... el... en fin... ¿No es cierto?

PABLO ASTIER

Pues ya lo has visto, que no parece estar muy satisfecho.

CHEMINEAU *(con admiración)*.

¡Qué buena pieza eres!... Pero vamos á ver, explícame... Cuando quieres conseguir los favores de una muy bonita ó muy... *(sin atreverse á decir muy rica)* ¿cómo te las compones?

PABLO ASTIER *(sonriendo)*.

Ya lo dijo el poeta; no hacen falta filtros sutiles para hacerse amar de las bellas. Basta con amarlas.

CHEMINEAU

Pero tú no las amas.

PABLO ASTIER

Pero lo finjo, lo cual me permite conservar toda mi sangre fría. Digo lo que se debe decir; tengo mi repertorio, muy corto y siempre el mismo: «alma mía, flor, estrella.» Porque mira, hijo mío, la mujer se halla todavía en pleno romanticismo; hasta se me figura que se ha hecho más romántica, más sentimental, á medida que el hombre se hace más feroz y la vida más dura.

CHEMINEAU

¡Ah! Bien podías transmitirme un poco de esa ciencia tuya, para que yo me buscase pronto una buena dote y comprara la escribanía del bueno de Boutin, en la cual me consumo como pasante hace ya diez años.

PABLO ASTIER

Voy á decirte. A ti lo que te perjudica para con las mujeres es tu carácter bur-lón; te ríes, y es necesario no hacer eso; la pasión no bromea nunca, y lo que más las asusta es la ironía...

CHEMINEAU

¿Soy yo irónico?

PABLO ASTIER (*variando bruscamente de tono*).

Volvamos á nuestros cálculos. Una vez vendido y pagado todo, ¿cuánto nos quedará, según tú?

CHEMINEAU (*á media voz y como quien repasa una lección*).

«Alma mía... flor... estrella...» (*Alto*.)
Cuento con una renta de treinta ó treinta y cinco mil francos, incluyendo tu asignación de diputado.

PABLO ASTIER

Lo que yo decía... la miseria... Sí, sí, la miseria... Cuando nos casamos, hace dos años, mi mujer tenía seiscientos mil francos de renta; está acostumbrada á la vida que se hace con ese dinero, y yo también. ¿Qué va á ser de nosotros ahora? Pordiosero de la política menuda, hambriento, necesitado...

CHEMINEAU

¿A quién diablos se le ocurre especular teniendo esa fortuna?

PABLO ASTIER (*tomando un cigarrillo de la cigarrera*).

Aquí me tienes ahora con mi Duquesa... ¡Buen negocio he hecho! (*Enciende el cigarro.*) Un estorbo y una cosa que nada vale.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

29896

CHEMINEAU

¡Un estorbo! ¡Es mucho decir!

PABLO ASTIER

Cincuenta años.

(Ofrece un cigarrillo á Chemineau).

CHEMINEAU

El hecho es que la Duquesa... la señora de Astier, ha variado mucho desde que se casó; ha envejecido diez años en dos; pero, en definitiva, pocas mujeres tienen tanto aspecto de gran señora como la tuya. Los trajes elegantes le sientan muy bien (*sonriendo*). Cuanto á lo demás, es verdad que á tu edad y en tu posición, no te costaría gran trabajo encontrar una rica heredera.

PABLO ASTIER (*brutalmente*).

Ya la tengo. (*Bajando la voz.*) Esto en reserva, á ti solo. Tiene veinte años,

es judía, huérfana, formidablemente rica y no espera más que mi divorcio...

CHEMINEAU

Desgraciadamente, te repito que tu mujer no se divorcia.

PABLO ASTIER

Pero ¿por qué razón?

CHEMINEAU

En primer lugar, porque sigue enamorada de ti.

PABLO ASTIER

¿Crees tú?...

CHEMINEAU

Estoy seguro de ello.

PABLO ASTIER (*sonriendo*).

Entonces será fácil decidirla.

CHEMINEAU

¿A qué? ¡Pobrecilla! ¿A divorciarse?

PABLO ASTIER

El divorcio por amor. Napoleón y Josefina.

CHEMINEAU

Con la diferencia de que...

PABLO ASTIER

Que Josefina era todavía guapa.

CHEMINEAU

Y que él era Napoleón.

PABLO ASTIER

¡Bah! Para la mujer que ama, el hombre amado es siempre Napoleón. Sí, sí, me he manejado mal, con una mujer ena-

morada como era... No he puesto el pie en el pedal que debía...; pero, en fin, aún es tiempo... no tengo más que ir a buscarla.

CHEMINEAU

¿Cómo?... ¡Después de lo que ha sucedido!... Esas escenas terribles, el escándalo de vuestro rompimiento, de ese destierro en pleno invierno... ¿Crees que volverá?

PABLO ASTIER

¡Sí me ama, sí!

CHEMINEAU

¿Y volveréis á vivir juntos?... ¿Cuánto tiempo?

PABLO ASTIER

El tiempo necesario.

CHEMINEAU

Pues, hijo, yo en tu caso tendría miedo.

PABLO ASTIER

¿De ella?... *(riendo.)* ¿Una venganza corsa?

CHEMINEAU

No; de ti mismo... Veamos; vuelves á hacer vida común con ella. Supongamos que no consigues tu objeto...

PABLO ASTIER

¡Lo conseguiré!

CHEMINEAU

Pero supongamos que no... Que ella se mantiene firme y que no transige con el divorcio.

PABLO ASTIER

¿Y qué?

CHEMINEAU

Mira, aquí tienes el último libro de Herscher, ¿no lo has leído?

PABLO ASTIER *(con tono despreciativo).*

No.

CHEMINEAU *(cogiendo el libro y leyendo el título).*

Lebies y Barré.—Dos jóvenes franceses de nuestros días. Es la historia—ya sabes—de esos jóvenes que asesinaron á una vieja, á una lechera...

PABLO ASTIER

¡Ah, sí, por unos cuantos ochavos!... ¡Imbéciles! La verdad es que sus cabezas no valían mucho más. ¿Pero qué tenemos que ver con ese par de canallas?

CHEMINEAU

¡Canallas! No tanto, hijo. Dos muchachos como tú y como yo, dos amigos de colegio, educados, inteligentes, pero de manga ancha... y darwinistas hasta la medula de los huesos... Uno de ellos tuvo el valor, después de cometido el crimen, de dar una conferencia en la sala de Arras, acerca de la lucha por la vida. ¡El fuerte se come al débil!... Toda tu doctrina. (*Variando de tono.*) ¡Qué lazo, hijo mío, son esas fórmulas científicas!... (*Bajando poco a poco la voz.*) ¡Cómo se resbala con ellas, cómo se deja uno coger... como se dejaron coger ellos!

PABLO ASTIER

¡Bah!... ¿Estás loco?

CHEMINEAU

Sí, ya sé, ya sé... los principios... el honor... la conciencia...

PABLO ASTIER

¡Más que todo eso!... Mi ambición... Me citas los nombres de dos miserables, de dos descamisados que no veían más allá de su deseo de satisfacer inmediatamente sus necesidades; yo soy de otro tiempo, amo el poder, quiero llegar muy alto, ¿me oyes? ¡muy alto! Disponer á mi antojo de los acontecimientos y de los hombres. ¡Iba yo á resbalar para lograr todos esos planes! (*sonriendo*). Estoy seguro de mí mismo, suceda lo que suceda. Vamos á ver (*reflexionando*). Hoy, sesión; mañana, Comisión de presupuestos. Ven el domingo por aquí y te encontrarás con mi mujer.

CHEMINEAU (*cogiendo el sombrero*).

Permíteme que lo dude... porque acabo de llegar de Mousseaux (*Estremeciéndose.*) Lláman, Pablo (*señalando á la alcoba*). ¡Por ahí!

PABLO ASTIER

¡Toma! Olvidaba que estaba la otra ahí dentro... (*Chemineau hace un movimiento para retirarse.*) Espera, vas á tomar una lección.

ESCENA IX

DICHOS, LIDIA (*en traje de calle con sombrero; vestido elegante, pero sencillo.*).

PABLO ASTIER

Entra, puedes entrar... es Chemineau.

CHEMINEAU

Un amigo de la infancia de Pablo, señorita.

LIDIA (*sonriendo*).

Conozco á usted mucho, caballero.

PABLO ASTIER

Hija mía, nos encuentras un poco emocionados. Acaba de sucederme... Tengo una cosa que decirte...

LIDIA

¡Dios mío! ¿Qué es ello? (*Lo mira asustada.*) No, no me lo digas. No me digas que todo ha terminado.

PABLO ASTIER

Terminado no... todavía no...; pero tenemos que tomar grandes precauciones. El Sr. Vaillant acaba de salir de aquí con Antonino.

LIDIA

¡Mi padre! ¿Lo sabe todo?

PABLO ASTIER

No, creo que no; por lo menos su visita

tenía otro pretexto: la renovación del contrato de arrendamiento de los Causade; pero esa coincidencia de haber venido aquí los dos, ciertas miradas que Chemineau cree haber sorprendido, ¿no es verdad, Chemineau? (*Movimiento afirmativo de Chemineau.*) Confieso que me han dado miedo. Por ti, por mí... por la situación en que estoy.

LIDIA

¡Y por él! ¡Pobre padre mío!...

PABLO ASTIER

Debemos dejar de vernos durante algún tiempo.

LIDIA

Pero allí... ¿En nuestra casa?

PABLO ASTIER

¿En la Avenida Gabriel?... Menos que en ninguna otra parte. Precisamente en

la madriguera es donde con más facilidad se caza.

LIDIA

Al menos podré escribirte.

PABLO ASTIER

A la lista de Correos, sí. Cuento con ello.

LIDIA (*en voz baja, con ternura*).

Ya no pensarás más en mí... ¡malol!

PABLO ASTIER (*abrazándola*).

¿Y en quién quieres que piense? (*Mirando á Chemineau.*) ¿No eres la única estrella que brilla para mí en el cielo?... ¿la flor de mis amores?

LIDIA (*radiante á medida que oye esas palabras*).

Sí, sí, yo soy la mala, Pablo mío... Te creo, tengo fe en ti (*apasionada y gozo-*

sa). Hasta la vista... hasta la vista... que sea pronto...

(Vase por la puerta de la terraza que da al jardín.— Pablo Astier, que le ha acompañado hasta la puerta, permanece allí un momento y vuelve al lado de Chemineau.)

ESCENA X

PABLO ASTIER.—CHEMINEAU

CHEMINEAU

¡Es hábil!

PABLO ASTIER *(sonriendo)*.

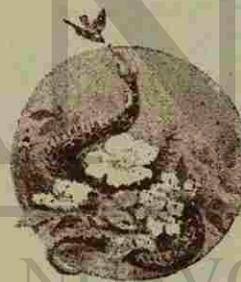
¿Lo ves?

CHEMINEAU

Con dos palabras, porque ni siquiera han sido tres; pero es necesario saber decírlas: flor... estrella...

PABLO ASTIER

Y, sobre todo ¡no hay que reirse! Hasta la vista, amigo Chemineau. ¡El domingo almorzarás aquí entre Napoleón y Josefina!



®

sa). Hasta la vista... hasta la vista... que sea pronto...

(Vase por la puerta de la terraza que da al jardín.— Pablo Astier, que le ha acompañado hasta la puerta, permanece allí un momento y vuelve al lado de Chemineau.)

ESCENA X

PABLO ASTIER.—CHEMINEAU

CHEMINEAU

¡Es hábil!

PABLO ASTIER *(sonriendo)*.

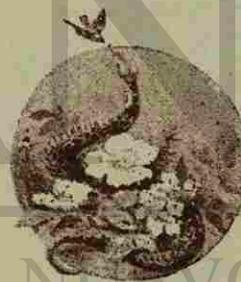
¿Lo ves?

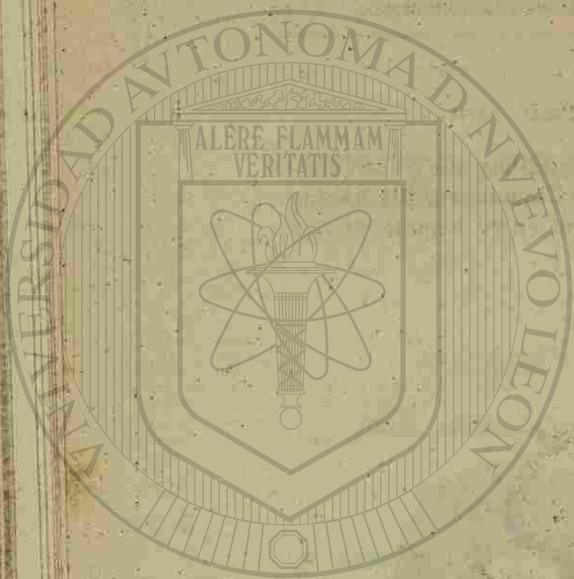
CHEMINEAU

Con dos palabras, porque ni siquiera han sido tres; pero es necesario saber decírlas: flor... estrella...

PABLO ASTIER

Y, sobre todo ¡no hay que reirse! Hasta la vista, amigo Chemineau. ¡El domingo almorzarás aquí entre Napoleón y Josefina!





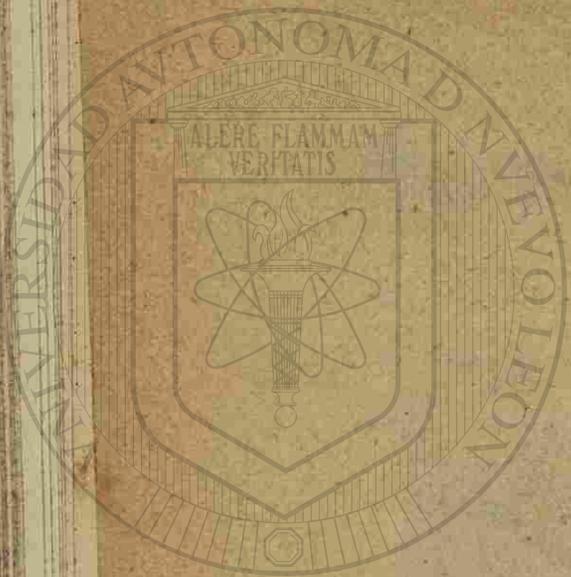
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UANL

Sección IX

ALFONSO GARCÍA RIVERA
BIBLIOTECARIO
"ALFONSO GARCÍA RIVERA"
Apts. 1625 MONTERREY, N.L.



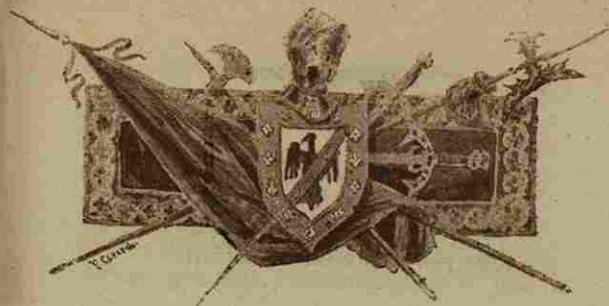
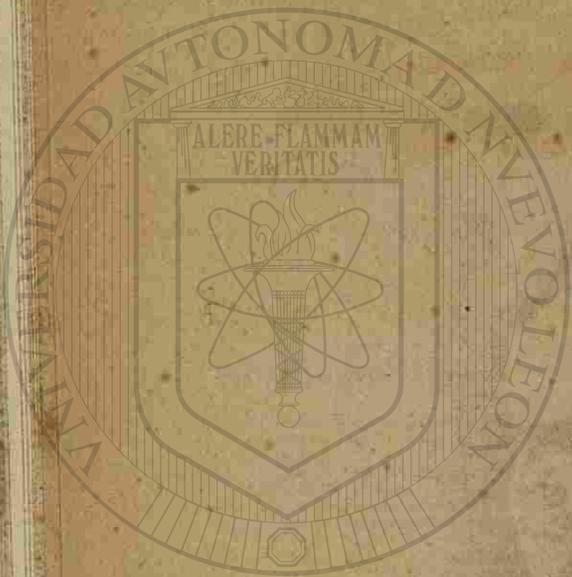
P. Carcedo

Acto I. Escena IX.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. (Pag. 52.)

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1925 MONTERREY, MEXICO



ACTO SEGUNDO

Castillo de Mousseaux.—En el antiguo salón de Guardias.

A la izquierda, en primer término, algunos escalones conducen a las habitaciones particulares. A la derecha, en segundo término, balcón abierto con una antigua balaustrada de piedra. En el foro puerta monumental de entrada. A la izquierda, en el foro, una galería con vistas al Cher, que se pierde a lo lejos. Una mesa grande, siales del tiempo del Renacimiento, de diferentes formas. En las paredes, tapices antiguos y papiros.

Al levantarse el telón, María Antonia y la marquesa de Rocanere hablan confidencialmente en la terraza. La Marquesa en traje de visita. María Antonia con la cabeza al aire, en traje de casa, elegante y oscuro.

ESCENA PRIMERA

MARÍA ANTONIA, LA MARQUESA DE ROCANERE

LA VOZ DE HEURTEBIZE (*desde fuera*).

Jamás... ¡Os digo que no!... No quiero,
y el primero que vuelva a decirlo...

MARÍA ANTONIA (*asomándose al balcón*).

¡Vamos á ver si calláis!... ¿Qué significa todo ese escándalo, Salviati?

EL CRIADO (*desde fuera*).

Señora, es el portero mayor...

ESCENA II

DICHOS, HEURTEBIZE

HEURTEBIZE (*entra furioso, con la gorra galonada en una mano y en la otra un cartel arrugado que acaba de arrancar de la pared*).

Sí, señora, soy yo. Mire usted lo que habían pegado en la puerta principal (*leyendo*). «Venta en pública subasta...»

MARÍA ANTONIA (*á media voz*).

¡Oh, Dios mío! ¿Ya?

HEURTEBIZE (*leyendo*).

«De la posesión y castillo de Mousseaux, muebles é inmuebles, tierras, viñedos, prados, bosques, islas y molinos...»

MARÍA ANTONIA

¿Y has arrancado ese cartel?...

HEURTEBIZE

Y arrancaré cuantos pongan.

MARÍA ANTONIA

Has hecho mal, pobre Heurtebize; puesto que van á vender todo, justo es que pongan anuncios.

(*Movimiento de la Marquesa.*)

HEURTEBIZE

¡Mousseaux vendido! ¿Es posible, Dios mío? Si cualquiera que no fuese la señora me lo dijera, no podría creerlo.

MARÍA ANTONIA

No te desesperes... Te dejarán tu portería, los criados viejos como tú forman parte integrante de la finca.

HEURTEBIZE

No pienso en mí, señora; pero al fin está uno orgulloso con una casa de la cual ha sido uno, durante treinta años, un fiel perro de guarda, y pido á la señora, siempre tan buena conmigo, que me haga el último favor.

MARÍA ANTONIA

¿Qué es ello?

HEURTEBIZE

Hoy es jueves, día designado para dejar que el público visite la finca.

LA MARQUESA DE ROCANERE

¡Ah, sí! La costumbre de las mansiones señoriales históricas.

MARÍA ANTONIA

¿No se hace lo mismo en Rocanere?

HEURTEBIZE (*señalando el cartel que tiene en la mano*).

Si he de tener estas porquerías pegadas en la puerta, preferiría que fuese otro, y no yo, quien enseñe hoy la casa.

MARÍA ANTONIA

No, no; presta servicio como de costumbre y no se pondrán esos anuncios hasta mañana.

HEURTEBIZE (*muy conmovido*).

Gracias, señora.

(Vase.)

ESCENA III

MARÍA ANTONIA, LA MARQUESA DE LA ROCANERE

LA MARQUESA (*cogiéndole las manos*).

¡Y era verdad, pobre amiga! ¡Tampoco yo quería creerlo!

MARÍA ANTONIA

Sí; parece que estoy arruinada, pero es esa una desgracia que no me aflige... Pobre ó rica, aquí ó en otra parte, mi vida está perdida, y toda mi fortuna no serviría para consolarme.

LA MARQUESA (*en voz baja*).

¿Siempre el mismo pesar?

MARÍA ANTONIA

Siempre... ¡Qué locura la de querer amar á mi edad! (*Extendiendo las manos y levantando la vista al cielo.*) ¿Por

qué se ha interpuesto ese hombre en mi camino y por qué ha nacido en mi corazón esa ilusión de una felicidad nueva, de una nueva existencia, cuando todo, todo debía haber concluído para mí? (*Con desesperación.*) ¡Ah! ¡Luisa, Luisa mía, feliz tú que eres joven!

LA MARQUESA

¡Joven! Pregúntele usted al Sr. de Rocanere, para quien ya no lo soy hace tiempo...; y si quiere usted que hablemos de desdenes, de abandono, de traición, de mentiras, sé también, como usted, todo lo que de eso encierra la vida de la mujer casada. Pero yo he tomado una resolución inmediatamente, y pareciéndome de muy buen gusto seguir siendo mujer honrada al lado de ese ganapán, he buscado en las distracciones lícitas consuelo á mis pesares...; me he dedicado al *sport*, la caza del lobo y de la zorra. ¿No caza usted ya, Duquesa?

MARÍA ANTONIA

No.

LA MARQUESA

Yo tampoco, porque me he cansado muy pronto de eso... Luego me dediqué á la escultura; pero eso era muy sucio. Me dediqué después á Wagner. Una temporada estuve sola en Bayreuth, pero no volví á la segunda. Después de Wagner... (*haciendo memoria.*) ¿Qué hice yo después de Wagner? ¡Ah! sí, me dediqué á fundaciones de caridad, á hacer buenas obras... la caridad es un *sport* que cansa mucho también... He fundado asilos para huérfanos por el estilo de los que hay aquí para niñas mudas. Mi suegra me ayudaba mucho; es muy rica, como usted sabe, y á cada nueva calaverada de su hijo estaba yo segura de verla llegar á mi casa con veinte, treinta ó cincuenta mil francos, según la enormidad de la calaverada. «Toma, hija mía, ahí tienes para tus sacerdotes asociados;» ó bien: «He pensado en tus viudas de militares.» La pobre señora me tenía al corriente de mis infortunios conyugales con tanta exactitud como lo hubiera

hecho la mejor Agencia; y como en definitiva prefería yo no saber nada, renuncié á las fundaciones para volver á la religión pura sin obras de caridad... Las que pueden entregarse á ella en alma y cuerpo, esas son felices; yo no he podido. Y ahora vea usted en qué estado me encuentro. (*Saca del bolsillo un estuchito de plata.*) Mi frasquito de morfina y mi aguja para inyecciones.

MARÍA ANTONIA

¡Oh, Luisa!

LA MARQUESA

¡Cuando me aburro demasiado, crac! (*Hace el movimiento de pincharse el brazo.*) En seguida se siente un desvanecimiento, una embriaguez, no se piensa en nada, ó, mejor dicho, se piensa en muchas cosas á la vez; toda el alma se esparce como cuando se contempla mucho rató el mar. ¿No ha probado usted nunca esto?

MARÍA ANTONIA

¡Calla! ¿Acaso no sabes que lo que viene detrás de ese cobarde apaciguamiento es la locura, la abdicación de sí misma? ¿Cómo puedes...?

LA MARQUESA

¡Bah! Se exagera mucho. En primer lugar, cuidado de no aumentar la dosis.

MARÍA ANTONIA

No, no, hija mía; cree que lo único que importa en la vida es ser amada.

LA MARQUESA (*que se ha puesto repentinamente seria*).

¿De veras? ¿Usted lo cree? (*Bajando la voz.*) Yo también. (*Con emoción.*) ¡Ah! ¡Si mi marido hubiese querido!...

MARÍA ANTONIA

Tú todavía puedes tener esperanza; eres joven. Para mí ha concluído... Ya... jamás...

LA MARQUESA

¿Por qué? Tal vez la ruina sea, por el contrario, una ocasión de reconciliarse.

MARÍA ANTONIA (*con viveza*).

¡Dios me libre! He sufrido demasiado. ¡Oh! ¡Esos dos años que hemos pasado juntos! ¡Comprender que yo no le gustaba y ver que la diferencia de edades iba cada vez en aumento! Me volvía celosa, pero celosa hasta morirme, hasta ser capaz de matar. Soñaba con venganzas sagrientas, con frascos de vitriolo lanzados á la cara de mujeres que á él le parecían hermosas á quienes yo culpaba de matar mi felicidad.

LA MARQUESA (*con cómico espanto*).

¡Eso es terrible!

MARÍA ANTONIA

Y él, en vez de curarme esa enfermedad horrorosa, se divertía en exasperarla, pensando tal vez servirse de ella como medio para recobrar su libertad, como pretexto para divorciarse... ¡Es tan sutil! Pero mi última herida, la más cruel, la más ultrajante... ha sido la de esa Lidia Vaillant. Ya recordarás...

LA MARQUESA (*estupefacta*).

¡Lidia!... ¡Cómo! ¡La hija del antiguo administrador de Correos?...

MARÍA ANTONIA

De esa no sospechaba yo, Dios mío. Había yo sido tan buena para ella, para su padre... siempre á mi lado... mimada como si fuera mi hija... pero un día tuve

la prueba... ¡Y qué prueba!... cínica... brutal... un abrazo y un beso sorprendidos detrás de una puerta... Y cuando eché de mi casa á esa desgraciada, ¿sabes lo que hizo mi querido, mi leal marido? Pidió el ascenso del padre y se llevó á su querida á París. Ya comprendes que así estaban más cómodamente. De ahí nuestro rompimiento.

LA MARQUESA

¡Cuidado con Lidia! ¡Qué descaro! Y el padre, ¿no ha sabido nada? Yo, en el lugar de usted, se lo hubiera dicho.

MARÍA ANTONIA

¡Al padre! No tenía yo nada que decirle; es uno de esos ciegos que por nada del mundo quieren curarse de su ceguera. ¡Bah!... ¡Qué disgusto es la vida! ¡Ah! Si no hubiera sido por este invierno de calma y de soledad en Mousseaux, ¿qué habría yo hecho? ¿á qué locuras me hubiera visto arrastrada? ¡Y hablas de reconciliación! ¡No, no! Además, él no de-

sea más que el divorcio ó que yo me muera, para casarse con otra más joven.

LA MARQUESA (*con desdén*).

¡Con ella! ¿Cree usted que se atrevería?

MARÍA ANTONIA

¡Oh! no; con ella no, porque no tiene dinero. Piensa en otra muy rica.

LA MARQUESA

¿Y cómo sabe usted...?

MARÍA ANTONIA (*sonriendo*).

Por Lortigue, su secretario, un joven que me han mandado aquí... no sé con qué intenciones perversas... y cuya adhesión he sabido ganarme con unos cuantos latigazos.

ESCENA IV

DICHÓS, HEURTEBIZE

HEURTEBIZE (*alegremente*).

Ahí está el Sr. Vaillant, señora.

MARÍA ANTONIA

¿Qué dices? ¿Vaillant?

HEURTEBIZE

Sí, señora.

MARÍA ANTONIA

¿Estás seguro?

HEURTEBIZE

Sí, señora.

LA MARQUESA

¡Esto es demasiado!

MARÍA ANTONIA

¿Y quiere hablar conmigo?... ¡Que entre! Tengo curiosidad...

LA MARQUESA

Dejo á usted.

MARÍA ANTONIA

No, no; te lo ruego. No me estorbas.

ESCENA V

DICHOS, VAILLANT

VAILLANT (*saludando y dirigiéndose á María Antonia con efusión*).

¡Oh, señora, señora, cuánto me alegro de ver á usted!

MARÍA ANTONIA (*con frialdad*).

Buenos días, Vaillant. ¿Qué viene us-

ted á buscar? ¿Qué podemos hacer por usted?

VAILLANT (*un poco desconcertado*).

Para mí, señora, no pido nada. Ha hecho usted mucho más de lo que yo merezco, mucho más de lo que yo ambicionaba. Este destino en París... este ascenso inesperado...

MARÍA ANTONIA

¡Oh! Ruego á usted que crea que no he intervenido en nada de eso.

VAILLANT (*estupefacto*).

¡Cómo! ¿No ha sido usted, señora? ¿Quién lo ha hecho entonces? Es un favor grandísimo que yo no había pedido.

MARÍA ANTONIA

Busque usted. Averigüe.

LA MARQUESA (*sonriendo*).

Algún misterioso protector.

VAILLANT

No conozco á nadie, y estoy tan acostumbrado á debérselo á usted todo, señora Duquesa, que cuando me sucede algo bueno, no pienso en nadie más que en usted... Cuando cesé en Mousseaux, antes de tomar posesión de mi destino en París, vine varias veces al castillo sin conseguir que me recibieran. Tenía remordimientos de haberme marchado sin despedirme de usted,

MARÍA ANTONIA

No me dé usted las gracias, Vaillant, porque soy completamente ajena á la buena suerte de usted.

VAILLANT

¡Eso sí que es extraño!...

LA MARQUESA

Acaso su hija de usted, con sus relaciones particulares...

VAILLANT

¡Mi hija!

LA MARQUESA (*en el mismo tono*).

El padre de una muchacha bonita tiene méritos para el ascenso; ese es un derecho administrativo,

VAILLANT (*con violencia y mirada torva*).

¡Pero no en mi familia, señora de Rocanére!

MARÍA ANTONIA

¿Siguen ustedes viviendo juntos?

VAILLANT

¿Lidia y yo? Bien sabe usted, señora,

que no tengo á nadie más que á ella en el mundo, ni ella á nadie más que á mí. ¡Oh, sí! Siempre juntos, dos corazones en uno, y los dos solos. La sociedad va siendo tan mala... Palabra de honor que no se encuentran más que víboras en todas partes.

MARIA ANTONIA

Pero mientras está usted en la oficina, Lidia debe aburrirse mucho sola en la casa.

VAILLANT

¡Oh! Los pobres no tienen tiempo de aburrirse...; mi hija tiene mucho que hacer. Nuestra casita es muy pequeña, pero está muy cuidada y muy coqueta... se parece á ella. Además, hace traducciones del inglés, del alemán; es muy lista para todo y muy instruída, gracias á usted, señora: No lo olvidamos nunca.

MARÍA ANTONIA (*en voz baja*).

Tanto mejor, Vaillant.

VAILLANT

Ahora está traduciendo para unas señoras extranjeras las *Memorias* de un hombre célebre de su país. Un gran patriota; no sé cómo se llama... El caso es que esas señoras son muy buenas, colman de atenciones á Lidia, van á buscarla todos los días, la traen en coche, porque tienen esas señoras interés en que la traducción sea hecha delante de ellas.

LA MARQUESA

¿De veras? (*Mirando á María Antonia.*) ¿Y conoce usted á esas extranjeras? ¿Las ha visto usted?

VAILLANT

No; sólo sé que hay una joven, de la edad de Lidia próximamente, y que se ha hecho una verdadera amiga suya.

LA MARQUESA

¡Cómo! ¿No ha tenido usted curiosidad ninguna?... Pues yo, en el lugar de usted, al ver que se llevaban á mi hija todos los días en coche... hubiera temido que ese gran patriota me la robara.

VAILLANT (*furioso*).

Ha muerto, señora.

LA MARQUESA

¡Entonces...!

VAILLANT

Y además, mi hija es de las que no se dejan robar.

MARÍA ANTONIA (*con viveza*).

¿Y no se trata ya de ese casamiento de que me habló usted?

VAILLANT (*absorto*).

¿Señora...? ¡Ah! Ese casamiento; no, no quiere ella. Lo siento, porque se trataba de un buen muchacho... que la quiere mucho; pero para saber lo que pasa en esas cabecitas, sólo una madre sirve, y ¡hace tanto tiempo que falta la madre en mi casa!...

MARÍA ANTONIA (*con dulzura*).

Usted debe reemplazarla, Vaillant.

VAILLANT (*muy turbado*).

¡Oh! Sí por cierto... yo... ¡perdóneme usted, señora, me siento un poco emocionado... Hay algo así como un reproche en los ojos de usted, en su voz, y desde que entré aquí me parece que hay deseos de entristecerme... Me pregunto el por qué... Procuero adivinar... He tenido hacia usted siempre tanto respeto, tanta gratitud, que esta acogida me sorprende tanto...

MARÍA ANTONIA (*á media voz*),

¡Pobre hombre! (*Alto.*) No, amigo mío, tranquilícese usted; nadie aquí le desea ningún mal; pero ha llegado usted á mala hora. Vamos, siéntese usted ahí, Vaillant.

VAILLANT (*enjugándose la frente*),

¿Es verdad, señora, que no me tiene usted rencor?

MARÍA ANTONIA

Déme usted la mano como á una amiga antigua, y dígame lo que le trae por aquí.

VAILLANT (*todavía turbado*),

Pues he venido... tal vez recuerde usted que hace tiempo dió usted á la familia Caussade...

(*Se oyen grandes campanillas.*)

MARÍA ANTONIA

¡Viene gente!

LA MARQUESA

El público de los jueves.

MARÍA ANTONIA

Vamos á mi cuarto un momento.

VAILLANT

Señora, la molesto...; ya volveré.

MARÍA ANTONIA

¡No, no; éntre usted, éntre usted! (*A la Marquesa.*) ¿Vienes, Luisa? (*Aparte, subiendo la escalinata de la izquierda.*) Estoy contenta. ¡El pobre no sabe nada!

ESCENA VI

HEURTEBIZE, dos soldados del 12 de Cazadores, ESTHER, EL CONDE ADRIANI, guardia noble; la GENERALA.

(Se abre la puerta con violencia.)

HEURTEBIZE *(con voz de trueno)*.

¡Entrada libre!

(Luego, viendo que no hay nadie en la estancia, se aparta de la puerta y deja pasar. Entra Esther en traje de viaje, muy coqueta; detrás de ella el conde Adriani, guardia noble, vestido de paisano, muy peinado y peripuesto, con el bigote retorcido á la italiana, llevando del brazo á la Generala, que va en traje de viuda, velo largo y un sombrero pequeño. - Después entran turistas ingleses y alemanes, algunos burgueses de Tours, un campesino viejo y dos soldados del 12 de Cazadores, que se suponen de guarnición en los alrededores.)

HEURTEBIZE *(hablando con rapidez mientras dura el desfile)*.

Este es, señoras y caballeros, el antiguo salón de Guardias de Catalina de Médicis, restaurado en el estilo del si-

glo XVI, como el torreón que acabamos de visitar. Magnífico techo artesonado, muebles antiguos; los tapices representan un torneo, el retrato de Francisco I. Límpiense los pies, señores militares.

SOLDADO 1.º *(limpiándose los pies)*.

¡Bueno, buen hombre, bueno; está bien!

SOLDADO 2.º

¿Por qué tenemos que limpiarnos?...
¡Es raro!

ESTHER *(mirando en derredor)*.

¡Vaya si estaban bien alojadas aquellas reinas de Francia, y vaya si es fácil parecer hermosa en estas ¡habitaciones! ¡Qué lástima que tenga una que admirar esto en tan mala compañía!

LA GENERALA *(con voz triste)*.

Pero, querida Esther, ¡si no teníamos otro medio de entrar!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

EL GUARDIA NOBLE *(con acento italiano)*.

Por más que hemos dicho á ese suizo que esta señora era la viuda del feld-mariscal Sélény, el hombre más ilustrado de Austria-Hungría, y que yo era guardia noble del Vaticano, no ha habido quien le haga contestar más que: «No se visita sino en grandes grupos.»

ESTHER *(con tono despreciativo)*.

¡En grandes grupos! *(Señalando á Heurtebize.)* ¡Ese hombre es odioso!

LA GENERALA *(deteniéndose ante el retrato de Francisco I y llamando con voz triste)*.

¡Esther!

ESTHER *(sin emocionarse)*.

¿Tía Catalina?

(Se acerca á ella.)

LA GENERALA

Mira este retrato.

ESTHER

Ya miro. ¿Qué?

LA GENERALA

¿No encuentras cierto parecido con aquel á quien lloraré eternamente?

ESTHER

¡Mi tío el Feld-mariscal parecido con Francisco II... ¡Ni una sola facción!... ¡Ni tanto así!...

LA GENERALA

Sin embargo, se me figura que el ademán, la manera de colocar la cabeza... ¡Oh! Me parece verlo en todas partes.

EL GUARDIA NOBLE (*dando un gran suspiro*).

¡Pobre señora!

HEURTEBIZE

Ésta, señoras y caballeros, es la terraza donde Luisa de Vaudémont, la mujer de Enrique III, supo... (*Precipitándose hacia Esther, que empieza á subir la escalinata que hay en primer término.*)
¿Dónde va usted por ahí? Esas son las habitaciones particulares.

ESTHER (*en lo alto de la escalinata y con ingenuidad*).

Pero ¿hay gente ahora en el castillo?
No estamos en temporada de veraneo.

HEURTEBIZE

Haya ó no haya gente, no se permite al público visitar esas habitaciones. Ruego á usted que baje.

ESTHER (*bajando; aparte*).

¡Tengo tantos deseos de verla, verla solamente, cruzar mi mirada con la suya!

HEURTEBIZE (*volviendo hacia la terraza*).

... Donde Luisa de Vaudémont, mujer de Enrique III, supo que su marido había sido asesinado por Jacobo Clément. Desde aquel día volvió diariamente á este sitio para pensar en su marido y llorar, en traje de luto, que ya no se quitó en toda su vida.

LA GENERALA (*sollozando*).

¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío!

(*Se deja caer en un sillón.*)

EL GUARDIA NOBLE (*asustado y golpeándole las manos*).

Mi que... mi que... ¡señorita Esther!

ESTHER

¿Qué ocurre ahora?

LA GENERALA

No he podido dominar mi emoción.
Esa pobre Reina... esa conformidad con
su infortunio...

ESTHER

¡Vamos, tía Catalina, que mi tío no fué
asesinado!

LA GENERALA

El luto por un grande hombre y el que
se lleva por un Rey, son cosas muy pa-
recidas... La esposa del gran patriota,
del heroico vencido en Carintia, también
ha sido fiel al voto hecho de derramar
eternas lágrimas!

HEURTEBIZE (*dirigiéndose desde la terraza á la
galería*).

Ahora pasamos al salón de música edi-
ficado por Diana de Poitiers, con vistas
al río. (*Variando de tono y señalando á
la Generala.*) Si esta señora está fatiga-
da y quiere descansar un momento, la
recogeremos á la vuelta (*con el tono de
antes*). Tallados antiguos, cuadros de los
primeros maestros, atril de hierro forja-
do, rabeles y violas de trovador. Sírvan-
se seguirme, señoras y caballeros. Uste-
des los militares, límpiense los pies.

(*Váse por la galería.*)

SOLDADO 1.º

¡Bueno, buen hombre, bueno; está bien!

SOLDADO 2.º

Esto de limpiarse tanto los pies, es un
poco raro.

LA GENERALA (*á su sobrina y al Guardia noble*).

Seguid vosotros, yo os lo ruego. (*Se levanta.*) Quisiera pensar en mis penas y llorar de dolor en esta terraza; acoplar mi pesar al de la infortunada Reina.

ESTHER (*al Guardia noble*).

Quédese usted con ella, Pepino.

EL GUARDIA NOBLE

Preferiría ir con usted.

ESTHER

¡Naturalmente! pero es usted el acompañante de la Generala, y no el mío.

EL GUARDIA NOBLE

¡Malal

ESTHER

¡Hasta ahora, tía Catalinal Volveré

por ti cuando acabes de llorar un poquito.

(*Vase por la galería.*)

ESCENA VII

LA GENERALA, EL GUARDIA NOBLE, *después*
ESTHER

EL GUARDIA NOBLE (*con miradas incendiarias á Esther, que se aleja*).

¡Cristo! ¡Qué bella es! (*Bajando la voz y la vista.*) Y simpática sobre todo. (*Se acerca á la Generala, que está sentada junto á la terraza de frente al público y en postura sentimental.*) Generala...

LA GENERALA (*con voz triste y los ojos humedecidos por las lágrimas*).

¡Querido Conde!

EL GUARDIA NOBLE

¿No teme usted resfriarse ahí en el *balcone*? Lo mismo podría usted llorar

aquí en la habitación... ¡Este sol de Abril es tan traicionero!

LA GENERALA (*con voz natural*).

En efecto, tiene usted razón; me siento calofriada.

(*Se levanta y entra en la habitación.*)

EL GUARDIA NOBLE

El tiempo no está todavía muy á propósito para paseitos campestres.

LA GENERALA

Es un capricho de esta niña mimada visitar los castillos de Turena. Si nos instalamos definitivamente en Francia, sueña con pasar un verano en una de estas regias mansiones.

EL GUARDIA NOBLE

Una verdadera reina es la señorita Esther; pero el sostenimiento de una mansión de éstas exige una gran fortuna.

LA GENERALA

La suya es considerable.

EL GUARDIA NOBLE (*á media voz*).

Sí, sí, *simpatica, molto simpatica!*

LA GENERALA

Los Sélény de Buda-Pesth eran dos hermanos: el Feld-mariscal, mi marido, y el padre de Esther, gobernador del Banco Imperial. Los dos murieron hace algunos años, dejando una doble y espléndida herencia, el uno de millones y el otro de gloria. Mi sobrina y yo tenemos el usufructo. Ella administra y hace producir la fortuna de su padre.

EL GUARDIA NOBLE (*con interés*).

¿Que hace producir?...

LA GENERALA

Es un maravilloso hombre de negocios.

EL GUARDIA NOBLE (*exaltado*).

Sí, sí, esas cosas están en la sangre.

LA GENERALA

Yo estoy enteramente entregada á una queridísima é ilustre memoria. (*Le coge las manos con efusión.*) ¡Ah, señor Conde, viuda de un grande hombre!... ¡Qué honor...! ¡Pero cuántos deberes se imponen... cuántos deberes!... A mi edad otra cualquiera mujer tendría derecho á ser otra vez feliz, al amor.

EL GUARDIA NOBLE (*á media voz*).

¡Cristo!

LA GENERALA

Porque nosotras no somos como ustedes los hombres. Nosotras empezamos mucho después.

EL GUARDIA NOBLE (*á media voz*).

Según y cómo.

LA GENERALA

Y en nuestra madurez hay siempre cierto sabor de juventud, ciertas reservas de candor, de expansión... Nadie lo sabe bien... Pero yo, ¿cómo? Este apellido glorioso que tengo que llevar, esta celebridad de la cual soy responsable, es la renuncia prematura de todo, es el claustro!...

(*Busca el pañuelo sin soltarle las manos.*)

EL GUARDIA NOBLE (*un poco turbado*).

¡Pobre señora!...

LA GENERALA

A menos de encontrar un caballero de alma generosa que quisiera compartir conmigo la responsabilidad de mi pesada carga y me permitiese continuar vi-

da moralmente, tomando de mí lo que yo puedo dar.

EL GUARDIA NOBLE (*procurando desasirse*).

¡Le será á usted muy difícil encontrar eso!

ESTHER (*que acaba de entrar y sigue mirando hacia las habitaciones particulares, se detiene junto á la mesa. — Aparte.*)

¡Pensar que estaba aquí hace un momento! Este libro sería el que estaba tal vez leyendo cuando llegamos nosotros. Este bordado tal vez es suyo. Estoy en su casa. (*Con energía.*) ¡Ah! Y de lleno en su vida... y no nos conocemos. (*Sonriendo.*) ¡Dios mío! ¡Qué cosa más extraña! (*Acercándose á la Generala, que de puro conmovida está limpiándose con el pañuelo de las narices.*) Vamos, tía Catalina, ¿no hemos terminado aún de ponernos los ojos encarnados? Después de todo, el famoso héroe de usted no era de un trato muy agradable para sufrirlo todos los días. ¡Pobre tío mío! Acuérdesse usted que algunas veces era hasta bru-

tal. Cuando murió estaba usted á punto de pedir el divorcio.

LA GENERALA

Es verdad, me engañó mucho, me pegó mucho; pero tenía que sufrirlo en mi calidad de esposa de un grande hombre. Ya lo decía él algunas veces: «¡Respetá las debilidades de un Dios!»

ESTHER (*distraída y con la vista fija en la puerta de la derecha*).

¡Y el caso es que no quisiera marcharme sin haberla visto! (*Al Guardia noble.*) ¿La ha conocido usted, Pepino?

EL GUARDIA NOBLE

¿A quién? ¿al General?

ESTHER

No: á la señora de Astier, cuando era la duquesa de Padovani.

EL GUARDIA NOBLE

¡Sí, sí; la conocí hace tres años, cuando vine comisionado para traer la birreta cardenalicia...

ESTHER

¡Ah, sí! Aquella famosa birreta... que perdió usted; que dejó no sé dónde.

LA GENERALA

En casa de una muchacha parisiense á quien encontraron en la estación del ferrocarril.

EL GUARDIA NOBLE (*con acento hipocritilla*).

Es una triste aventura... Al bajarnos del tren, Monseñor me dijo: «Pepino, trae la birreta.» Yo llevaba ya en la mano el saquillo, que con el cajón de la birreta, hacía dos bultos. Entonces, atolondrado, no sé cómo me perdí por aquellas salas, y no parecí hasta el día siguiente por la mañana...

LA GENERALA (*imitando su acento*).

...Sin acordarme de la casa de una muchacha en la cual había dejado la birreta.

ESTHER (*distráida*).

¿Estaba entonces todavía guapa?

EL GUARDIA NOBLE (*asustado*).

¿La señora de la estación?

ESTHER

No; la Duquesa...

EL GUARDIA NOBLE

¡Cristo! ¡Qué bella estabal... (*bajando la vista*), y sobre todo *simpática*.

ESTHER

¡Bah! Para usted todas las mujeres son

bellas y simpáticas. (*Se acerca á la terrasa.*) Tía Catalina, ¡qué hermoso mausoleo sería ése para el General!

LA GENERALA

¿Un mausoleo? ¿dónde está?

ESTHER (*señalando á lo lejos*).

Allí, en aquella islita verde que hay en medio del río. ¡Sería magnífico!

LA GENERALA

Pero, hija mía, no nos permitirían hacerlo. Para ello sería necesario que esta posesión fuese nuestra.

ESTHER

Precisamente me dan ganas de comprarla. Me gusta mucho este histórico castillo de Mousseaux. Me divertiría eso de pasear por los bosques de las reinas de Francia y de arrastrar la cola de mi falda por los mismos sitios por donde

arrastraron ellas sus mantos de brocado.

LA GENERALA (*pensativa*).

Verdaderamente una columna conmemorativa que se viese desde lejos: «Al heroico vencido de Carintia.» Mira, hija mía, decídete.

ESTHER

Estoy decidida. Deme usted una tarjeta suya. (*La Generala le da una tarjeta de un luto exagerado.*) ¡Oh! ¿No tiene usted ahí otras de menos luto, un poquito más blancas?

LA GENERALA (*muy emocionada*).

Nunca son demasiado enlutadas...

ESCENA VIII

DICHOS, HEURTEBIZE, *los dos soldados, turistas.*

HEURTEBIZE (*que entra por la galería y coloca un libro-registro encima de la mesa.*)

Señoras y caballeros, sírvanse seguirme. Si ahora alguno de ustedes desea inscribirse en el libro de oro de Mousseaux, aquí está. Hay que poner su nombre y un pensamiento.. (*á los soldados*), lo primero que se ocurra.

SOLDADO 1.º

¡Un pensamiento!... Bueno, buen hombre, bueno...

SOLDADO 2.º (*rascándose la cabeza.*)

¡Es raro!

(*Se agrupan todos en derredor de la mesa.*)

ESTHER

¡Cómo, tía! ¿Usted quiere...?

LA GENERALA

No es por mí, hija mía; pero donde quiera que puedo inscribir su apellido...

ESTHER (*haciendo un signo á Heurtebize mientras los demás se agrupan en torno de la mesa.*)

Una palabra... si hace usted el favor...
¿Está visible la señora de Astier?

HEURTEBIZE

¡Oh! no... La señora no ha recibido en todo el invierno.

ESTHER.

¿Puede usted hacer que le pasen esta tarjeta?

HEURTEBIZE (*con deferencia, después de haber leído la tarjeta*).

No sé... voy á ver.

ESTHER

Diga usted que es para comprar el castillo.

HEURTEBIZE (*con violencia*).

El castillo no está en venta.

ESTHER

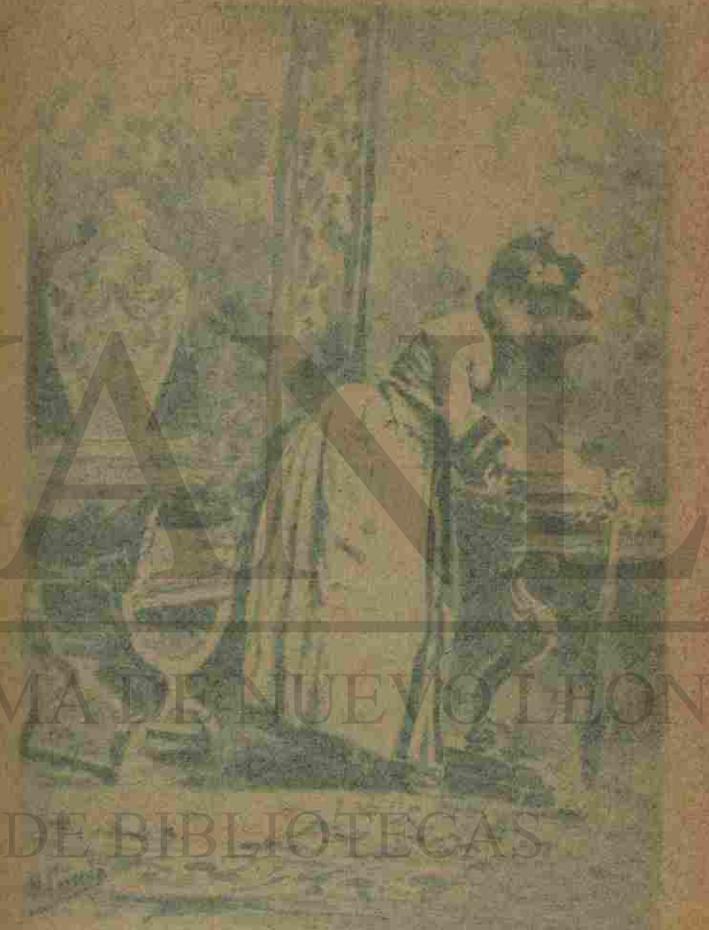
Sin embargo, me han asegurado...

HEURTEBIZE (*furioso*).

El castillo no está en venta... y basta.
Por aquí se sale.

SOLDADO 2.º (*escribiendo su pensamiento en el libro*).

«Más de novecientos trece días para hacerlo.»



HERNANDEZ (con deferencia, después de haber leído la tarjeta).

ALERE FLAMMAM
VERITATE NO SE... voy a ver.

ESTHER

¿Siga usted que es para comprar el castillo.

HERNANDEZ (con violencia).

El castillo no está en venta.

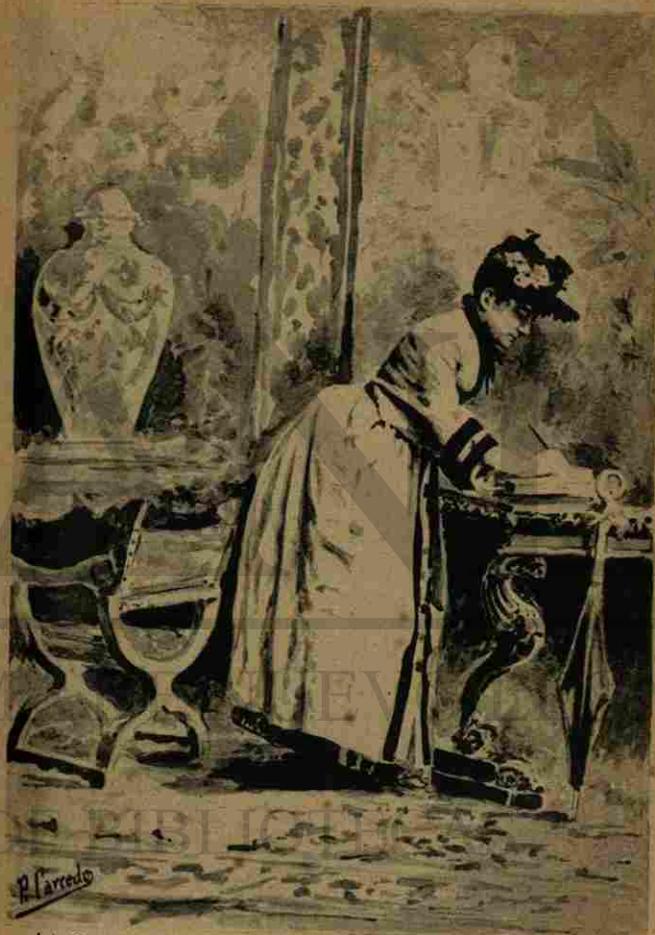
En su cargo, me han asegurado...

HERNANDEZ (furioso).

El castillo no está en venta, y basta. Por aquí se sale.

SOLANO 2.º (escribiendo su pensamiento en el libro).

Más de novecientos trece días para hacerlo.



Acto II. Escena VIII.

(Pág. 105.)

HEURTEBIZE

Vamos, vamos, de prisa.

(Vanse. Se oyen dos grandes campanillazos.)

ESTHER *(volviendo desde la puerta),*

¡Ah! Usted perdone, no he firmado.

(Se acerca á la mesa y se inclina para escribir en el libro.)

ESCENA IX

MARÍA ANTONIA Y LA MARQUESA DE LA ROCANERE
que aparecen en lo alto de la escalinata de la izquierda; ESTHER, inclinada, escribiendo sin verlas; En el foro HEURTEBIZE, con un manajo de llaves en la mano, impaciente al ver abierta la puerta.

LA MARQUESA DE ROCANERE

¡Ay, amiga mía, usted será siempre Duquesa!

HEURTEBIZE

Vamos, vamos, de prisa.

(Vanse. Se oyen dos grandes campanillazos.)

ESTHER *(volviendo desde la puerta).*

¡Ah! Usted perdone, no he firmado.

(Se acerca á la mesa y se inclina para escribir en el libro.)

ESCENA IX

MARÍA ANTONIA Y LA MARQUESA DE LA ROCANERE
que aparecen en lo alto de la escalinata de la izquierda; ESTHER, inclinada, escribiendo sin verlas; En el foro HEURTEBIZE, con un manajo de llaves en la mano, impaciente al ver abierta la puerta.

LA MARQUESA DE ROCANERE

¡Ay, amiga mía, usted será siempre Duquesa!

MARÍA ANTONIA (*bajando los escalones*).

Comprende que se lo había prometido á los Caussade. Por más que una esté arruinada, no debe faltar á su palabra.

ESTHER (*junto á la mesa, levantándose*).

Ya está.

(*Ve á María Antonia. — Las dos mujeres se miran un momento sin hablarse ni saludarse.*)

HEURTEBIZE (*agitando las llaves*).

Por aquí se sale.

MARÍA ANTONIA (*á la Marquesa*).

¿Quién es?

ESTHER (*retirándose muy satisfecha*).—(*Aparte.*)

¡Ah! ¡La he visto!

(*Sonrisa maliciosa. Heurtebize vase detrás de ella y cierra la puerta violentamente.*)

ESCENA X

MARÍA ANTONIA, LA MARQUESA

MARÍA ANTONIA

¿A qué vendrá esa mirada aviesa?

LA MARQUESA

Su nombre debe de estar escrito en el libro. (*Mira, y lee en voz alta:*) «Condesa Esther de Sélény, Buda-Pesth.»

MARÍA ANTONIA

¿Es posible?

LA SEÑORA DE ROCANERE (*con desprecio*).

¡Condesa Esther! De la nobleza haitiana, ¿no es verdad?

MARÍA ANTONIA

¿Sabes quién es ella? La futura señora de Pablo Astier.

LA MARQUESA

¿La señora de Astier?...

MARÍA ANTONIA

Pero tendrán que aguardar á que yo muera, y espero...

ESCENA XI

DICHOS, PABLO ASTIER

PABLO ASTIER (*á la izquierda, en pie, á la puerta de las habitaciones particulares*).

¡Por fin!... ¡Aquí están!

MARÍA ANTONIA (*estremeciéndose*).

¡Ah!

PABLO ASTIER (*acercándose con desembarazo*).

Creí que estabas en tus habitaciones, hija mía. (*Saludando á la señora de Rocanère*.) Marquesa, el campo le sienta á usted divinamente. No; en verdad que las dos tienen ustedes color de flores...

LA MARQUESA

No se le cree á usted ya, embusterillo. Adiós. (*Besa á su amiga*.)

PABLO ASTIER

¡Cómo! ¿Se va usted?

LA MARQUESA

Hace dos horas que estoy aquí.

PABLO ASTIER

Pero yo no.

LA MARQUESA

¡Adiós, adiós! (*Aparte.*) La verdad es que es muy agradable.

ESCENA XII

PABLO ASTIER, MARÍA ANTONIA

Pablo Astier viene á primer término, y después de haber acompañado á la Marquesa hasta la puerta, se acerca á su mujer y le coge la mano.

PABLO ASTIER

Buenos días, Mari-Anto.

MARÍA ANTONIA (*con dureza y retirando la mano*).

Buenos días, señor Astier.

PABLO ASTIER (*sonriendo*).

¡Oh! ¡oh! (*Le mira con fijeza.*) Esas altivas cejas fruncidas, esas facciones con-

traídas... ¿Seguimos enfadados?... ¿Continúa la *vendetta*?

MARÍA ANTONIA

Vamos, vamos, hijo, no hagamos tonterías estando solos. Estamos solos y nos conocemos.

PABLO ASTIER

¿Estás bien segura de que me conoces?

MARÍA ANTONIA

Hasta el disgusto...; hasta darme náuseas.

PABLO ASTIER

No he de decirte, empleando la insipida fórmula corriente, que no eres parlamentaria. Al contrario, estás perfectamente en tu papel. Te ruego que continúes... Voy á creer que asisto á una sesión. (*Se sienta.*) ¿De modo que me conoces á fondo, María Antonia? ¿Y desde cuándo?

MARÍA ANTONIA

Es verdad, me enfado, me enfado, y lo pierdo todo con encolerizarme. Tú tienes calma, eres fuerte... Vamos, procuraré serlo yo también. (*Se sienta.*) ¿Que desde cuándo te conozco, querido Pablo? Hará tres años á fines de Octubre, dentro de seis meses.

PABLO ASTIER (*sonriendo*).

Tienes buena memoria al menos. Según eso, me conoces desde antes de nuestra boda.

MARÍA ANTONIA

Sí; aquel día paseábamos por el parque. (*Señala al parque.*) Tú me hablabas de tu amor; yo te contaba mi vida con el Duque, mi primer marido y el largo martirio que me hizo sufrir hasta que murió. Hacía un tiempo delicioso; un sol medio velado que iluminaba con sus pálidos reflejos las praderas desnudas. Allá aba-

jo, cerca del pabellón, nos sentamos mientras tú me decías frases de ternura; todas contra ti mismo, con mi mano en la tuya y tu cabeza en mi hombro; de pronto, con una palabra... no sé siquiera si fué una palabra... Vi claro, comprendí... Lo que de mí te tentaba era esta espléndida posesión, la fortuna, las influencias, pero nada de la mujer... No me amabas... (*sonriendo tristemente*), no me amabas... Pasé un minuto horrible. Mis ojos se cerraron como si fuera á morir. Tu voz llegaba á mis oídos, como de muy lejos, muy confusa, y al mismo tiempo oía yo entre la brisa de otoño caer las hojas en todo el parque, unas lentamente, cargadas todavía de savia, las otras furtivas, ligeras. Cualquiera hubiera dicho que por los alrededores del pabellón se oía el pisar de una multitud silenciosa, de un ejército derrotado que huye. Y todo eso era yo: el desastre de mis hermosos ensueños.

PABLO ASTIER

Tan perfectamente lo comprendí, hija mía, que me marché al día siguiente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV.
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MARÍA ANTONIA (*con viveza*).

¡Sí, te marchaste para que fuese detrás de tí... Lo cual hice yo. Pues bien; aquella misma mañana, en medio de aquel galopar furioso á campo atraviesa, echada sobre el cuello de mi yegua para no perder de vista el tren donde debías de ir, ¿sabes lo que me decía á mí misma? «¡Loca eres dándote tanta prisa, pobre Duquesa! Aunque fueses al paso, y al paso muy corto, podías estar segura de alcanzarlo, porque él es tu destino adverso, del cual nadie se escapa.» ¡Ya ves si te conocía, mi querido Pablo!

PABLO ASTIER

El caso es que no he vuelto aquí sino accediendo á tus ruegos. Me lo rogaste, me lo suplicaste: «Vuelve, me dijiste, y seré tu mujer.»

MARÍA ANTONIA

Y he sido tu mujer; he dado á las gen-

tes ese espectáculo del rebajamiento de la duquesa de Padovani hasta convertirse en la señora de Pablo Astier, casándose con su arquitecto, el cual no la amaba. Y de todos los días de mi vida, aun cuando ha habido en ellos algunos muy sombríos, muy lamentables, ninguno me apretó el corazón tanto como el día de mi boda. ¿Te acuerdas de aquel empleado de la Alcaldía, que, mirándome con mucho desenfado y sonriendo maliciosamente, me dijo: «Ya no esperamos más que á la novia?» ¡Y la novia era yo!... Pues ¿y en la iglesia? ¿En aquella capilla de la calle de Vaugiraud, tan alumbrada, tan llena de flores y... tan desierta? ¿Y aquel prelado mundano, con esclavina color de violeta, que leía un discurso impreso, en el cual se hablaba solamente de «las tradiciones de honor del esposo, de las gracias juveniles de la esposa?... (*Con sonrisa de amargura.*) ¡Con qué oportunidad escogió su arenga! ¡Dime si, de no haberte conocido, habría podido darme cuenta de esas cosas!... ¡Créeme, hijo! Había medido la profundidad del abismo, y me dejé caer en él con

los ojos abiertos por no faltar á mi palabra.

PABLO ASTIER

No, María Antonia; lo hiciste simplemente porque me amabas... Y es indigno de ti ese renegar, ese blasfemar contra el amor. ¡Cuántas mujeres mueren sin conocerlo!

MARÍA ANTONIA

Sí: he probado el amor, pero lo he pagado con sufrimientos horribles... ¡Oh! No me quejo, no acuso, no pido nada... Mira á esta terraza y acuérdate de que nunca he mentido. Cuando me refugié aquí hace tres meses, en los comienzos de mi destierro y de mi soledad, todos los días sentía la misma loca tentación de romperme la cabeza tirándome por esa balastrada abajo. Afortunadamente tengo creencias, y además, ¿qué hubiese dicho la gente?... A mi edad... una mujer de mi rango... suicidarse como una modistilla abandonada... Dios me-

dante he podido resistir, calmarme gracias á la naturaleza, gracias al rezo, y he podido al fin olvidarte.

PABLO ASTIER (*acercándose á ella*).

¡Olvidarme!... ¿Es posible?... Dos seres que han sido uno del otro de una manera tan profunda como nosotros, no pueden olvidarse jamás. ¡No, no! No te creo. Hasta cuando rezas me mezclo yo en tus rezos; y por la noche, sola aquí, cuando contemplas las estrellas á través de tus lágrimas, estoy seguro de que las estrellas te hablan de mí.

MARÍA ANTONIA (*estremeciéndose*).

¡Ah, Dios mío! Helo aquí otra vez. ¡Va á atormentarme de nuevo!... Deja en paz á esta pobre criatura que tanto ha sufrido por ti.

PABLO ASTIER (*acercándose mucho y en voz muy baja*).

¡Si no quiero que sufras más! ¡Si quiero reparar las penas que te he causado!

MARÍA ANTONIA (*apartándose con un esfuerzo enérgico*).

¡Eso no es verdad! Te diré lo que vienes á hacer aquí, lo que quieres obtener de mí. Te estorbo; soy el escabel que ya no sirve, y que se rechaza con la punta del pie. El divorcio, ¿no es verdad? (*Apretando los dientes*.) ¡Para poder casarte con tu austriaca llena de oro!

PABLO ASTIER (*un tanto sorprendido al verla tan bien informada*).

¿Cómo? ¿Quién te ha traído esos chismes? He visto dos ó tres veces á la señorita de Sélény en la embajada de Austria; pero jamás, en mi vida...

MARÍA ANTONIA

Es inútil que me expliques, porque estoy muy bien informada.

PABLO ASTIER

En primer lugar, esas señoras han salido de París.

MARÍA ANTONIA

En efecto, acabo de ver á tu muñeca. Es muy bonita. ¡Desgraciadamente no te casarás con ella! Porque lo que debe meterse en tu cabeza como quien mete un clavo á martillazos, es que no nos divorciaremos jamás, ¿oyes?... jamás. He dado el escándalo de mi casamiento y no daré otro. Sí, ya lo sé... El Sr. Chemineau me lo ha dicho... Nada más fácil de hacer... Un Tribunal un poco complaciente, una sencilla carta... sevicias é injurias graves; pero semejante comedia me parecería indigna de mí... Hijo mío, por más que hagan vuestros legisladores, el divorcio no es una ley, es una tara. Como francesa, como cristiana, me opongo á sufrirla. La Iglesia nos unió, que la Iglesia nos separe y rompa nuestra unión; pero mientras ella no me haya relevado de mi juramento, lo siento por tí, pero seguiré siendo hasta la tumba tu esposa, muy fiel y muy resignada.

PABLO ASPIERU (sonriendo con mucha calma).

No pido otra cosa... ¡Dios mío! Lo que he pido, lo que quiero de ti, lo que he venido a buscar aquí, es a ti misma, a mi mujer, a quien he perdido y a la cual quiero recobrar.

MARÍA ANTONIA (con orgullo).

¿Recobrártame? ¿Para qué?

PABLO ASPIERU.

Porque echo de menos a mi compañera, porque la necesito, y porque nunca tanto como ahora me ha sido necesario su inteligente y leal apoyo. A tu bondad, María Antonia, a tu generosidad de mujer, me dirijo. Vuelve conmigo a París. No puedes permanecer aquí, puesto que el Castillo va a ser vendido. Empecemos una vida nueva... Soy Subsecretario, ¿te lo he dicho?... obligado a recibir en nuestra casa, a hacer una vida que ahora es una complicación a causa de nuestra es-



P. Carcedo

Acto II. Escena XII.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1825 MONTERREY, MÉXICO

casez de recursos... no podemos salir del paso sino á fuerza de razón y de buena inteligencia. Ayúdame: estoy en peligro, y pido socorro.

MAEÍA ANTONIA (*con altívez*).

¡Volver á tu lado! ¡Muchas gracias!
No quiero tropezarme allí con tus queridas (*con un arrebato furioso de celos*).
¡No mientas! La otra mañana ha estado Lidia en mi casa, en mi propio hotel.

PABLO ASTIER

Los que me espían y te dan cuenta diaria de mi vida íntima, debieron decirte que esa visita fué seguida de una indicación de despedida absoluta é irrevocable.

MARÍA ANTONIA

¡Ya me lo han dicho!... pero ¿y qué?
Después de ésa vendrá otra.

PABLO ASTIER

Te juro...

MARÍA ANTONIA

¡Oh no jures!... ¡Te conozco!

PABLO ASTIER

Escúchame, María Antonia; he conservado mucho tiempo, demasiado tiempo, la ola de mi juventud... Esa ha sido mi única falta para contigo; todos los disgustos que te he causado han venido de ahí. Hoy, apaciguado, más serio, más hombre... quiero terminar con los disgustos que nos separan. Volvamos á ser amigos, aunque no sea más, si quieres.

MARÍA ANTONIA *(con amargura)*.

¡Pues no faltaba más!

(Procura desasirse.)

PABLO ASTIER *(reteniéndola)*.

Seamos dos dedos de una misma mano, unidos por el mismo gusto y persiguiendo el mismo fin.

MARÍA ANTONIA *(medio vencida)*.

Todos esos bonitos razonamientos me los hice cuando nos casamos. ¡Todavía lo lloro!...

PABLO ASTIER *(en voz baja y con mucha ternura)*.

Y después, ¿quién sabe, cuando haya recobrado tu confianza?...

MARÍA ANTONIA

¡Calla! ¡Calla! ¡Jamás!

PABLO ASTIER *(en el mismo tono)*.

¡María Antonia! ¡María Antonia!... ¡Alma mía!...

MARÍA ANTONIA *(desasiéndose y con tono resuelto)*.

¡Ah seductor, que lees hasta en el fondo de mi alma y permaneces siempre ilegible para mí... ¿Conque es verdad?... ¿Es verdad que me necesitas? ¿Que puedo servirte de algo?... Bien; estoy dispuesta á seguirte, amigo mío.



ACTO TERCERO

En casa de Vaillant.

Habitación modesta y alegre. Comedor. Puerta al foro, que da á una antesala muy clara, donde se supone que está la cocina.—Está puesta la mesa para el almuerzo de Vaillant.—Entre los dos cubiertos, un ramo.—Tetera, tazas, carne fiambre.—En las paredes grabados figurando batallas y retratos de Generales; una fila de platos y un frutero con cerezas encima de la estufa.

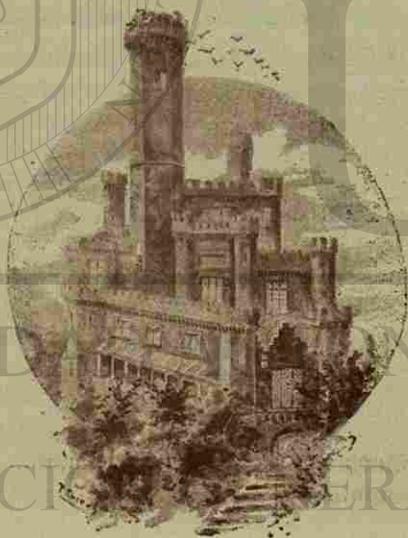
ESCENA PRIMERA

LIDIA

(Es necesario que no haya ni el más remoto parecido entre la elegante muchacha del primer acto y la gentil mujercita de su casa de ahora, con su gran delantal á la inglesa, con la falda recogida y las mangas vueltas, echando agua hirviendo en la tetera.— Un campanillezo que oye la joven.)

MARÍA ANTONIA *(desasiéndose y con tono resuelto)*.

¡Ah seductor, que lees hasta en el fondo de mi alma y permaneces siempre ilegible para mí... ¿Conque es verdad?... ¿Es verdad que me necesitas? ¿Que puedo servirte de algo?... Bien; estoy dispuesta á seguirte, amigo mío.



ACTO TERCERO

En casa de Vaillant.

Habitación modesta y alegre. Comedor. Puerta al foro, que da á una antesala muy clara, donde se supone que está la cocina.—Está puesta la mesa para el almuerzo de Vaillant.—Entre los dos cubiertos, un ramo.—Tetera, tazas, carne fiambre.—En las paredes grabados figurando batallas y retratos de Generales; una fila de platos y un frutero con cerezas encima de la estufa.

ESCENA PRIMERA

LIDIA

(Es necesario que no haya ni el más remoto parecido entre la elegante muchacha del primer acto y la gentil mujercita de su casa de ahora, con su gran delantal á la inglesa, con la falda recogida y las mangas vueltas, echando agua hirviendo en la tetera.— Un campanillezo que oye la joven.)

LIDIA

¡Ah! ¡Ya está ahí!... *(Se precipita hacia la puerta.)* No se moleste usted, señora Andrea, que voy yo... *(Al pasar por delante de la puerta que hay en la antesala.)* Pero cierre usted la cocina...

(Abre, hace entrar á un mandadero, y cierra la puerta de la antesala.)

ESCENA II

LIDIA, EL MANDADERO

LIDIA *(en voz baja).*

¿Lo ha visto usted?

EL MOZO *(en el mismo tono).*

Sí, señorita.

LIDIA

¿Le ha hablado usted? ¿á él mismo?

EL MOZO

A él mismo... A la puerta del Ministerio.. Esperé su coche, como me había usted dicho, y cuando se apeó, le entregué la carta.

LIDIA

¿La leyó?

EL MOZO

En seguida. *(Haciendo un gesto.)* Así.

LIDIA

¿Y la contestación?

EL MOZO

No hay contestación.

LIDIA

Bueno, gracias. *(Le paga.)* Buenos días...; deje usted... Yo cerraré.

(Vase el mozo, dejando abierta la puerta. Cuando ve que se ha marchado, Lidia vuelve á cerrar la puerta de la antesala.)

ESCENA III

LIDIA

No hay contestación... *(Se acerca lentamente á la silla que hay junto á la mesa, y se sienta.)* Tiene razón. ¿A qué había de contestarme? ¿Qué podía decirme que ya no me haya dicho? La Duquesa ha vuelto, ha ocupado el lugar que le corresponde. La cosa no puede ser más sencilla... Bastante ha sufrido la pobre mujer; ahora me toca á mí. *(Se levanta, coge las tazas, las coloca encima de la mesa y se adelanta.)* Y, sin embargo, no, no... ¡Me miró con tan buenos ojos la última vez... su despedida fué tan tierna... siento aquí algo... no, esto no ha concluido!... No he sentido en el corazón el último golpe del cual he de morir. *(Llama á la puerta. Se enjuga los ojos y llama.)* Llaman, señora Andrea; vea usted quién es.

(Aparenta ocuparse en arreglar la mesa con mucho interés.)

UNA VOZ DE MUJER *(en la antesala).*

¿La señorita Vaillant?

LIDIA

¡Esa voz!

(Se abre la puerta de la antesala.)

ESCENA IV

LIDIA, ESTHER. UN LACAYO *(con librea muy vistosa).*

ESTHER *(de pie en la antesala, mientras su criado le quita el abrigo).*

Buenos días.

LIDIA

¡Señorita Esther!

ESTHER *(desde la antesala).*

Hubiera podido escribir á usted anunciándole mi regreso, pero eso era muy

largo. ¡Caramba con el piso! Nunca había subido tanta escalera. *(Entra.)* Démonos un abrazo. ¿Quiere usted?

LIDIA *(besándola y bajándose las mangas).*

Perdone usted que la reciba en este traje...

ESTHER

¡Pues si está usted muy guapa!... Con el pelo alto y ese delantal á rayas... parece usted la heroína de una novela inglesa.

LIDIA

Tengo por fuerza que ayudar un poco al arreglo de la casa; no tenemos más que una criada vieja, muy torpe y casi sorda...

ESTHER *(señalando al lacayo, que ha quedado en la antesala).*

Paskewitch le ha dado un susto al entrar, y la pobre se ha escapado á la co-

cina. ¿Para quién es ese cubierto y ese ramito que hay en la mesa? ¿Esperaba usted al novio?

LIDIA

¡Oh! ¡El novio!...

ESTHER

Si, ya sé que es usted tan fría como si la hubieran hecho de hielo; pero mucho cuidado, porque si viene el deshielo...

LIDIA *(con una sonrisa de turbación).*

No espero más que á mi padre. Es su hora.

ESTHER

Celebraría conocer al Sr. Vaillant. ¿Ha sido militar? *(Señalando á las paredes.)* ¡Veo ahí todas sus batallas... sus hechos de armas!

LIDIA

No, mi padre no ha servido. Pero tiene el alma de militar, de un héroe; es el honor, la abnegación, la disciplina personificados. Pero no pudo seguir su vocación, como le ocurre á otros muchos. Se consuela mirando esas imágenes. Eso no siempre le sirve para alegrarlo. Desde hace algún tiempo, sobre todo, el pobre está muy pensativo, muy triste. ¿Qué quiere usted? Siempre ese desacuerdo entre la ilusión y la realidad, entre lo que se tiene y lo que se desea, el cual, á la larga, acaba por quitar el valor de vivir.

ESTHER

¡Oh! Para mí el ensueño y la acción han sido siempre uno en mi vida. He realizado cuanto he querido, por lo menos hasta ahora. (*Mirando al aparador.*) Me están dando tentaciones esas cerezas: ¿puedo coger algunas?

LIDIA

¡Ya lo creo!

ESTHER (*comiendo cerezas y pastando*).

¡Ah! No sé qué me pasa hoy, que no puedo estarme quieta en ninguna parte. ¡Estoy tan nerviosa!...

LIDIA (*afectuosamente*).

¿Qué es ello?

ESTHER (*con alegría*).

Nada, que estoy loca, ni más ni menos. ¡Oh! No loca de atar, no para que me lleven á un manicomio, sino caprichosa, exaltada. A usted le asombra esto... ¡Como es tan pacífica, tan calmosa!

LIDIA

¿Tiene usted alguna pena? Dígamelo...

ESTHER (*después de una pausa*).

No comprendería usted mis penas... Además, que más bien es rabia que otra cosa.

LIDIA

Pues enfádese usted, regañe...

ESTHER

Estoy demasiado sola en París... No tengo nadie á quien confiarme.

LIDIA

¿Y la Generala?

ESTHER

La Generala me quiere mucho; pero no hay quien la saque de su urna funeraria y de sus cenizas de grande hombre. En realidad no tengo más que una amiga, muy querida (*cogiéndole la mano*),

una amiga en quien se puede fiar, leal, cariñosa; pero tan reservada, tan juiciosa, que...

LIDIA

¡Es que lo parezco!

ESTHER

Que siempre teme una espantarla.

LIDIA (*sonriendo*).

Y entonces... ¿ese joven?

ESTHER

¿Qué joven?

LIDIA

Hace poco que me dijo usted que tenía un vivísimo sentimiento por alguien.

ESTHER

Vivísimo, efectivamente.

LIDIA (*sonriendo*).

Sospecho quién es él... porque lo he encontrado á menudo en casa de ustedes.

ESTHER

¡En casa!... No va nunca.

LIDIA

¿No es el conde de Adriani?

ESTHER

¡Vamos!... ¡ese fantochel... enamorada yo de ese... (*imitando la voz del Guardia noble*) ¡Cristol! ¡qué bella es!... Gracias, hija mía. El que yo he elegido, el que quiero por amo, es un amo verdadero, uno de esos jóvenes intrépidos, de mirada dura, á quien todas las mujeres



P. Carabos

Acto III. Escena I.

(Pág. 125.)

halagan y ante el cual todos los hombres bajan la cabeza... ¡Lo que seríamos capaces de hacer los dos juntos!... Desgraciadamente no es libre.

LIDIA

¿Algunos amores?

ESTHER

¡Oh! Eso no sería nada; está casado; triste casamiento de todas suertes... estaban á punto de divorciarse hace poco; pero luego no sé qué manejos habrán empleado ni qué habrá sucedido; el caso es que se han reconciliado y viven juntos otra vez... ¡Oh! ¡Los franceses son ligeros como la paja! He sabido todo esto casualmente por un periódico, en el cual, dirigiéndose á mí, ha dicho: «Tenemos que estar algún tiempo sin vernos; paciencia y confianza.» Ni una palabra más. ¡Cuánto he llorado de rabia!

LIDIA

¿A qué llorar? Paciencia y confianza; todo el amor se resume en esas dos palabras.

ESTHER

Yo no sé esperar.

LIDIA

Porque no sabe usted amar.

ESTHER

Sin embargo, le amo y no quiero á nadie más que á él. ¡Es tan guapo... tan correcto!... Y lo quiero más todavía, porque por él he conocido á usted.

LIDIA (*espantada*).

¡Cómo! ¿Entonces es...?

ESTHER

Pablo Astier, el Subsecretario. Ya recordará usted que una noche, en la Embajada, cuando la Generala preguntaba de quién podría echar mano para traducir las *Memorias*...

LIDIA

Sí, sí, recuerdo... Y él ¿la ama á usted también? ¿Se lo ha dicho con frecuencia?

ESTHER (*riendo*).

¡Oh! con mucha frecuencia.

LIDIA

¿Pero en dónde?... puesto que no iba á su casa de usted ni usted á la suya, supongo yo.

ESTHER

¡Ah! no, no faltaba más. Vivía separa-

do de su mujer, pero siempre vigilado por ella... La mujer es muy mala... tiene un carácter odioso... se empeña en no divorciarse sólo para que no podamos casarnos... Tuvimos que disimular, que ocultarnos; nos veíamos en el teatro algunas veces, en paseo todas las mañanas... Es delicioso hacerse el amor á caballo... ¿Le gusta á usted eso, chiquilla?

LIDIA

No lo sé.

ESTHER

Es verdad. ¡Qué tonta soy!

LIDIA

De modo que la Duquesa... es decir, la señora de Astier, ¿no sospecha nada?

ESTHER

A lo menos no sospechaba cuando yo emprendí mi viaje... Figúrese usted que,

para despistar mejor á los que nos espian, Pablo había simulado una intriga, una aventura de amor de la que hacía alarde en todas partes, con una muchacha de esas... con quienes uno no se casa... ¿Me entiende usted?

LIDIA

Con quienes uno no se casa... Ya entiendo. (*Cogiéndola nerviosamente las manos.*) Y usted, Esther, ¿está segura de que se casará con usted si llega á obtener el divorcio?

ESTHER (*con candor*).

Por fuerza tendrá que casarse conmigo para poseerme.

LIDIA

Es verdad.

ESTHER

Ahora tal vez su mujer haya concebi-

do sospechas, tal vez haya averiguado lo que ocultaba esa intriga... El caso es que no quiere divorciarse. ¡Oh! pero yo no me doy por vencida... soy muy batalladora. Además, tengo muchos más elementos que ella para la lucha. Soy joven y rica, cosas que ya no es su mujer.

LIDIA (*apoyándose en los muebles para no caer*).

Es verdad; no se puede luchar con una rival como usted.

ESCENA V

DICHOS, VAILLANT.

VAILLANT *entra con las cejas fruncidas, mirando hacia atrás desconfiadamente al lacayo, que está en la antesala.*

(*Entre dientes*). ¿Qué diablos hará aquí ese jastial?

LIDIA

Mi padre... (*A Vaillant.*) La señorita Esther de Sélény.

VAILLANT (*estupefacto y haciendo que se note en su sombrío semblante la alegría que va experimentando poco á poco*).

¡Cómo! ¿Era verdad?

(*Se descubre.*)

ESTHER (*alargándole la mano*).

Buenos días, señor Vaillant... (*Riendo y mirando á la antesala.*) Ese lacayo mío es un gigante, ¿no es verdad?

VAILLANT (*estrechándole la mano*).

¡Conque es usted... usted! ¡Oh, señorita!

ESTHER

Lo traigo para tranquilidad de mi tía Catalina, porque la pobre tiene un miedo muy grande á este dichoso París.

VAILLANT

¡Ah, sí! Su señora tía de usted... Pero ¡qué feliz soy! No puede usted figurarse la alegría, la embriaguez... Vamos, déjeme usted que la mire otra vez.

ESTHER

¿Me encuentra usted parecida? ¿Soy lo que Lidia le había dicho á usted de mí?

(Mira á Lidia, que permanece inmóvil y abstraída.)

VAILLANT

Sí, pero aún me parece usted mejor... Nunca cree uno que las cosas son como se las pintan.

ESTHER

Sabe usted que vengo á quitarle á usted á Lidia otra vez. Desde mañana vamos á seguir la traducción de las *Memoorias*. *(A Lidia.)* Es muy fastidioso, ¿verdad, amiga mía, el gran patriota?

VAILLANT *(con inquietud)*.

¡Ah! ¡El gran patriota! ¿Está con ustedes?

ESTHER

¡Ya lo creo! No nos abandona ni un minuto... No se ha visto nunca un difunto tan... ¿cómo dicen ustedes aquí?... tan pegajoso.

VAILLANT *(riendo con toda su alma)*.

Es verdad que está muerto; ya no me acordaba.

ESTHER

Está más vivo que nunca. En la antesala se ve su sombrero, sus guantes, su bastón como si estuviese en casa y fuera á salir de un momento á otro...; en la mesa ponen su cubierto por la mañana y por la noche. Ya supondrá usted lo alegre que es ver siempre desocupado aquel sitio y lo contenta que me pongo cuando nuestra querida Lidia se queda á comer con nosotras. Luego, en toda la casa, bustos, retratos, reliquias suyas, y esto lo mismo en París que en Viena... porque viajamos con todo el material.

VAILLANT (*muy alegre*).

¡Qué mala es!

ESTHER

Por supuesto que, en el fondo, mi tía no ha sido nunca tan feliz como desde que está viuda. Si la oyera usted algunas veces, cuando estamos solas, ¡qué alegría!

parece una chiquilla... ¡qué expansión! ¡qué buen humor!... Pero para el público es la viuda de un grande hombre, y, sobre todo, la prisionera de sus propias demostraciones de duelo. Siempre está diciendo á los criados: «Quite usted el sombrero del difunto de la antesala;» ó «el difunto señor General no almuerza hoy en casa.»

VAILLANT (*riendo*).

En efecto, tiene gracia...; pero ahora que caigo, señorita, usted no tiene los mismos motivos de tristeza que la señora Generala... ¿Por qué no se queda usted á almorzar aquí con estos buenos amigos? A la pata la llana.

LIDIA (*un tanto confusa*).

¡Padre!...

ESTHER (*sonriendo*).

Gracias, Sr. Vaillant. Tendría mucho gusto en ello; pero piense usted que mi

pobre tía está sola con su héroe... No, no, me voy; hasta mañana, querida; el coche vendrá temprano á buscar á usted...

VAILLANT (*acompañándola*).

No he visto abajo su coche de usted...
¿Ha venido usted á pie?

ESTHER

Sí; y me gusta mucho. Ahora vuelvo lo mismo. He armado una revolución en esta calle del Temple... (*Al lacayo*.) Pas-kewitch, mi abrigo. (*De pie en la puerta de la antesala, mirándolos mientras le ponen su abrigo*.) ¡Es igual! me alegro haber venido; esos dos cubiertos, esa mesita, Lidia con su gran delantal, es un París que nosotros los extranjeros no sospechábamos siquiera, y del cual no nos hablan jamás los escritores. ¡Adiós! (*Váse. Vaillant le acompaña hasta la puerta*.) Hasta más ver, Sr. Vaillant.

LIDIA (*que continúa inmóvil, á media voz*).

Esta vez sí que he recibido la puñalada: una puñalada en mitad del corazón.

ESCENA VI

VAILLANT, LIDIA

VAILLANT (*mirándola un momento, enternecido*).

¡Lidia!

LIDIA (*como quien sale de un sueño*).

¡Padre!

VAILLANT (*abriendo los brazos para abrazarla*).

Abrázame; abraza fuerte á este viejo loco. (*La estrecha contra su pecho*.) ¡Oh! ¡Haber sospechado de ti, de ti que eres tan buena, tan sencilla... como si no te conociese... como si no estuvieses muy por encima de todas esas cosas!

pobre tía está sola con su héroe... No, no, me voy; hasta mañana, querida; el coche vendrá temprano á buscar á usted...

VAILLANT (*acompañándola*).

No he visto abajo su coche de usted...
¿Ha venido usted á pie?

ESTHER

Sí; y me gusta mucho. Ahora vuelvo lo mismo. He armado una revolución en esta calle del Temple... (*Al lacayo*.) Pas-kewitch, mi abrigo. (*De pie en la puerta de la antesala, mirándolos mientras le ponen su abrigo*.) ¡Es igual! me alegro haber venido; esos dos cubiertos, esa mesita, Lidia con su gran delantal, es un París que nosotros los extranjeros no sospechábamos siquiera, y del cual no nos hablan jamás los escritores. ¡Adiós! (*Váse. Vaillant le acompaña hasta la puerta*.) Hasta más ver, Sr. Vaillant.

LIDIA (*que continúa inmóvil, á media voz*).

Esta vez sí que he recibido la puñalada: una puñalada en mitad del corazón.

ESCENA VI

VAILLANT, LIDIA

VAILLANT (*mirándola un momento, enternecido*).

¡Lidia!

LIDIA (*como quien sale de un sueño*).

¡Padre!

VAILLANT (*abriendo los brazos para abrazarla*).

Abrázame; abraza fuerte á este viejo loco. (*La estrecha contra su pecho*.) ¡Oh! ¡Haber sospechado de ti, de ti que eres tan buena, tan sencilla... como si no te conociese... como si no estuvieses muy por encima de todas esas cosas!

LIDIA (*procurando desasirse y volviendo la cabeza á otro lado*).

Pero si no sé...

VAILLANT

¡Ya lo creo que no lo sabes, y jamás me atreveré á confesarte las locuras que han atormentado mi pobre cabeza durante estos últimos días! ¡Y yo que tenía la pretensión de reemplazar á tu madre y darte las dulzuras de un cariño y de una protección que apenashas conocido! ¡Vaya, vaya! ¡Como si una madre pudiera ser reemplazada! (*Con transporte.*) ¡Oh! No te vayas, no te muevas de mis brazos; y muy cerquita de mí, muy quieto, no vaya á oírnos alguien, ve diciéndome conmigo: «Padre, yo te perdono...»

LIDIA

Pero...

VAILLANT

Sí, sí, lo quiero... repite: Padre.

LIDIA (*en voz baja*).

Padre...

VAILLANT

Te perdono.

ANTONINO (*desde fuera*).

¡Padrino!

(*Lidia abraza á su padre y corre á su cuarto.*)

VAILLANT (*con alegría*).

¡Me ha perdonado!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

ESCENA VII

VAILLANT, ANTONINO

VAILLANT

¿Eres tú? (*Saliéndole al encuentro.*)
 ¡Ay, hijo mío, qué contento estoy!

ANTONINO (*á media voz*).

Y yo también, padrino. ¿Dónde está
 Lidia?

VAILLANT

En su cuarto.

ANTONINO

Ya está eso hecho.

VAILLANT (*llevándolo á la derecha*).

¿Qué? ¿Se aviene?

ANTONINO

¡Ya lo creo!... ¡No morirá de cornada de burro el tal Sr. Lortigue! ¡Si lo hubiera usted visto! Iba conmigo Meunier, mi compañero de laboratorio, porque tiene más... él... él... en fin, ¿no es verdad? El hablaba y yo accionaba. Verdaderamente hemos despachado pronto...; ó vamos al terreno, ó firma usted esta nota.

VAILLANT

¿Ha firmado?

ANTONINO

Con mucha alegría.

VAILLANT

¡Vamos! Estaba escrito que yo no me

he de batir nunca... ni siquiera en duelo... Naturalmente, habrá firmado sin modificar nada.

ANTONINO

Ni una coma; véalo usted.

(Le entrega un papel.)

VAILLANT *(leyendo y refunfuñando).*

«Declaro que lo dicho por mí en la Dirección de Correos, delante de los empleados del tercer Negociado, acerca de la señorita Vaillant y de su padre... mn... tal... tal... y que he cometido, al decirlo, una mentira y una cobardía.—» *Lortigue.*» *(Vacilando.)* ¿Te parece esto bastante?

ANTONINO *(riendo).*

¿Qué más quiere usted? ¡No es de temer que el Sr. Lortigue vuelva á decir que tiene usted protectores en el Ministerio! ¿Quién es ese Lortigue?

VAILLANT

Un empleadillo de nuestra oficina que permutó con uno del Ministerio, y que, según parece, está ahora agregado al Gabinete particular de Astier.

ANTONINO *(entre dientes).*

Tal para cual, entonces.

VAILLANT

¡Y pensar que ha bastado una indirecta de la señora de Rocanère allí y algunas habladurías de los de la oficina para que yo dude de mi hija, para que yo creyera una porción de infamias de las cuales ni siquiera me atrevía á buscar las pruebas!... ¿Sabes que son muy agradables esas señoras de Sélény?

ANTONINO *(distruido).*

¡Ah!

VAILLANT

La señorita Esther ha estado aquí, aquí... No hace cinco minutos que se ha ido... Por poco se queda á almorzar con nosotros!... ¡Ah, viejo estúpido! ¡Qué Bartolo soy!

(Abrese la puerta del cuarto de Lidia.)

ANTONINO *(en voz baja)*.

Tenga usted cuidado.

VAILLANT *(sale al encuentro de Lidia y la abraza)*.

¡Vamos! ¡A la mesa!

ESCENA VIII

DICHOS, LIDIA

LIDIA *(se ha quitado el delantal y enjugado las lágrimas)*.

Buenos días, Antonino... ¿Almuerzas con nosotros?

ANTONINO

No, gracias; ya lo he hecho.

VAILLANT *(se ha sentado)*.

Siéntate de todos modos, y toma una taza de té. Eso es sano para ti, porque estás todo el día manejando y respirando drogas abominables...

LIDIA *(con viveza á Antonino)*.

¿Cómo están en tu casa?

ANTONINO

Muy bien.

VAILLANT

Hijo, te aseguro que he soñado con la visita que hicimos á tu laboratorio y con toda aquella serie de drogas para matar ratas. ®

LIDIA (á Antonino hablando muy de prisa, con evidente intención de interrumpir á su padre).

¿Y tu mamá? ¿Y tus hermanas?

ANTONINO

Todos buenos. Están como unas Pascuas, como supondrás, gracias al padrino, que ha hecho que se renueve el antiguo contrato de arrendamiento.

VAILLANT

Gracias á la Duquesa, hijos míos... ¿No es cosa rara que no pueda yo llamarla de otro modo?... (A Antonino.) Ya habrás visto que ha vuelto á París y que se ha reunido otra vez con su marido.

ANTONINO

Ya lo he visto.

(Mira de reojo á Lidia, que aparenta estar muy ocupada haciendo platos).

VAILLANT

Los periódicos hablan de una suntuosa fiesta de caridad en el hotel Padovani. Van juntos á todas partes; el otro día, en una cacería de liebres en la posesión de los Bretigny, hicieron á la Duquesa todo género de honores.

ANTONINO (furioso, en voz baja).

¡A su marido sí que le haría yo los honores con la punta del pie!

(Hace el ademán de dar un puntapié.)

VAILLANT (riendo y comiendo).

Todavía le tienes rencor... Después de todo, hay que confesar que ese Pablo Astier no es un cualquiera. ¿Has leído su discurso de ayer en la Cámara? No es de los que charlan mucho, y aunque hijo de académico, va siempre al grano.

ANTONINO

Sí: es uno de nuestros primeros *strug lifeurs*.

VAILLANT

¿Qué dices?

ANTONINO

Strug lifeurs, ó *struggle for lifeurs*, es el nombre que Herscher ha puesto en su último libro á esa nueva raza de fierrecillas á quienes la dichosa invención de «la lucha por la existencia» sirve de excusa científica para toda clase de villanías.

VAILLANT

Es la ley de la naturaleza, como nos dijo él el otro día.

ANTONINO

Sí: la ley de los bosques y de las cavernas...; pero ya no estamos en ese caso, á Dios gracias. El hombre se ha puesto en pie hace tiempo, ha inventado el fuego, la luz, la conciencia y la vida moral, y asusta á las fieras.

VAILLANT

Come, chiquilla...

ANTONINO

Ahora las fieras toman el desquite. ¿No las oye cómo rugen y se destrozan alrededor de la comida?

VAILLANT (á Lidia).

¡Bribón! ¡Qué bien habla!

ANTONINO

Ciertamente no discuto yo al gran

Darwin, sino á los hipócritas bandidos que lo invocan, aquellos que de una observación, de la afirmación de un sabio, quieren hacer el artículo de un Código, y aplicarlo sistemáticamente. ¡Ah! A vosotros os parecen grandes, admirables esas gentes, y yo os digo que no lo son. *(Golpea la mesa, se le caen las gafas y limpia los cristales de ellas.)* No hay nada grande donde no hay bondad, ni piedad, ni solidaridad humana. Yo os digo que esas teorías de Darwin, llevadas á la práctica, son una infamia; porque tienden á buscar al bruto en el fondo del hombre, y porque, como dice Herscher, despiertan lo que queda de cuatro patas en el cuadrúpedo puesto de pie.

VAILLANT *(con la boca llena).*

¿Por qué no le contestaste eso á Pablo Astier cuando estuvimos en su casa?

ANTONINO

¡Ah! ¿Por qué?... Porque soy tímido;

un pobre tartamudo intermitente; porque las palabras no acuden á mis labios sino tarde y mal, ó á torrentes, á borbotones, con una impetuosidad que les impide salir. No es culpa mía; era demasiado joven cuando empecé á ver cosas terribles. Tenía quince años cuando nos llevaron á mi padre muerto á casa... ¿se acuerda usted, padrino?... Más de seis meses tuve un terrible temblor en los músculos de la boca. Ahora ya no tiemblo; pero aún tartamudeo, sobre todo cuando hablo bajo la influencia de una fuerte emoción.

VAILLANT *(enterneciéndose y volviéndose hacia su hijo).*

¿Oyes, chiquilla? El pobre muchacho no ha sabido nunca decir bien las cosas que le salían del corazón.

ANTONINO

¡Oh! Delante de aquel hombre, el otro

día, al hablarme de mi muy amado padre, con aquella desenvoltura... «el pobre Sr. Caussade no tenía talla para los negocios,» no pude encontrar palabras para contestar... no sentí más que ganas de llorar y grandes tentaciones de estamparle un puñetazo en la cara. ¡Oh! Lo que es eso... ¡hubiera sido muy capaz de hacerlo!

VAILLANT

De modo que, según tú, Pablo Astier...

ANTONINO (*poniéndose las gafas*).

Pablo Astier, con su elegante traje y su bigote rizado; Pablo Astier el estadista, Pablo Astier el hombre de mundo, es de la misma madera de esos dos canallas cuya historia acaba de contarlos el libro que le prestaré á usted.

(*Lidia se levanta bruscamente y vase por el foro.*)

VAILLANT

¿Dónde vas, hija mía? Llama á la criada.

LIDIA

Vuelvo, padre.

ESCENA IX

ANTONINO, VAILLANT

VAILLANT

También ella está un poco nerviosa... Por lo visto está en la atmósfera de nuestra casa hoy, y debieras aprovecharte.

ANTONINO

¿Aprovecharme?...

VAILLANT

Sí...: después de la explicación que

tuvisteis hace tres meses, ¿habéis vuelto á hablar de algo?

ANTONINO

De nada. Pero supongo que sus intenciones seguirán siendo las mismas.

VAILLANT (*con sonrisa bondadosa*).

No lo creo. Estaba yo mirándola ahora mismo mientras tú hablabas. Prueba á ver. Voy á dejaros solos, y puesto que estás hoy elocuente, atrévete... Procura decidirla, y si dice que sí, pasa por mi oficina y dímelo. ¿Me alegraría tanto! ¡Hace tanto tiempo que sueño con esa boda! Sobre todo, no balbucees, ¡con cien mil de á caballo!... nada de... el... el... en fin, ¿no es verdad?... Además, si quieres creerme... (*Dejando la taza y quitándole las gafas.*) Estás mucho mejor sin gafas. (*Suelta la servilleta y llama.*) ¡Chiquilla!

LIDIA (*entra con una fuente cubierta*).

¡Aquí estoy, padre!

VAILLANT

¡Demonio, chiquilla, mira la hora que es! Las visitas me han retrasado; me voy corriendo á la oficina.

LIDIA

¡Cómo! ¿No quieres de esto?

VAILLANT (*cogiendo unas cerezas del frutero*).

Nada más que un puñado de cerezas, que me comeré por la escalera como si fuese un chico. Tú, acaba de almorzar, hijita, porque no has comido nada. Antonino te hará compañía. Precisamente tiene que decirte una cosa... una cosa que yo confirmo desde ahora.

(*Le envía un beso y se va tarareando una canción.*)

(*Cierra la puerta.*)

®

ESCENA X

ANTONINO, LIDIA

*(De pie uno frente á otro.)*ANTONINO *(con sonrisa triste).*

No te asustes, Lidia.

LIDIA

Ya sé que no tienes nada que decirme, amigo mío; nos hemos explicado una vez para siempre; pero yo sí tengo que pedirte un favor.

ANTONINO

Di.

LIDIA

Me marcho á hacer un viaje largo...
Mi padre no sabe nada... Esta noche,

cuando vuelva á casa, encontrará una carta diciéndole dónde he ido, y por qué...

ANTONINO

¿Cómo piensas en eso, Lidia?... ¡Marcharse! ¡Qué tristeza para este pobre hombre, para quien tú eres la vida!

LIDIA

¡Sí, sí, pero es preciso! No trates de eternecerme. Bastante pena tengo yo. Es preciso. Lo que te pido es que estés aquí cuando reciba la noticia, que no lo dejes solo... ¿Me lo prometes?

ANTONINO

Te lo prometo.

LIDIA

Gracias.

(Pausa.)

ANTONINO (*sin mirarla*).

¿Vas muy lejos?

LIDIA

Muy lejos.

ANTONINO

¿Por mucho tiempo?

LIDIA

¡Oh! Por mucho.

ANTONINO

¿Se va él contigo?

LIDIA (*sorprendida y mirándolo*).

¿Él?

ANTONINO (*en voz baja*).

Sí, ya comprendo... Irá á reunirse contigo... Pablo Astier...

LIDIA

¿Sabes?... Lo sabe todo el mundo, ¿no es verdad?

ANTONINO

Me habías dicho que amabas á otro, y he procurado averiguar quién era. Además, él no lo ocultaba. (*Con violencia.*) Pero, en resumen, ¿es indispensable ese viaje?

LIDIA

Indispensable.

ANTONINO

¿Hoy?

LIDIA

Hoy.

ANTONINO

¿Y á qué hora?

LIDIA

Dentro de un momento.

ANTONINO (*mirando en torno suyo*).

¿Está listo tu equipaje?

LIDIA (*con sonrisa triste*).

Tengo todo lo que necesito.

ANTONINO (*después de una pausa*).

Vamos á ver: puesto que te vas sola... ¿quieres que le avise á mi madre? ¿Quieres que ella te acompañe? La pobre se hace cargo de todo... ¡Ha sufrido tanto!

LIDIA (*con los dientes apretados*).

No, no, gracias... No necesito á nadie.

ANTONINO

Deja al menos que te lleve yo á la estación.

LIDIA

Te ruego que no.

ANTONINO (*con efusión*).

Soy tu mejor amigo.

LIDIA

¡Y un alma noble... y un gran corazón! Debi... hubiera querido...; pero ya es tarde... he pasado por junto á mi felicidad sin verla... ahora poco, oyéndote, pensaba yo en ello. (*Pausa; con vehemencia.*) ¡Ah, sí, tienes razón!... Ese hombre es un miserable. Ahora se me repre-

senta tal como es... ¡Cómo se ha servido de mí! ¡Cómo me ha deshonrado! ¡Cómo me ha destrozado el alma!... Y aún le amo...

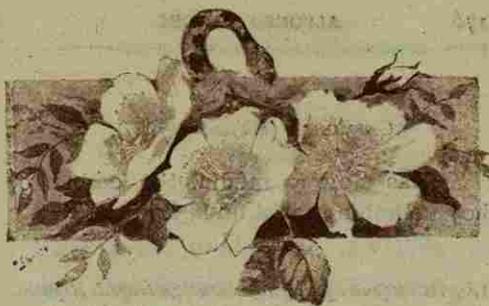
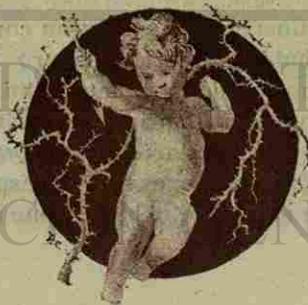
ANTONINO *(con gran emoción)*.

Sí: cuando se ama sucede eso..., eso mismo. Por más cosas que se vean, que se sepan... por más que... el... el... en fin, ¿no es verdad? *(sollozando)* se sigue amando...

LIDIA *(muy conmovida)*.

¡Adiós, amigo mío, cuento contigo!

(Él hace un signo afirmativo y se va precipitadamente.)



ACTO CUARTO

CUADRO PRIMERO

La habitación de Pablo Astier.—A la derecha el cuarto-tocador, abierto de par en par y visible para el espectador.—Es de noche: lámparas y candelabros encendidos.

ESCENA PRIMERA

CHEMINEAU, STENNE; después LORTIGUE

(ESCENA MUDA)

(Chemineau, de frac y corbata blanca, tendido en el diván, lee un periódico a la luz de un candelabro. Stenne, el ayuda de cámara, va y viene, sin hacer ruido, de la alcoba al cuarto-tocador, enciende el gas, se acerca a mirar la hora en el reloj que debe de haber encima de la chimenea. Saca en el brazo el frac negro y el chaleco de su amo, los cuales cuelga cuidadosamente en el respaldo de un sillón.)

STENNE

Mucho tarda el amo, señorito Chemineau.

senta tal como es... ¡Cómo se ha servido de mí! ¡Cómo me ha deshonrado! ¡Cómo me ha destrozado el alma!... Y aún le amo...

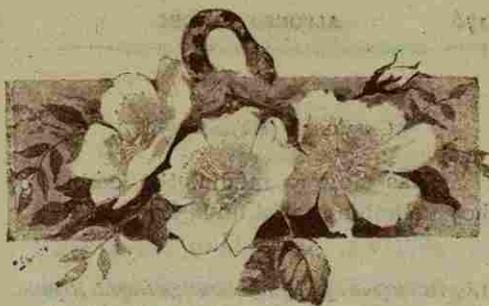
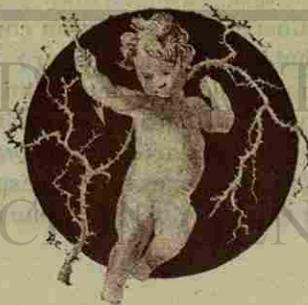
ANTONINO *(con gran emoción)*.

Sí: cuando se ama sucede eso..., eso mismo. Por más cosas que se vean, que se sepan... por más que... el... el... en fin, ¿no es verdad? *(sollozando)* se sigue amando...

LIDIA *(muy conmovida)*.

¡Adiós, amigo mío, cuento contigo!

(Él hace un signo afirmativo y se va precipitadamente.)



ACTO CUARTO

CUADRO PRIMERO

La habitación de Pablo Astier.—A la derecha el cuarto-tocador, abierto de par en par y visible para el espectador.—Es de noche: lámparas y candelabros encendidos.

ESCENA PRIMERA

CHEMINEAU, STENNE; después LORTIGUE

(ESCENA MUDA)

(Chemineau, de frac y corbata blanca, tendido en el diván, lee un periódico a la luz de un candelabro. Stenne, el ayuda de cámara, va y viene, sin hacer ruido, de la alcoba al cuarto-tocador, enciende el gas, se acerca a mirar la hora en el reloj que debe de haber encima de la chimenea. Saca en el brazo el frac negro y el chaleco de su amo, los cuales cuelga cuidadosamente en el respaldo de un sillón.)

STENNE

Mucho tarda el amo, señorito Chemineau.

CHEMINEAU (*mirando el reloj*).

¡Sí, las siete y media. Sin embargo, hoy no había sesión en la Cámara.

LORTIGUE (*entra precipitadamente en traje de etiqueta, con un programa en la mano*).

¿Nadie todavía?

STENNE

Nadie.

LORTIGUE (*sin ver á Chemineau*).

¡Terrible! Todos los invitados están aquí, Ministros y sus señoras, la Academia, las Embajadas; no falta más que el amo de la casa, y... (*tono de burla*) nuestro incomparable novelista.

CHEMINEAU (*sin variar de postura*).

¿Qué novelista?

LORTIGUE

¡Ah! ¿Está usted ahí?... ¡Pues Herscher! *great attraction* de la velada. Va á leer fragmentos de su nuevo libro.

CHEMINEAU

«Dos jóvenes franceses de nuestros tiempos.» ¡Demonio, tiene gracia!

LORTIGUE

¡Precisamente! La nota moderna... lo más moderno que darse puede... Tenemos programas ilustrados por Montégut y Rochegrosse. (*Leyendo*) «Gran fiesta de caridad en el hotel Padovani, á beneficio del Asilo de niñas mudas.»

CHEMINEAU (*desde el diván*).

A ver.

LORTIGUE

Una idea ingeniosa, y como mía, es la exhibición del novelista de moda, un hombre que no va á ninguna parte. ¡Así es que hemos colocado más de quinientos billetes de entrada á cuarenta francos!...

CHEMINEAU

¡Cuarenta francos por ver á un novelista! ¡Pagar es!

LORTIGUE

¡Ah! Y por oirlo... porque va á leer en la estufa.

CHEMINEAU

¿Está usted convidado á la comida?

LORTIGUE

A la comida, á la fiesta y á todo... ¿Y usted?

CHEMINEAU

¿Yo? A nada.

STENNE (*dando más luz á la lámpara*).

Porque usted no es de Nimes.

(*Vase.*)

ESCENA II

LORTIGUE, CHEMINEAU

LORTIGUE (*acercándose al diván*).

Diga usted, Sr. Chemineau... (*viendo*)

¡Cuidado que es singular esta gana que me da siempre de conjugar á usted como si fuera un verbo latino: camino, yo camino, caminal!...

CHEMINEAU (*flemáticamente*).

Caminaba, yo caminaré.

LORTIGUE (*acercando una silla baja al diván*).

Verdaderamente tiene usted cabeza para ser de los que caminen... (*Cogiendo el respaldo de la silla y á media voz:*) Vamos á ver, tunantón: ¿qué pasa aquí?

CHEMINEAU

¿Aquí? ¿Cómo quiere usted que lo sepa, cuando es usted el que tiene que informarme?

LORTIGUE

Estaban arruinados, lo iban á vender todo, y resulta que no venden nada. Se separan, se encuentran en visperas de un divorcio, y hélos ahí ahora en plena luna de miel otra vez. ¿Qué hay en el fondo de todo eso? Observe usted que mi curiosidad es legítima.

CHEMINEAU

Ciertamente.

LORTIGUE

Porque si ha de haber dislocaciones en el matrimonio, es cosa de procurar quedarse en el lado más firme.

CHEMINEAU

¡Claro está!

LORTIGUE

Evidentemente el amo proyecta algo; pero ¿qué?

CHEMINEAU

Pero ¿qué?

LORTIGUE (*bajando más la voz*).

Aquí para *inter nos*, me parece que esta vez anda torpecillo.

CHEMINEAU

¡Eh!...

LORTIGUE (*imitando á Chemineau*).

¡Eh!... En su lugar yo, hace ya tiempo que, de un modo ó de otro, me hubiera deshecho de lo que me estorbaba.

CHEMINEAU

¿De un modo ó de otro?...

LORTIGUE (*con mirada aviesa*).

¡Es claro! (*Se levanta y pasea.*) Pero los hombres de la generación de ustedes los de treinta á cuarenta años, aun los más decididos, están todavía llenos de una porción de supersticiones y de escrúpulos.

(*Enciende un cigarrillo.*)

CHEMINEAU

Pues usted, ¿qué edad tiene?

LORTIGUE

Veintitrés años. Como dice mi jefe Astier, estoy á bordo del buque que viene detrás del de ustedes, del que les empuja y ha de echarlos...

CHEMINEAU

¿De modo que en ese barco no hay preocupaciones?

LORTIGUE

¡Estorbos no hacen falta!

CHEMINEAU

¿No hay nada?

LORTIGUE

¡Nada, nada!

CHEMINEAU

¿Y el gendarme?

LORTIGUE

¡El gendarmel... Sí, en rigor, eso hay, si usted quiere, por más que el gendarme de ahora...

CHEMINEAU

Así y todo, le tengo un miedo de los demonios. ¡Ah! ¡Si no hubiera gendarmes!...

LORTIGUE

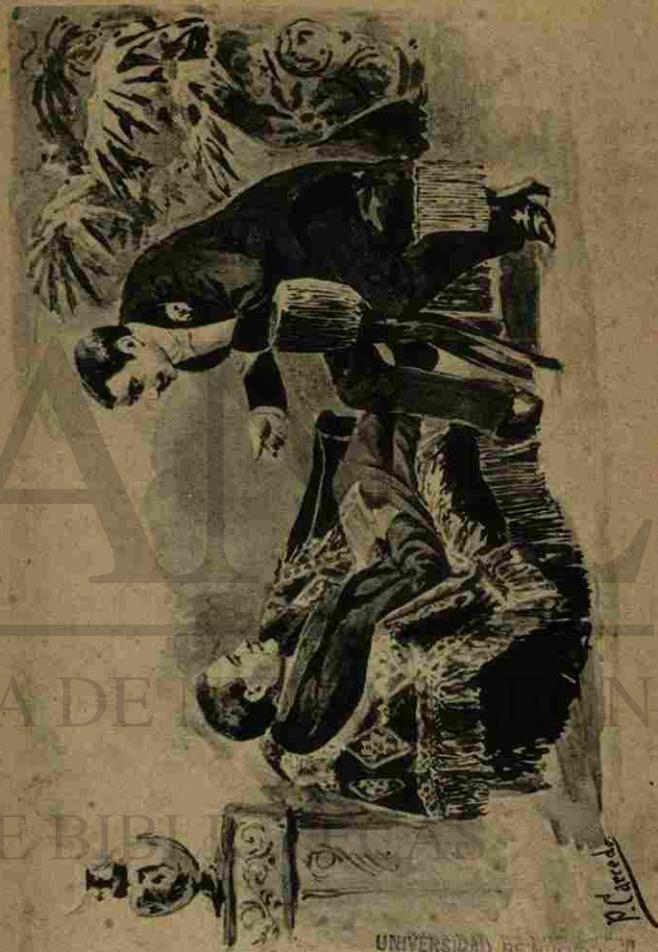
¿Ya decía yo! ¡Supersticiones de gente de la edad de ustedes! ¡Porque no van ustedes, como voy yo, con Berckeley!...

CHEMINEAU

¿Berckeley?

LORTIGUE

La escuela escocesa... No existe nada; el mundo es pura fantasmagoría. Admi-



(Fig. 186)

Acto IV. Cuadro I. Escena II.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO DAUDET"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

tido este principio, puede uno permitir-
selo todo; nada tiene importancia. Esa
es mi teoría, y se la presto á usted si
quiere.

CHEMINEAU

¡Gracias, buena pieza! No digo que si
llegara la ocasión...

ESCENA III

DICHOS, PABLO ASTIER, STENNE

PABLO ASTIER (*entra muy agitado, seguido del ayu-
da de cámara que le toma el sombrero, el abrigo y
el bastón*).

¿Está Chemineau?

CHEMINEAU (*levantándose*).

¡Presente! (*Doblando el periódico*.) A
la orden, como de costumbre.

LORTIGUE (*firando rápidamente el cigarro*).

Apresúrese usted, querido jefe... Todos están en el salón.

PABLO ASTIER (*brutalmente*).

Vaya usted á ver si estoy yo también allí.

LORTIGUE

Pero ¿cómo?...

(*Vase presurosamente.*)

PABLO ASTIER

¿Está todo preparado?

STENNE

Sí, señor.

PABLO ASTIER

Vete... Me vestiré solo...

STENNE (*desde fuera.*)

¿Rizamos el pelo?

PABLO ASTIER

Sí, no... Tal vez. Ya te llamaré.

(*Vase Stenne.*)

ESCENA IV

PABLO ASTIER, CHEMINEAU

PABLO ASTIER (*en pie, furioso, desabrochándose y quitándose el chaquet*).

¡Cuando te digo que el amor es un mal negocio!... ¡Pues no ha tratado de envenenarse!...

(*Tira el chaquet sobre la cama.*)

CHEMINEAU

¿Quién?... ¿Tu mujer?

LORTIGUE (*firando rápidamente el cigarro*).

Apresúrese usted, querido jefe... Todos están en el salón.

PABLO ASTIER (*brutalmente*).

Vaya usted á ver si estoy yo también allí.

LORTIGUE

Pero ¿cómo?...

(*Vase presurosamente.*)

PABLO ASTIER

¿Está todo preparado?

STENNE

Sí, señor.

PABLO ASTIER

Vete... Me vestiré solo...

STENNE (*desde fuera.*)

¿Rizamos el pelo?

PABLO ASTIER

Sí, no... Tal vez. Ya te llamaré.

(*Vase Stenne.*)

ESCENA IV

PABLO ASTIER, CHEMINEAU

PABLO ASTIER (*en pie, furioso, desabrochándose y quitándose el chaquet*).

¡Cuando te digo que el amor es un mal negocio!... ¡Pues no ha tratado de envenenarse!...

(*Tira el chaquet sobre la cama.*)

CHEMINEAU

¿Quién?... ¿Tu mujer?

PABLO ASTIER

¡Eh! ¿Que mi mujer?... *(Se desabrocha el chaleco.)* Lidia, la chiquilla de Vailant. *(Se arranca la corbata y la tira.)*
 ¡Un milagro! Pasaba yo por la Avenida Gabriel y vi luz en el entresuelo de la casa...

CHEMINEAU

¿Tu casa de soltero?

PABLO ASTIER

Entro, hijo mío, y en medio de las flores, con todo encendido y revuelto como en los días que repican gordo, me la encuentro á punto de mandarse al otro mundo... «¡He venido á morir en tu casa!»

CHEMINEAU

¡Muy bonito!

PABLO ASTIER

Figúrate, en mi situación y con esa historia que traigo entre manos... *(Se quita el chaleco y lo tira encima de la cama.)* Si tardo dos minutos, se acabó.

CHEMINEAU

¡Vaya una complicación!

PABLO ASTIER *(con la camisa arrugada, ademanes trágicos, las mangas levantadas, dejando ver sus robustos brazos desnudos).*

¡Y se empeñaba en ello la muy bribona! Ha sido necesario luchar á brazo partido, arrancarla de las garras de la muerte... y así y todo no estoy seguro de que se escape. No ha bebido más que una gota, pero era veneno de verdad. *(Regístrate el bolsillo y saca un frasquito color de rosa.)* Estricnina, aconitina, ¡qué sé yo! lo más fuerte que ha podido encontrar en casa de su Antonino...

(Deja el frasco en el borde de una mesita que hay á la derecha, entra en el tocador, y vierte agua en la palangana del lavabo.)

CHEMINEAU

¿Antonino? ¡Ah! sí... El del... él... él; en fin, ¿no es verdad? ¡El boticario!...

PABLO ASTIER (*volviéndose, con la cara mojada al lavarse*).

Eso es...

CHEMINEAU (*acercándose y mirando el frasquito, con las manos cruzadas atrás, como si temiera que le mordiese*).

Verdaderamente esta tisana tiene cara de ser endiablada. (*Alarga la mano, huele y se vuelve*.) ¡Qué idea más extraña!... Se necesita amar mucho á un hombre... ¡Si tendrás tú suertel!... ¡Y tanta!... ¿Cómo has salido del paso?

PABLO ASTIER (*entrando y enjugándose la cara y los brazos con la toalla*).

¡Un verdadero esfuerzo! Primero el médico, las drogas, las lágrimas. Luego, en poco menos de una hora, he podido

consolarla, demostrarle, como dos y dos son cuatro, que no amo á nadie más que á ella en el mundo, que debía volver tranquilamente á casa de su padre. Y mientras tanto, pensando siempre que me estaban esperando á comer en mi casa veinticinco personas.

(*Entra en el tocador y deja la toalla.*)

CHEMINEAU

¡Demonio! ¡Tienes temple!... Yo, de pensar en esas veinticinco personas, me quedo sin apetito.

PABLO ASTIER

Desgraciadamente...

CHEMINEAU

¿Desgraciadamente?...

PABLO ASTIER

Había dejado una carta en su casa

CHEMINEAU

¡Demonio!

PABLO ASTIER

Una despedida conmovedora para su padre, y es de temer que el viejo, al llegar...

CHEMINEAU

¿Te nombraba en ella?

PABLO ASTIER

¡No hay cuidado! ¡Me ama demasiado!

(Vuelve á entrar en el tocador.)

CHEMINEAU

¡Esas sí que son emociones! Se debe de vivir doble en esos momentos!... ¡Ah! No hay cuidado de que á mí se suceda otro tanto con esta vida que hago de

mula de tranvía... entre el Palacio de Justicia y el bufete de Broutin. Y, además, las mujeres no las sé yo tomar en serio... Me río, bromeo, y, como tú dices, la pasión no bromea nunca. He tratado, siguiendo tu método, de fingir con ellas el sentimiento... Pero no puedo; llega un momento en que se me olvida... De eso tiene la culpa París; esa risa burlona se atrapa cuando uno nace, al respirar el aire del boulevard, y luego ya no puede uno deshacerse de ella nunca. Tal vez con las extranjeras... porque, en definitiva, las mujeres no son todas lo mismo. ¿Qué te parece, Pablo? ¿Crees que con una extranjera esta manera de amar á la parisiense me daría resultado? ¿Que la risa, la broma, la burla?...

PABLO ASTIER (desde el cuarto-tocador).

Extranjeras ó no, las mujeres no se dejan coger más que por el romanticismo.

CHEMINEAU

¡Buena pieza está él!... ¡Oye!

PABLO ASTIER

¿Qué?
 ¿Sabes que si tú escribieses tus *Memorias* serían mucho más interesantes que las del gran General?

CHEMINEAU

PABLO ASTIER

¿Qué General?

CHEMINEAU

El general Sélény, el glorioso vencido de Carintia. Sino que no siempre serían fáciles de hacer las ilustraciones. ¡Pobrecilla Lidia!... pero ¿qué va á decir al volver á su casa? ¿Qué podrá inventar?

PABLO ASTIER (*saliendo del cuarto-tocador con pantalón negro, pechera muy almidonada y poniéndose los gemelos de la camisa*).

Ya comprenderás... la metí en un co-

che... no iba muy tranquilo, como supondrás... la acompañé hasta la esquina de su calle, y luego... ¡qué demonio! «Eres mujer, sabes mentir, desenrédate como puedas, hija mía.» Y... aquí estoy.

CHEMINEAU (*respirando*).

¡Uf!

PABLO ASTIER

Ahora hablemos de cosas serias. ¿Has visto á esas señoras?

(*Enciende una lamparilla de espíritu de vino que hay encima de la mesa.*)

CHEMINEAU

Esta mañana he almorzado con ellas, como todos los días. Esta noche las acompañé á la función de gala que hay en el teatro de la Opera... Se ha hablado mucho de tí...

PABLO ASTIER

¡Naturalmentel

(Calienta las tenacillas para rizar el bigote.)

CHEMINEAU

¡Ya supondrás que mantengo yo el fuego sagrado! Pero no te ocultaré que la señorita Esther no está muy contenta. Le parece que esto va ya siendo largo y que se prolonga... y se prolonga...

PABLO ASTIER *(rizándose el bigote).*

¡Ay, amigo mío! Esto es horrible; no acabo de conseguirlo.

CHEMINEAU

¡Imposible! ¿Josefina se resiste á Napoleón?

PABLO ASTIER

Varía de ideas todos los días... Unas

veces quiere, otras no. Lo peor ha sido que ha visto á Esther, que la ha encontrado demasiado bonita, y eso lo echa todo á perder.

CHEMINEAU

Quiere y no quiere; eso es culpa de tu secretario, que, como siempre, te hace traición... ¿Por qué conservas á tu lado al tal Lortigue?

PABLO ASTIER *(con gravedad).*

Lo conservo... *(Apaga la lamparilla.)* lo conservo porque no hay nada más raro que un hombre resuelto, ni nada que cuando llegue la ocasión sea más precioso.

(Se abrocha la pechera de la camisa.)

CHEMINEAU

Resuelto sí es... Si todos los de su generación se le parecen, hemos de ver buenas cosas. Viene en un barco donde no hay nada, ni Dios ni gendarmes... A

fin nosotros, aunque sin tener creencias en las antiguas instituciones, sabemos que existen. Es como la barandilla de una escalera, que rara vez se usa, pero que da tranquilidad; pero estos hombrecitos de fines del siglo... Entretanto tú, chico, haces muchas tonterías. Por agradar á tu mujer has aplazado la venta de Mousseaux. ¡Está bien! Yo voy dando plazos, pero al fin tendremos que pagar. Luego la dejas que derroche los últimos cuartos que os quedan. Ese contrato con los Caussade, estas fiestas, estas recepciones...

PABLO ASTIER (*apretando los dientes y anudándose la corbata*).

¡Sí, todo por agradarla! Ignoro si lo consigo; lo que sé es que tengo unas ganas feroces...

(*Gesto furioso.*)

CHEMINEAU (*sonriendo*).

De deshacerte de ella...

PABLO ASTIER (*golpeando la mesa*).

Pensar que tengo aquí, en mis manos, una ocasión como no hay otra...

CHEMINEAU (*asustado*).

¿En tus manos?

(*Mira el frasquito del veneno y se levanta precipitadamente.*)

PABLO ASTIER (*poniéndose el chaleco*).

Pues claro está...

CHEMINEAU (*aparte*).

¿El veneno?

PABLO ASTIER

Esther de Sélény.

CHEMINEAU

¡Ah! sí, Esther de Sélény... Me has asustado...

PABLO ASTIER

¿Por qué?

CHEMINEAU

Nada, nada... Ciertamente la ocasión es soberbia... Pero ten cuidado, porque hay moros en la costa; tienes competidores, y no despreciables.

PABLO ASTIER

¿Quiénes son?

CHEMINEAU

El conde Adriani, por ejemplo.

PABLO ASTIER

¡Pepino! ¡Bah!... Se lo adjudicaremos á tía Catalina...

CHEMINEAU (*con viveza*).

¡Ah! no, hijo... La tía Catalina es para mí; la acoto.

PABLO ASTIER

¿Cómo?

CHEMINEAU

Te aseguro que la consigo...; y en contra de tu teoría de que á las mujeres no les gusta la risa, te advierto que por la risa he conquistado á ésa... Sin duda será por el contraste con su tristeza de viuda.

PABLO ASTIER (*sonriendo*).

¡Hola, hola!... ¡Vea usted el amigo Chemineau!

CHEMINEAU (*con modestia*).

Se hace lo que se puede. Camino, caminaba, caminaré...

PABLO ASTIER

Tú siempre estás diciendo que yo soy hábil; pero me parece...

CHEMINEAU (*ayudándole a ponerse el frac*).

¡Hijo mío, la lucha por la existencia!... *Struggle for life!*... Yo también lucho... por el bufete del viejo Broutin. Además, eso no te estorba; la fortuna de Esther permanece intacta, y mejor es que me tengas por tío político tuyo... porque así te ayudaré á entrar en la familia... Pero cree que es más peligroso de lo que tú supones... El dichoso Guardia noble... ¿No lo has visto nunca de uniforme?... Está muy bien... Y luego siempre en la brecha; no se descuida nunca... Esta noche irá á buscarnos al teatro.

PABLO ASTIER

Está convidado á comer aquí.

(*Registrando los bolsillos del chaquet, que se ha quitado.*)

CHEMINEAU

No tengas cuidado, que ya se irá tempranito.

PABLO ASTIER

Lo desaffo á que lo haga... Le enseñaremos á ser bien educado.

CHEMINEAU

En fin, yo ya te he dicho lo que hay; procura andar de prisa... porque va siendo tiempo.

PABLO ASTIER (*encolerizado*).

¡Ah! Ya lo sé.

CHEMINEAU

Ya estás vestido. Yo me voy, chico.

PABLO ASTIER

Espera. Voy á poner dos renglones en una tarjeta para que se la lleves á Esther.

CHEMINEAU (*mirándolo, mientras escribe, de frac y con el pie apoyado en una silla*).

La verdad es que estás así mucho mejor... que hace un momento en mangas de camisa; ¡es asombroso lo mucho que influye el traje para que uno parezca un caballero!... ¡Una corbata blanca es casi moral! (*Al marcharse.*) ¡Oye, Pablo!...

PABLO ASTIER

¿Qué?

CHEMINEAU (*señalando al frasco del veneno*).

No te dejes eso por ahí.

PABLO ASTIER

¿El qué?

CHEMINEAU (*insistiendo con el gesto*).

Hasta mañana.

(*Vase.*)

PABLO (*solo, vestido, en pie delante de la mesita*).

¡Ah! sí, esto... (*Como alucinado.*) ¿Por qué está esto aquí?... ¿Cómo ha venido?... Nada he puesto de mi parte para tenerlo, y la verdad es que estas cosas en la casa son muy peligrosas... (*Reflexionando.*) Ha sido menester que esa chiquilla... ¡Buen encuentro ha estado!... (*Cogiendo el frasquito.*) Esto es una cosa rápida, segura, y que no deja huellas... Entonces... (*En voz baja, casi ininteligible.*) ¡Algunas gotas en un vaso de agua y me vería libre!... (*Con violencia.*) ¡No, no! ¡Jamás, jamás!

(*Va á tirar el frasquito, y se detiene al oír la voz de su mujer.*)

ESCENA VI

DICHOS, MARÍA ANTONIA

MARÍA ANTONIA (*que ha entrado en escena un momento antes, y lo mira y lo escucha, vestida, descolada, y con el cabello empolvado*).

¿Vamos, Pablo?

PABLO ASTIER (*estremeciéndose y dominándose instantáneamente*).

¡Vamos, hija! (*Se mete el frasquito en el bolsillo del chaleco y ofrece el brazo a su mujer.*) ¡Hola! ¿Te empolvas ahora el pelo?

MARÍA ANTONIA (*mirándole con fijeza y hablando solemnemente*).

Sí; para que la transición sea menos brusca cuando la gente me vea con las canas propias de mi edad.

(*Se coge del brazo, y vanse.*)

CUADRO SEGUNDO

Saloncito de fumar en el hotel Padovani.—Es de noche, después de la comida.—Por entre las grandes puertas vidrieras del foro se ve a los convidados a la fiesta que se dirigen a la estufa del jardín, donde va a verificarse la lectura.

ESCENA PRIMERA

LORTIGUE, PABLO ASTIER, EL DUQUE DE BRÉTIGNY, EL GUARDIA NOBLE (*de gran uniforme encarnado y oro*), algunos otros invitados a la comida, acabando de tomar café y fumando. Cigarrillos y licores encima de una mesa.

LORTIGUE (*a la izquierda en primer término, saboreando una copa y un cigarro, mira hacia el foro, donde está Pablo Astier*).

¡Decididamente mi jefe tiene algo esta noche! Nunca lo he visto tan ensimismado. No ha dicho ni tres palabras durante la comida, él, que es un hombre tan dueño de sí mismo, siempre... ¡Demonio, demonio!... ¡Irá a caer el Ministerio?

ESCENA VI

DICHOS, MARÍA ANTONIA

MARÍA ANTONIA (*que ha entrado en escena un momento antes, y lo mira y lo escucha, vestida, descolada, y con el cabello empolvado*).

¿Vamos, Pablo?

PABLO ASTIER (*estremeciéndose y dominándose instantáneamente*).

¡Vamos, hija! (*Se mete el frasquito en el bolsillo del chaleco y ofrece el brazo a su mujer.*) ¡Hola! ¿Te empolvas ahora el pelo?

MARÍA ANTONIA (*mirándole con fijeza y hablando solemnemente*).

Sí; para que la transición sea menos brusca cuando la gente me vea con las canas propias de mi edad.

(*Se coge del brazo, y vanse.*)

CUADRO SEGUNDO

Saloncito de fumar en el hotel Padovani.—Es de noche, después de la comida.—Por entre las grandes puertas vidrieras del foro se ve a los convidados a la fiesta que se dirigen a la estufa del jardín, donde va a verificarse la lectura.

ESCENA PRIMERA

LORTIGUE, PABLO ASTIER, EL DUQUE DE BRÉTIGNY, EL GUARDIA NOBLE (*de gran uniforme encarnado y oro*), algunos otros invitados a la comida, acabando de tomar café y fumando. Cigarrillos y licores encima de una mesa.

LORTIGUE (*a la izquierda en primer término, saboreando una copa y un cigarro, mira hacia el foro, donde está Pablo Astier*).

¡Decididamente mi jefe tiene algo esta noche! Nunca lo he visto tan ensimismado. No ha dicho ni tres palabras durante la comida, él, que es un hombre tan dueño de sí mismo, siempre... ¡Demonio, demonio!... ¡Irá a caer el Ministerio?

ESCENA II

LA CONDESA DE FÓDER, luego MARÍA ANTONIA
y LA MARQUESA DE ROCANERE

LA CONDESA DE FÓDER (*con acento extranjero*).

¡Señor Lortigue!

LORTIGUE

¡Condesa!

LA CONDESA DE FÓDER

¿Dónde está el gran maestro? No lo
veo por ninguna parte.

LORTIGUE

¿Qué maestro?

LA CONDESA DE FÓDER

¡El maestro de los maestros!

LORTIGUE

¿Busca usted al ilustre novelista?

LA CONDESA DE FÓDER

Sí, quisiera ser presentada á él... Está-
bamos demasiado lejos uno de otro en
la mesa.

LORTIGUE

El Sr. Herscher se acaba de ir al jardín,
y se prepara para dar lectura á su libro.

LA CONDESA DE FÓDER

¡Oh! Ponga usted mi sillón más cerca
de él... que yo pueda verlo bien... ¡Me
vuelve loca ese hombre!

LORTIGUE

Oiga usted, no tengo inconveniente en
presentarla; pero con una condición...

(*Le dice algo al oído.*)

PABLO ASTIER (*viene á primer término y se sienta en una silla, á la derecha del espectador*).

¡Lortigue!

LORTIGUE (*acudiendo presuroso*).

¿Señor?

PABLO ASTIER

¿Ha comido usted bien? ¿Estaba buena la comida?

LORTIGUE (*asombrado*).

Sí, señor; como siempre, todo me ha parecido excelente.

PABLO ASTIER

Mejor. Es la última comida que hará usted en mi casa, y celebro que vaya usted contento.

LORTIGUE

¡Ah! ¿Me despide usted? ¿Presento mi dimisión?

PABLO ASTIER

No debe de sorprender á usted. Hace un año que vengo observando su conducta... (*Se levanta.*) ¡Es usted un tonto, señor Lortigue!... El lado firme era yo; conmigo había que quedarse. Hubiera hecho su fortuna de usted al mismo tiempo que la mía. Me ha comprendido mal. Peor para usted.

LORTIGUE

Pero, si...

PABLO ASTIER

¡Vaya usted, vaya usted! Acabaremos de arreglar la cuenta dentro de un rato.

(*Se aleja.*)

LOETIGUE (*aparte*).

¡Ah! acabaremos... Parece que no hemos acabado entonces. Se me van á pedir cosas graves. «¡Tupé de Nimes», en guardia!

(*Da un paso: el Guardia noble lo detiene.*)

EL GUARDIA NOBLE (*señalando á la condesa de Föder, que habla en el foro con María Antonia y la marquesa de Rocanère*).

Perdóne usted, señor secretario... ¿Quién es esa señora que hablaba con usted hace un momento? Estaba sentada frente á mí en la mesa.

LORTIGUE

La condesa de Föder; una extranjera para hombres célebres.

EL GUARDIA NOBLE

¿Para hombres célebres... exclusivamente?

LORTIGUE

¡Ay!... No se puede hacer nada, señor Conde, porque la tenemos para el señor Herscher.

EL GUARDIA NOBLE

No comprendo el entusiasmo de todas estas personas por ese hombre. No es guapo, no es elegante... En mi país no sirve para nada un hombre así...

EL DUQUE DE BRÉTIGNY (*acercándose al Guardia noble*).

¡Ah! ¡caballero! ¡Cómo me consuela oír á usted hablar así! Venga esa mano. (*Asombro del Guardia noble.*) El duque de Brétigny, de la Academia Francesa, autor...

EL GUARDIA NOBLE

Sí, sí, *simpático, molto simpático.*

EL DUQUE (*adoptando una postura académica*).

Cuando me acuerdo que en este mismo salón, que fué durante veinte años el primer salón académico de París, oí, en una fiesta á beneficio del mismo Asilo, al ilustre Astier Rehu (*á Pablo, que sigue distraído*), su padre de usted, mi querido Pablo, leernos su *Estudio sobre Marco Aurelio*...

LORTIGUE (*que se ha aproximado. — Aparte*).

No daría mucho dinero el *Estudio sobre Marco Aurelio*.

EL DUQUE DE BRÉTIGNY

... Y que esta noche el Sr. Herscher, el autor de ese libro asqueroso, en el cual se ve á dos canallas asesinar á una lechera...

PABLO ASTIER (*distraído*).

¿Qué quiere usted, querido Duque? María Antonia se ha empeñado.

EL DUQUE DE BRÉTIGNY

¡Verdaderamente no conozco en eso á mi queridísima amiga!... Observe usted que estaba yo á su disposición, y que podía haberme pedido que leyera algo mío...

(*Se alejan.*)

LORTIGUE (*siguiéndolos. — Aparte*).

Tampoco darán mucho dinero tus libros.

LA CONDESA (*viniendo á primer término con la marquesa de Rocanère*).

A mí, querida, lo que más me ha conmovido en esa obra maestra, es la escena de la calle de Mazarino, el rompimiento de aquel miserable y la mujer que lo amaba, aquel beso de despedida, lloviendo, en medio de la acera, cuando no les quisieron dar la llave de su guarida.

LA MARQUESA DE ROCANERE

¡Oh! ¡Dichoso libro! ¡Toda la noche lo he estado leyendo! Es tan agradable como una inyeccioncita de morfina. ¡Pensar que todo eso ha sucedido! ¡Es mucho más entretenido que una novela!

LA CONDESA DE FÓDER

¡Oh! De buena gana pasaría una noche en aquella casa.

LORTIGUE (con tono burlón).

¡Esa es una idea! Tal vez pudiéramos arreglar eso...

(Sigue hablando en voz baja con la condesa de Föder, que vuelve la cara á otro lado).

EL DUQUE DE BRÉTIGNY

¡Palabra de honor que están todas locas!

MARÍA ANTONIA *(acercándose al grupo, y sentándose á la derecha de la mesa).*

Yo censuro una cosa en el Sr. Herscher, y es el haberse olvidado de las madres. Porque esos dos desdichados cuya historia relata, han sido niños. Han tenido cunas, han tenido madres que se inclinaban para verlos dormir, y pensar: «¿Qué será cuando sea grande?» Y se los imaginaban ricos, amados, llenos de honores. Lo soñaron para ellos todo, menos la abominable realidad. *(Mirando á Pablo, que continúa distraído.)* ¡Ah! La pobre madre de Caín!

EL DUQUE DE BRÉTIGNY

Olvida usted, mi querida amiga, que un gran poeta había hablado ya admirablemente de ese madre. Eso era sagrado, y este señor no tenía derecho á poner mano en ello.

MARÍA ANTONIA

Víctor Hugo, es verdad, ya recuerdo.

(*Declamando.*)

«Ambos abuelos de la humana especie
lloraban sin cesar:
el padre por Abel, la madre por Cain.»

LORTIGUE (*que entra después de haber estado un momento fuera de la escena. — A María Antonia.*)

Señora, todo el mundo está ya colocado. El Sr. Herscher pregunta si puede comenzar.

MARÍA ANTONIA (*á Brétigny.*)

Deme usted el brazo, querido Duque.

(*Coge el brazo de Brétigny y vase por la izquierda, seguida de los demás convidados.*)

EL GUARDIA NOBLE (*desprendiéndose de la marquesa de Rocanère, que le ha tomado el brazo.*)

Perdone usted, Marquesa, pero no pue-

do asistir á la lectura porque me esperan en la Opera.

(*Vase por la derecha, mientras la señora de Rocanère se va por la izquierda, del brazo de otro convidado.*)

LA CONDESA DE FÓDER (*á Lortigue, cogiéndose de su brazo.*)

¡Colóqueme usted bien, muy cerquita de él!

PABLO ASTIER (*á Lortigue.*)

Acompañe usted á la Condesa y vuelva usted, que tengo que hablarle.

(*Lortigue y la Condesa vanse por la izquierda. Pablo sale precipitadamente por la derecha, detrás del Guardia noble, á quien ha estado observando. Queda la escena sola. Se oyen aplausos á lo lejos.*)

ESCENA III

PABLO ASTIER, EL GUARDIA NOBLE

PABLO (*entra detrás del Guardia noble.*)

No, no, mi querido Pepino. Eso no puede ser.



EL GUARDIA NOBLE (*defendiéndose*).

Amigo mío, ya he dicho á usted que me esperan en el teatro de la Opera, y que tengo que ir porque importa á mi pequeña *combinazione*.

PABLO ASTIER

Vamos, ¿cómo va usted á hacer esa afrenta á nuestro gran novelista?

EL GUARDIA NOBLE

Ya sabe usted que á mí los novelistas y las novelas...

PABLO ASTIER

¡Yah! Prefiere usted la *combinazione*.

EL GUARDIA NOBLE (*riendo*).

Si, si...

PABLO ASTIER

¿De modo que la señorita Esther lo espera á usted en la Opera?

EL GUARDIA NOBLE

¡Era cosa convenida!

PABLO ASTIER

¿Y usted piensa ganar la batalla esta noche, gracias al uniforme?

EL GUARDIA NOBLE (*riendo*).

¡Precisamente!... Guárdeme usted el secreto.

PABLO (*retorciéndole nerviosamente el bigote*).

Es bonita, ¿verdad?

EL GUARDIA NOBLE (*con los ojos encandilados*).

¡Cristo! ¡qué bella es!

PABLO ASTIER

Y, sobre todo, simpática.

EL GUARDIA NOBLE (*que iba á decirlo, con asombro*).

¡Sí... sí... *simpática*...! Eso iba yo á decir.

PABLO ASTIER

Yo, por ahorrarle á usted el trabajo... (*Con seriedad repentina.*) Óigame usted ahora. ¿Ha visto usted mis blancos en casa de Gastine?

EL GUARDIA NOBLE

Sí.

PABLO ASTIER

¿Me ha visto usted también tirar?

EL GUARDIA NOBLE

¡Cristo!

PABLO ASTIER

¿Sabe usted que he tenido diez due-
los... todos afortunados para mí? Pues
dicho esto, le prohibo á usted hacer el
amor á la señorita de Sélény.

EL GUARDIA NOBLE

Pero...

PABLO ASTIER

Le prohibo á usted ir esta noche á la
Ópera.

EL GUARDIA NOBLE

Pero...

PABLO ASTIER

Y le ruego que ocupe pronto el sitio
de honor que le hemos reservado en mis
salones. ®

EL GUARDIA NOBLE

Pero... si... yo...

PABLO ASTIER

Porque despreciarlo sería hacerme una
ofensa, y antes de veinticuatro horas...

EL GUARDIA NOBLE

Dio Santo!

PABLO ASTIER

Tendría usted que darme una satis-
facción.

EL GUARDIA NOBLE

¿Nada menos?... Amigo mío... pero...

PABLO ASTIER

Vamos, éntre usted ahí, pronto, pronto.

EL GUARDIA NOBLE

Crea usted, querido Pablo, que si no
viniera de uniforme, me sometería á sus
razonamientos... tanto más cuanto que
ese novelista es un hombre muy agrada-
ble... y que yo no tengo el carácter bata-
llador... Pero estoy de uniforme, de gran
uniforme, y por el honor de la casaca
que llevo puesta...

(Da un paso hacia el foro.)

PABLO *(con voz terrible)*.

¡Ah! ¿Se va usted?

EL GUARDIA NOBLE

¡Pst!...

PABLO

¡Cuidado, Pepino, voy á pincharlo á
usted como á una rata!

EL GUARDIA NOBLE (*resignado*).

¡Ay! Poverinol... demasiado lo sé...
(*Sonriendo.*) Pero comprenda usted (*poniéndose el casco con resolución*) que el uniforme...

(*Vase.*)

ESCENA IV

PABLO ASTIER (*solo*).

No está mal... sino que es muy nervioso, muy impresionable... No tenía ni una gota de sangre en las venas...; no estará más pálido pasado mañana cuando le haya metido tres pulgadas de acero en la carne. No es ese quien me ha de estorbar en mi camino (*Con cólera.*) ¡Ah! ¡Si lo demás fuese igualmente fácil!

ESCENA V

PABLO ASTIER, LORTIGUE (*entra por la izquierda y se coloca á la derecha de la mesa*).

PABLO ASTIER (*estremeciéndose*).

¡Ah! ¿Es usted? (*Pausa. Lo mira con fijeza, va á hablarle, y se detiene.*) No, nada; váyase usted allí dentro.

(*Lortigue sonríe y mira á las dos salidas.*)

LORTIGUE

¿Allí dentro, ó á la calle?... Porque, como ha dicho usted que he presentado la dimisión...

PABLO ASTIER

Allí dentro; luego veremos.

(*Lortigue vase por el foro izquierdo.*)

ESCENA VI

PABLO ASTIER, *sólo*; luego MARÍA ANTONIA

PABLO (*á media voz*).

¿Qué iba á hacer? Confiar á... una cosa que no me atrevo á decirme á mí mismo... ¿Estoy durmiendo?... ¿Me vuelvo loco?... ¡Pablo Astier! ¡Pablo Astier!... (*Masticando las palabras.*) ¡Angustia!... ¡tormento!... ¡me atrae, y no me atrevo!... No me atreveré nunca...

MARÍA ANTONIA (*entrando por la izquierda, débil y desfallecida, hablando con dificultad*).

No, no se preocupen...; dejadme... esto no es nada...

(*Se deja caer en una silla baja junto á la mesa, aparentando no ver á Pablo.*)

PABLO (*aproximándose*).

¿Qué es eso?

MARÍA ANTONIA (*fingiendo sorpresa*).

¡Hola! ¡Estás tú aquí también!... ¡Vaya unos amos de casa!

PABLO ASTIER

¿Acaso hay necesidad de hacer los honores de la casa cuando se recibe á esa gente y cuando los sillones se pagan á dos luises?... ¿Estás mala?

MARÍA ANTONIA (*abanicándose*).

Poca cosa, un desvanecimiento... Esa lectura... la emoción de esas escenas crueles... ¡Es tan terrible la historia de ese crimen, el suplicio de esos dos jóvenes bandidos!... Abre la ventana, ¿quieres?...

PABLO (*dirigiéndose á la ventana de la derecha*).

¡Qué ideal..

(*Abre.*)

MARÍA ANTONIA

¡Qué consuelo! (*Abanicándose.*)

PABLO ASTIER

¡Lo de que vengan á leer en tu casa todos esos horrores!

MARÍA ANTONIA

¿Qué sabes tú? No los has leído (*sonriendo*), y veo que no los escuchas tan poco.

PABLO ASTIER

¡Gracias! No me gusta ese género de literatura para señoras... (*entre dientes*) una historia de asesinos.

MARÍA ANTONIA

Ya conocemos tus gustos literarios. Todos los hombres de acción son lo mismo... Prefieres á madama de Genlis: *Las veladas del castillo*, por ejemplo.

PABLO ASTIER

El libro de ese caballero es las veladas de presidio.

MARÍA ANTONIA

¡Qué difícil eres de contentar, hijo!... Haz el favor de llamar y que me traigan un vaso de agua... (*Pausa.*) ¿No vas?

PABLO (*inmóvil, como aterrado.*)

¿Decías?...

MARÍA ANTONIA

Un vaso de agua con hielo. Eso acabará de ponerme bien. Llama; ahí tienes el timbre.

PABLO ASTIER

No, iré yo...

(*Sale precipitadamente por la derecha. — Pausa.*)

MARÍA ANTONIA *(que se inclina para seguirlo con la vista por la puerta que está entreabierta).*

(Aparte, con voz dolorosa). ¡Oh! ¡La pobre madre de Caín!... *(Alto, sonriendo á Pablo, que vuelve con un vaso de agua en la mano.)* Me sirves tú mismo. ¡Qué amable! *(Señalando á la mesa.)* Pon eso ahí... Estás temblando, hijo mío... ¡Qué pálido te has puesto!... Tal vez el frío que entra por la ventana...

(Se va á levantar.)

PABLO ASTIER

No, gracias.

MARÍA ANTONIA *(sentada).*

¿De modo que no te interesa ese libro de Herscher? *(Aplausos á lo lejos.)* Pues tiene algunas páginas magníficas, como el capítulo de la tentación; el crimen apoderándose del hombre... Se comprende qué debe de ser verdad. ¿Noteparece? *(Coge el vaso. Pablo vuelve la cara.*



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA U...
"ALFONSO DAUDET"
Aodo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MARÍA ANTONIA (que se inclina para seguirlo con la vista por la puerta que está entreabierta).

(A parte, con voz dolorosa.) ¡Oh! ¡La pobre madre de Camil...! (Alto, sonriendo a Pablo, que vuelve con un vaso de agua en la mano.) Me sirves tú mismo. (Qué amable! Señalando a la mesa.) Pon eso ahí. Estás temblando, hijo mío... ¿Qué frío te has puesto!.. Tal vez el frío que entra por la ventana..

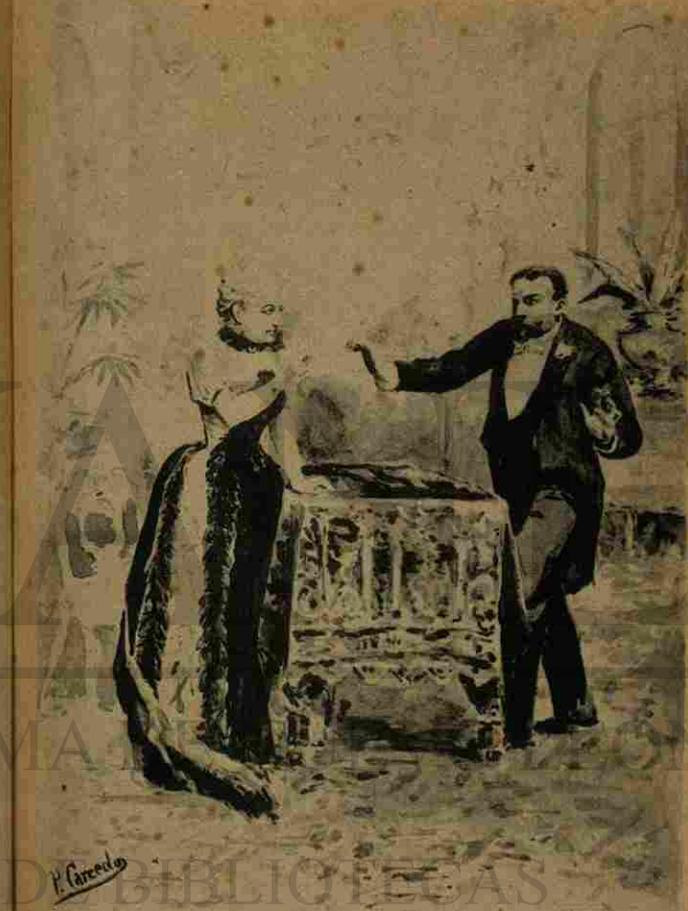
(Se va a levantar.)

PAULO ARTUR

No, gracias.

MARÍA ANTONIA (sentada).

¿De modo que no te interesa ese libro de Herscher? (Aplausos y lojesos.) Pues tiene algunas páginas magníficas, como el capítulo de la tentación; el crimen apoderándose del hombre... Se comprende que debe de ser verdad. ¿No te parece? (Coge el vaso. Pablo vuelve la cara.



P. Carrolo

Acto IV. Cuadro II. Escena VI.

(Pág. 233.)

Ella va á beber, y se detiene.) Tú eres sin duda como Brétigny, que pretende que esas cosas no se ven más que en las últimas capas sociales, y que la sociedad, la verdadera, la nuestra, está libre de esas monstruosidades. Yo no soy de esa opinión. Hemos visto algunos crímenes terribles en la alta sociedad.

(Se lleva el vaso á los labios.)

PABLO *(con viveza).*

¡María!

MARÍA ANTONIA

¿Qué, hijo?

(Lo mira, espera un momento, y vuelve á llevarse el vaso á los labios.)

PABLO ASTIER

¡No bebas!

(Quiere quitarle el vaso, y María Antonia lo rechaza suavemente.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



MARÍA ANTONIA

¿Por qué? ¡Tengo sed!

PABLO ASTIER

¡Tira eso... lo quiero... te lo ruego...
tíralo!

MARÍA ANTONIA *(que se ha levantado sin soltar el vaso, que sigue puesto encima de la mesa).*

¿No tienes valor para llegar hasta el final? ¿No eres un hombre fuerte? Pues no estaba mal combinado. Todos los días sucede que una persona de edad muera repentinamente en medio de una fiesta. La misma audacia de tu crimen lo ocultaba... Y te detienes precisamente en el momento crítico. Por tan poca cosa te conmueves, tiembles, te trastornas. Debías de haberme mandado á Lortigue... ¡Ese no hubiese temblado!

PABLO *(en voz baja, tartamudeando).*

No comprendo... Temí que ese agua tan fría... te hiciese daño... y...

MARÍA ANTONIA

¡Miserable!... ¡No ves que te espía hace mucho tiempo!... Bien sabía yo que vendrías á parar á esto, y hasta creí que sería antes... ¡Ah! Has luchado; lo he visto. El miedo, un resto de decoro, esa pechera almidonada que en vosotros sustituye al honor... Hasta que no has podido resistir, porque eres un malvado, porque no tienes piedad, y además porque la tentación era demasiado fuerte y te ha acometido el vértigo... Di ahora que no existe ese vértigo del crimen... ¡Y lo llevabas ahora mismo pintado en la cara al pasar por delante de ese espejo. Antes de verte sacar del bolsillo ese frasquito, lo había yo adivinado. Conocí que hoy era el día...

PABLO ASTIER

¡Qué locura! Basta ya... Tira ese vaso, y vamos al jardín.

MARÍA ANTONIA (*separando el vaso que él quiere coger, y colocándose entre la mesa y su marido.*)

¡De veras!... ¡Y si quisiera llamar, y si yo abriese esas puertas de par en par, señor Subsecretario, y gritase: «Venid y veréis lo que es este hombre!»

(*Su voz se anima á medida que habla; con exaltación.*)

PABLO (*asustado*).

¡María!...

MARÍA ANTONIA (*bajando la voz*).

Lo he sacado de la miseria y del fango; lo he hecho lo que es; todo lo que tiene, lo tiene por mí... Le he sacrificado mi nombre, mi fortuna; he pagado todas sus deudas... ¡La restauración de este caballero me ha costado más que la

del castillo de Mousseaux!... Y ahora que ya no tengo nada, que me lo ha gastado todo, para agradecerme lo que he hecho por él, en pago de mi amor y de mis ternezas, mirad lo que me trae para que beba... ¡la muerte!... ¡la muerte, á mí, que le he dado más que mi vida!

PABLO (*furioso, cruzando los brazos*).

¡Pues bien! Haz lo que dices, llama. ¿Te figuras que tengo miedo? (*En voz baja y acercándose mucho á ella.*) ¿No comprendes, desgraciada, que si he venido á parar en esto eres tú quien tiene la culpa? ¿Por qué te empeñas en ser un obstáculo? ¿Por qué interponerte en mi camino? Tenía que saltar por encima de ti, ó aplastarte. ¡He salido mal, peor para mí! Llama, llama de una vez. ¿Qué te detiene?

MARÍA ANTONIA

¡Sí, sí: eres fuerte, eres valiente, porque estás seguro de que no he de decir nada. ¡No te has equivocado!... ¡Mira!

(Se acerca á la ventana y arroja el frasquito. Vuelve á aproximarse á su marido.) ¿Querías divorciarte? ¡Pues seál... ¿Querías acabar conmigo? ¡Ya lo has logrado!... Aquí no hay ya una esposa, ni una amante, ni nada más que una madre, una pobre madre de cabellos canos, dispuesta á todo género de mentiras, á todo género de vergüenzas para librarte á ti de la suprema vergüenza, para evitar que seas un asesino. ¡Y lo serías! ¡Si lo eres ya! Has vacilado la primera vez, pero á la segunda no titubearías, y te ahorcarían, porque esas cosas siempre se descubren. Ocurriría entonces lo mismo que en esa triste historia que está leyendo Herscher; conocerías los terrores que han conocido esos dos miserables, sus remordimientos, sus angustias, esa agonía de sangre. Y puede ser que en la turba inmunda que rodeara el lugar de tu suplicio, gritara una voz, como le gritaron al otro: «¡Bravo, Pablo Astier!» porque habrías tenido la cabeza alta hasta en el patíbulo. *(Ocultándose el rostro entre las manos.)* ¡Tú en el patíbulo!... ¡Jamás! ¡Jamás!

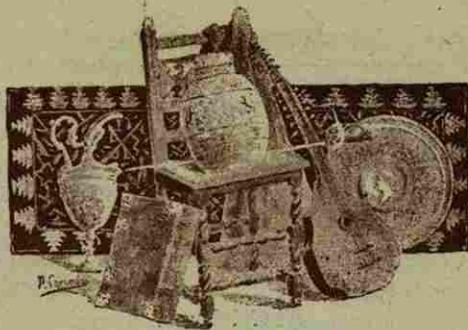
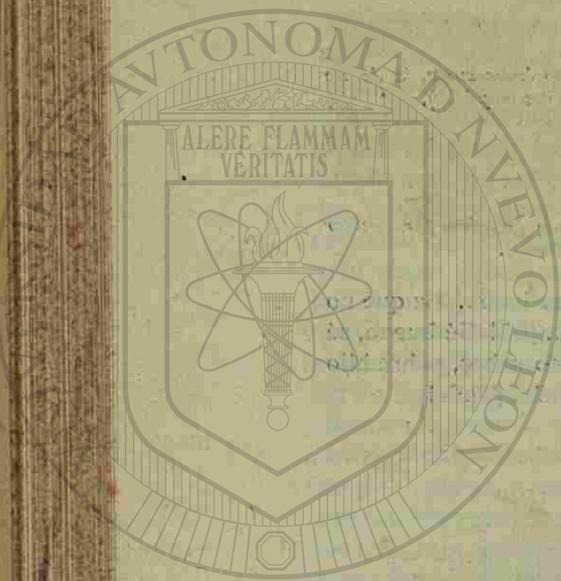
PABLO *(cogiéndole la mano bruscamente, la da un beso en ella. En voz muy baja).*

¡Perdón! ¡Perdón!

MARÍA ANTONIA *(volviendo la cabeza para ocultar las lágrimas).*

¡Oh! Yo siempre perdono... La que no perdona es la vida... ¡Oh! Sé bueno, sé bueno, sé honrado; ¿no sabes, pobre hijo mío, que todo se paga?... ¡Todo!





ACTO QUINTO

En el jardín de naranjos de Mousseaux.—A derecha é izquierda, filas de naranjos y limoneros; puerta á la izquierda; todo el foro practicable, dando acceso á un magnifico patio enarenado, al otro lado del cual se levanta una de las fachadas del castillo. En un rincón, á la izquierda, un clavicordio, una viola antigua, tapices, todo un lote de objetos adjudicados. En medio de la estufa un gran canasto y unos montones de libros en el suelo. En una silla, armas. El desorden natural en una casa donde se está vendiendo todo. En el foro una mesa rodeada de sillas.—Es la una del día.—Buena luz.—Es el mes de Septiembre.

ESCENA PRIMERA

HEURTEBIZE, *jardineros.*

HEURTEBIZE (*muy animado*). ®

¡A la entrada está la mesa para el Notario! Bien. (*Mirando á la derecha.*) Los

16

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

sillones para esas señoras... ¡Bueno! Quidadme de ahí ese canasto. Poned unas cuantas sillas más á este lado. Ayer hubo pocas. ¡Viene tanta gente á esta subasta!

ESCENA II

DICHOS, VAILLANT (*gran cambio en su fisonomía, las facciones hundidas, vestido de luto riguroso*).

HEURTEBIZE (*ecolocando las sillas*).

¡Hola, Sr. Vaillant! ¿Está usted ahí? Ya hacía tiempo que no nos veíamos.

VAILLANT (*viniedo á primer término*).

¡Es verdad, Heurtebize! (*A los jardineros, que lo saludan.*) Buenos días, buenos días. (*A Heurtebize, que sigue ocupado.*) He visto anunciada la subasta y he venido á pasar un día aquí con objeto de llevarme algún recuerdo de esta casa querida, donde tan feliz fué mi hija.

HEURTEBIZE (*sin dejar de trabajar en instalar las sillas*).

¡Oh! Viene usted tarde, Sr. Vaillant. Ya van cinco días. Hoy acabarán de vender las armas y los arreos de caza... En seguida venderán la caballeriza, y tal vez los naranjos, si queda tiempo. (*Entran unos hombres por el foro.*) ¡Ah! Ahí están los prenderos de París, la bandada de cuervos. (*Gritando á los prenderos, que tocan el clavicordio.*) ¡Eh! no toquen ustedes á nada de eso; todo lo que hay en ese montón está adjudicado...

VAILLANT

Y el castillo, ¿lo vendieron ya?

HEURTEBIZE

Sí... el castillo está vendido; los nuevos propietarios están ya instalados, aunque provisionalmente, en el pabellón de los Médicis. (*Bajando la voz.*) Son dos señoras extranjeras muy ricas...;

pero no serán como nuestra pobre señora.

VAILLANT

¡Oh, sí, pobre señora!

HEURTEBIZE

Su desgracia fué aquel casamiento. Pero, en fin, parece que ya se ha concluido y que está divorciada...

VAILLANT

Y retirada en Ajaccio. La verdad es que en estos tiempos se ven cosas muy raras... ¿Usted se queda, Heurtebize?

HEURTEBIZE (*mirando á la gente que pasea por el foro*).

Creo que sí; el Sr. Chemineau me ha dicho que me dejarían en mi puesto.

VAILLANT

¿Chemineau? El apoderado de...

HEURTEBIZE

Sí: él fué el encargado de la liquidación de la casa, y no sé en qué consiste que es muy amigo de las que han comprado el castillo. (*Gritando*.) ¡Por ahí no! Esos sillones están reservados. (*Se dirige presurosamente á la derecha, hacia las señoras de Rocanère y de Föder, á quienes acompaña el Guardia noble. Saluda al conocer á la Marquesa*.) ¡Por aquí, señora Marquesa!

ESCENA III

DICHOS, LA CONDESA DE FÓDER, LA MARQUESA DE ROCANERE, *en el brazo de la cual se apoya EL GUARDIA NOBLE, que anda trabajosamente y apoyado en un bastón. Detrás de este grupo ha entrado el Notario y se ha colocado con su pasante en la mesa; poco á poco va llegando gente*).

LA MARQUESA (*mientras la condesa de Föder habla con el Notario, atraviesa la escena con el Guardia noble, andando muy despacio*).

¿Cómo vamos, querido Conde?

EL GUARDIA NOBLE

La cabeza se me anda un poco... Pero me sostengo... me sostengo.

LA MARQUESA DE ROCANERE

Cuando yo le decía á usted que los aires de Rocanère acabarian de curarlo...

EL GUARDIA NOBLE (*con languidez*).

Y los cuidados de usted, Marquesa... y el vino añejo de Vouvray que tiene mi querido Marqués...

LA MARQUESA (*con ternura*).

¡Cosa más singular! Lo he cuidado á usted y me he curado yo. Ya no necesito las inyecciones de morfina.

EL GUARDIA NOBLE (*sentándose trabajosamente á la izquierda: con una silla á los pies*).

Ese monstruo de Pablo Astier sí que

me ha hecho á mí una buena inyección. Cinco meses en cama... *poverino!* (*Con languidez.*) ¡Y no estaba usted á mi lado, Luisa!

LA MARQUESA DE ROCANERE

¡Chist!

LA CONDESA DE FÓDER (*acercándose*).

El Notario me ha dicho el nombre de las nuevas propietarias de Mousseaux: las señoras de Sélény.

EL GUARDIA NOBLE

¡Eh?

LA CONDESA DE FÓDER

Dos húngaras... una de ellas muy bonita.

EL GUARDIA NOBLE

¡Cristo! *qué bell...*

LA MARQUESA (*con severidad*).

¿La conocía usted, Pepino?

EL GUARDIA NOBLE (*bajando la vista hipócritamente*).

Un poco.

LA CONDESA DE FÓDER

Y no es eso sólo: oigan ustedes lo que me han contado. Parece que Pablo Astier, en cuanto transcurra el plazo legal, se casará con la joven.

EL GUARDIA NOBLE (*dando un grito*).

¡Ah! Ahí está mi *combinazione*. El que la ha hecho es él... (*Levantándose*.) Vamos á ver qué dice ese Notario.

LA CONDESA DE FÓDER

¿Qué le ocurre ahora á ése?

(*La Marquesa y ella siguen al Conde hacia el foro.*)

HEURTEBIZE (*enjugándose la frente, se acerca á Vaillant, que sigue sentado en un banco, absorto y con la mirada fija en el suelo*).

¿Y los negocios, Sr. Vaillant? ¿Van como usted desea?... ¿Sigue usted en Correos?

VAILLANT

No; ya no. Dimití cuando murió mi hija.

HEURTEBIZE

¡Ay, Dios mío! ¡Su hija de usted ha muerto! ¡Aquella muchacha tan buena!... Es verdad. ¡Y yo que no veía que estaba usted de luto! Perdóneme. Pero ¿cómo ha ocurrido esa desgracia?

VAILLANT

¿Quién sabe esas cosas?... Sin duda los aires de París le sentaban mal. Una noche volvió mala á casa... Tiró dos meses,

y después... después... (*Aparte levantándose.*) ¡Oh! ¡Cuándo conoceré al bandido que me la ha matado!...

HEURTEBIZE

¡La señorita Lidia! ¡Tan buena, tan cariñosa! En casa la adorábamos... Me acuerdo cuando se marchó del castillo el día de la terrible escena de la señora. (*Movimiento de Vaillant.*) Llegó á mi cuarto temblorosa, sin...

VAILLANT (*estupefacto*).

¿Una escena con la señora?... ¿Con la Duquesa?

HEURTEBIZE (*con voz más baja*).

Sí, señor. ¿No lo sabe usted?... Cuando la señora sorprendió á los dos...

VAILLANT (*furioso*).

¿A los dos?

HEURTEBIZE

Eso, á su marido y á ella.

EL NOTARIO (*llamando*).

¡Heurtebize!

HEURTEBIZE (*rápidamente y mirando hacia el foro*).

Allá voy, señor Notario.

(*Se dirige hacia la mesa del Notario.*)

VAILLANT (*casi ahogándose*).

Pablo Astier... ¡Era él! (*Solo en primer término.*) ¡Oh! Ahora todo se explica... Mi traslación á París; la acogida que me hizo la Duquesa la última vez que estuve aquí... Sin duda me creería cómplice de esas infamias... ¡Oh, sí, sí! Ese era el nombre que mi hija me ocultó siempre, el nombre sobre el cual se apretaban sus dientes en la agonía... ¡Pablo Astier!... ¡A ver, á ver! (*Mirando el reloj.*)

Cinco horas para llegar á París... (*Da un paso.*) ¡Que pierda el nombre que llevo si esta noche no está vengada mi hijal!

HEURTEBIZE (*acercándose á él.*)

Señor Vaillant, ¿sabe usted lo que acaban de decirme?... ¡Que está aquí!

VAILLANT

¿Pablo Astier?... ¿Qué viene á hacer aquí?

HEURTEBIZE

¡Toma! Aunque ya no es el propietario del castillo, sigue siendo diputado por este distrito, y como se acerca la época de las elecciones...

VAILLANT (*casi sonriendo, pero terrible.*)

¡Ah! Está aquí. ¿Y dónde se aloja?

HEURTEBIZE

En *Los Leones de Plata*... Es la única fonda del pueblo.

VAILLANT

Gracias; voy allá.

(*Vase por la izquierda.*)

HEURTEBIZE (*mirando al foro.*)

¡Atención, que están aquí las señoras!

(*Se aparta para dejar paso.*)

ESCENA IV

DICHOS, LA GENERALA, ESTHER, CHEMINEAU,
UN LACAYO

(*Ricos trajes de verano, con sombrillas de vistosos colores.—La Generala lleva un traje rosa y aparece en escena del brazo de Chemineau.—Esther se ha detenido al entrar y habla con el Notario, el cual se pone de pie para saludarla. A la izquierda, las señoras de Föder y de Rocanère miran con curiosidad, sobre todo á Esther. El lacayo precede á las señoras con un cojín para los pies de la Generala.*)

LA GENERALA (*con acento de ternura y tristeza.*
A Chemineau.)

¡Ay, amigo mío! ¡Cuántos sacrificios
hago por usted! Me vais arrancando del
corazón á pedazos á mi pobre grande
hombre.

CHEMINEAU (*satisfecho.*)

Pero sin hacerle á usted mucho daño,
¿no es eso?

LA GENERALA

Ya es su sombrero el que desaparece
de la antesala.

CHEMINEAU (*riendo.*)

¡Como que siempre lo confundía con el
mío!

LA GENERALA

¡Ya no se pone su cubierto en la mesa!

CHEMINEAU (*con candides.*)

¡Pero si no llegaba nunca á tiempo!

LA GENERALA

Y yo me he quitado mis tocas de viuda,
que habia jurado llevar toda mi vida.

CHEMINEAU

Vamos, confiese usted que se siente
así más ligera. La rosa le sienta á usted
muy bien; y además, puesto que vamos
á casarnos...

LA GENERALA

¡Ah! ¡Calle usted, Fernando!

CHEMINEAU (*aparte.*)

¡Es verdad que me llamo Fernando!
(*Alto.*) No podía casarme con una viuda
Artemisa.

CHEMINEAU

¡Toma!... Como que sabe lo que le costó saludar á usted la última vez en la Ópera.

ESTHER

¡Es verdad! (Llamando á Heurtebize, que está hablando en el foro.) ¡Eh! ¡Usted, hombre!

HEURTEBIZE (aproximándose y descubriéndose).

Me llamo Heurtebize, señorita.

ESTHER (con altivez).

Usted se llamará como yo quiera, ó no se le llamará á usted más... Vaya á traerme el libro de Mousseaux, el libro donde firmaban los forasteros.

(Heurtebize saluda y se va.)

LA GENERALA (turbada).

¿Qué quieres hacer con ese libro, hija mía?

ESTHER

Nada, un capricho...

(Pablo Astier aparece por el foro. — Movimiento general de atención y curiosidad. El fondo de la escena está lleno de gentes de todas clases.)

ESCENA V

DICHOS, PABLO ASTIER

(Está un poco pálido, elegantemente vestido, y lleva la cabeza erguida. Saluda á derecha é izquierda, habla un momento con el Notario al pasar por delante de su mesa.)

LA MARQUESA DE ROCANERE (á la izquierda del espectador).

¡Oh! ¡Esto es demasiado!

LA CONDESA DE FÓDER

¿Qué?

LA MARQUESA DE ROCANERE

¡Pablo Astier aquí! ¡Se ha atrevido á venir!...

LA CONDESA DE FÓDER

El bello Asuero, que viene á visitar á su Esther.

PABLO ASTIER (*deteniéndose delante de ellas*).

¡Hola, señoras!... ¡Qué sorpresa tan agradable!

LA MARQUESA DE ROCANERE

Sobre todo para nosotras, mi querido Sr. Astier.

PABLO ASTIER (*viendo al Guardia noble*).

¡Hola, querido Conde! ¡Cuánto me alegro ver á usted en pie ya!

EL GUARDIA NOBLE (*con acento cómico*).

Y yo también, mi querido *Paolo*... me alegro mucho, créalo usted.

PABLO ASTIER (*á la Marquesa*).

¿Le extraña á usted mi presencia, Marquesa? Crea usted que el venir me ha costado tanto trabajo... (*Intencionadamente*.) Como á usted, porque siempre es doloroso venir á una casa donde cada rincón despierta en nosotros un recuerdo.

LA MARQUESA (*un poco turbada*).

¡Ay! ¡Pobre María Antonia!

LA CONDESA DE FÓDER

¡Oh, sí! Es muy triste...; pero yo tenía muchas ganas de un par de caballos.

PABLO ASTIER

Y la señora de Rocanère se ha sacrificado por acompañar á usted... Eso hace una buena amiga... ¿Y es el tronco bayo el que le gusta á usted?

LA CONDESA DE FÓDER.

Precisamente, los dos *steppers*... Estoy loca por ellos.

PABLO ASTIER

Creo que subirán mucho.

LA MARQUESA DE ROCANERE

Y usted, ¿á qué ha venido?

PABLO ASTIER (*con frialdad*).

Pues he venido á retirar de la venta algunos objetos de arte que sé que le gustaban mucho. Un clavicordio antiguo... una viola italiana... Ha tenido escrúpulos de tocar á nada; pero el encargado de la liquidación me autoriza, y esta noche mismo habrá salido todo eso para Ajaccio.

(*Carcajadas en el grupo donde están Esther y su tía.*)

CHEMINEAU

Se lo juro á usted, Generala.

PABLO ASTIER (*mirando á Esther*).

Permítanme ustedes que vaya á saludar á las señoras de Sélény.

(*Atraviesa la escena.*)

EL NOTARIO

¡Señor Astier!

(*Pablo se detiene un momento junto á la mesa.*)

LA MARQUESA DE ROCANERE

¡Es muy delicado eso que hace!

LA CONDESA DE FÓDER

¡Oh! ¡Siempre tan correcto!

EL GUARDIA NOBLE *(con acento cómico)*.

¡Ah! sí... lo que es como correzione...
¡Cristo!

CHEMINEAU *(á Pablo Astier)*.

Ven, hombre... Que se impacientan...
(Al Notario.) Ya puede usted començar,
señor Notario.

(Movimiento de la gente que hoy en el foro.)

PABLO ASTIER *(á la Generala)*.

Las flores más hermosas de la estufa
no están tan frescas como usted, Gene-
rala.

CHEMINEAU

Ya se lo he dicho yo, chico... *(En voz
baja.)* No he olvidado la lección.

EL NOTARIO *(en el foro, sentado delante de la mesa)*,

¡Un poco de silencio!... Se pone en ven-
ta un par de pistolas con su estuche...
Hay quien da doscientos francos.

LA MARQUESA DE ROCANERE

Doscientos cincuenta.

VAILLANT *(confundido entre la gente)*.

Trescientos.

LA MARQUESA DE ROCANERE

Cuatrocientos.

VAILLANT

Quinientos.

(Rumores).

LA MARQUESA DE ROCANERE

¡Oh! Es demasiado. Seiscientos.

VAILLANT

Setecientos.

LA MARQUESA DE ROCANERE

Ochocientos.

VAILLANT (*encolerizado*).

Mil.

(*Rumores.*)

EL NOTARIO

¡Mil francos! ¡Hay quien dé más? Una, dos, tres. ¡Adjudicado!

ESCENA VI

DICHOS, HEURTEBIZE

HEURTEBIZE (*que entra por la derecha con el libro que le han pedido; á media voz*).

¡Hola! Mucho empeño tenía el Sr. Vaillant en llevarse un recuerdo... ¡Mil francos! (*Alto, acercándose á Esther.*) Señorita... el libro que me ha pedido.

ESTHER

Bueno, déjelo usted allí... (*A Pablo.*) Quiero enseñar á usted una cosa. Venga usted también, tía Catalina.

LA GENERALA (*acercándose con cierta turbación*).

Luego, hija... No es este el momento. La venta es mucho más interesante.

LA MARQUESA DE ROCANERE

¡Oh! Es demasiado. Seiscientos.

VAILLANT

Setecientos.

LA MARQUESA DE ROCANERE

Ochocientos.

VAILLANT (*encolerizado*).

Mil.

(*Rumores.*)

EL NOTARIO

¡Mil francos! ¡Hay quien dé más? Una, dos, tres. ¡Adjudicado!

ESCENA VI

DICHOS, HEURTEBIZE

HEURTEBIZE (*que entra por la derecha con el libro que le han pedido; á media voz*).

¡Hola! Mucho empeño tenía el Sr. Vaillant en llevarse un recuerdo... ¡Mil francos! (*Alto, acercándose á Esther.*) Señorita... el libro que me ha pedido.

ESTHER

Bueno, déjelo usted allí... (*A Pablo.*) Quiero enseñar á usted una cosa. Venga usted también, tía Catalina.

LA GENERALA (*acercándose con cierta turbación*).

Luego, hija... No es este el momento. La venta es mucho más interesante.

ESTHER (á Pablo, señalando el libro).

Busque usted ahí lo que escribí la primera vez que visité Mousseaux... Era en Abril, hace cinco meses... hacia el 15... ¿no es verdad, tía?

LA GENERALA (cada vez más confusa).

Pero hija, ¿cómo quieres que me acuerde? (A Chemineau.) Precisamente en esa época tenía yo pérdida la cabeza. Sufría una de mis crisis de lágrimas.

CHEMINEAU (con candidez):

El difunto que repicaba.

LA GENERALA

¿Qué dice usted?

CHEMINEAU

Si... que salía á flote. ¿Qué mal hay en eso?

PABLO ASTIER (hojeando el libro).

Quince de Abril, aquí está. (Leyendo.) «El conde Adriani, del cuerpo de Guardias Nobles... Pensamiento de Salomón.» (Imitando el acento de Pepino.) «El amor es más fuerte que la muerte.» (Señalando á la izquierda, donde la Marquesa está tocando el clavicordio, mientras el Guardia noble la oye, lánguidamente inclinado hacia ella.) ¡Buen profeta era Salomón!... Había adivinado á la señora de Rocanère.

ESTHER

En efecto, ella es quien lo ha curado de la estocada que usted le dió.

PABLO ASTIER (leyendo).

«La generala de Sélény, viuda del grande hombre.»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DAUDET"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ESTHER (*alegremente*).

Veamos qué pensamiento escribió la buena de mi tía Catalina.

LA GENERALA

¡Estas chiquillas son insoportables!

PABLO ASTIER (*leyendo*).

«Pensamiento de Joubert:—No se es esposa y viuda con dignidad más que una vez.»

CHEMINEAU (*alegremente á la Generala*).

Perfectamente. Espero no os ocurra más que una vez eso de ser viuda. Es más, me comprometo á ello.

LA GENERALA (*á Chemineau*).

La broma y el ingenio. (*Le da un golpecito con el abanico*.) ¡Ah! ¡Qué francés es usted!

CHEMINEAU (*á su oído*).

¡Alma mía! ¡Flor! ¡Mi estrella!

PABLO ASTIER (*leyendo*).

Por fin: «Condesa Esther de Sélény.»

ESTHER

Es corto, pero no es de Salomón ni de Joubert. Es mío.

PABLO ASTIER

Y en inglés.

ESTHER

Sí, era más elegante y más discreto así.

PABLO ASTIER (*leyendo*).

I shall return.

ESTHER

Traducción: «Volveré.» (A Pablo, con calor.) Y he vuelto á esta regia mansión de Mousseaux. Y he vuelto como me había prometido hacerlo, como propietaria. (Más bajo.) Y del brazo de usted. Lo que quiero, lo quiero fervorosamente.

(Cierra el libro con un movimiento enérgico. Agitación en el foro. QUITAN LA MESA DEL NOTARIO.)

CHEMINEAU (acercándose á las señoras de Föder y de Rocanère:)

Atención, señoras. Debemos aproximarnos. Van á vender la caballeriza, ahí al lado, junto al prado.

LA GENERALA (desde lejos).

Esther, tú que quieres un tronco.

ESTHER

Sí, sí; allá vamos. (Deteniendo á Pablo Astier en primer término, debajo de un

naranja, las ramas del cual están casi tocando con sus cabezas.) ¿Qué tiene usted? ¿A qué viene ese aspecto tenebroso? ¿Es que al cruzar el parque, ó en algún recodo de la alameda, se le ha aparecido el ligero fantasma de alguna de las bellas que paseaban por aquí?

PABLO ASTIER

¡No creo en fantasmas! ¡No he visto ninguno jamás!

(En este momento Vaillant pasa por el foro espiando á Pablo Astier; después se va por la izquierda. Vanse todos.)

ESCENA VII

ESTHER, PABLO ASTIER

PABLO ASTIER (á Esther).

Eso que usted llama mi aspecto tenebroso, es la máscara, mi querida Esther, la máscara que imponen las conve-

niencias sociales. Pero óigame usted bien. Hasta hoy, hasta este bendito momento, he tomado la vida como un combate, como una batalla de ambiciones feroces y voraces. He hecho mi camino libremente, sin escrúpulos, sin entrañas. He sido duro, he sido cínico. No es culpa mía. Soy un producto de mi tiempo, y detrás de mí vienen otros que serán más implacables todavía.

(Rumores fuera.)

LA VOZ DEL NOTARIO

¡Un poco de silencio!

PABLO ASTIER

Ahora la amo á usted, Esther; á usted, la única á quien se lo he dicho sin mentir. ¡La amo! Y lo que experimento es tan nuevo para mí, tan extraordinario... Una tranquilidad de todo mi ser, algo grande, dulce, que me envuelve, me desarma, y que, si usted quiere, hará de mi otro hombre, trocando en bondad todos mis instintos de combate.

ESTHER *(sonriendo)*.

¡Ay, Dios mío! ¡Me asusta usted! ¿Le sucede á usted á menudo eso de ponerse sentimental?

PABLO ASTIER

No; ¡se lo juro!

ESTHER

Entonces, bueno. Coja usted ese ramito de azahar que está precisamente encima de mi cabeza. Ese no, el otro más alto; la flor estará más fresca, más intacta.

EL NOTARIO *(fuera)*.

Se vende un tronco de caballos domados, y perfectamente apelados.

ESTHER *(á Pablo, que le da el azahar)*.

No, es para ti... Soy yo... Soy tuya... Me entrego...

PABLO ASTIER

¡Gracias!

(Se inclina para besarle la mano).

ESTHER

Caricia perdida, ¿sabes?... tengo el
guante puesto.

PABLO ASTIER

Entonces aquí.

*(Levanta el guante con rapidez y besa el brazo
desnudo.)*

ESTHER

¡Ten cuidado! Pueden vernos.

PABLO ASTIER *(con frialdad y sin volverse)*

Nadie.

ESTHER *(sonriendo)*.

¡Siempre dueño de tí! Así te prefiero;
así es como te quiero, con esa mirada
fría que quema, con esa boca donde se
retrata la audacia y la fuerza de tu vo-
luntad. También yo soy así, audaz y vo-
luntariosa.

EL NOTARIO *(fuera)*.

Hay quien da quince mil francos.

UNA VOZ

Dieciséis mil.

OTRA VOZ

Diecisiete mil.

UNA VOZ

Dieciocho mil.

(Grandes rumores fuera.)

LA GENERALA (*apareciendo presurosa por el foro*).

Esther... Esther... ¿No vienes?

(*Vase.*)

UNA VOZ

Veinte mil.

PABLO ASTIER (*á Esther*).

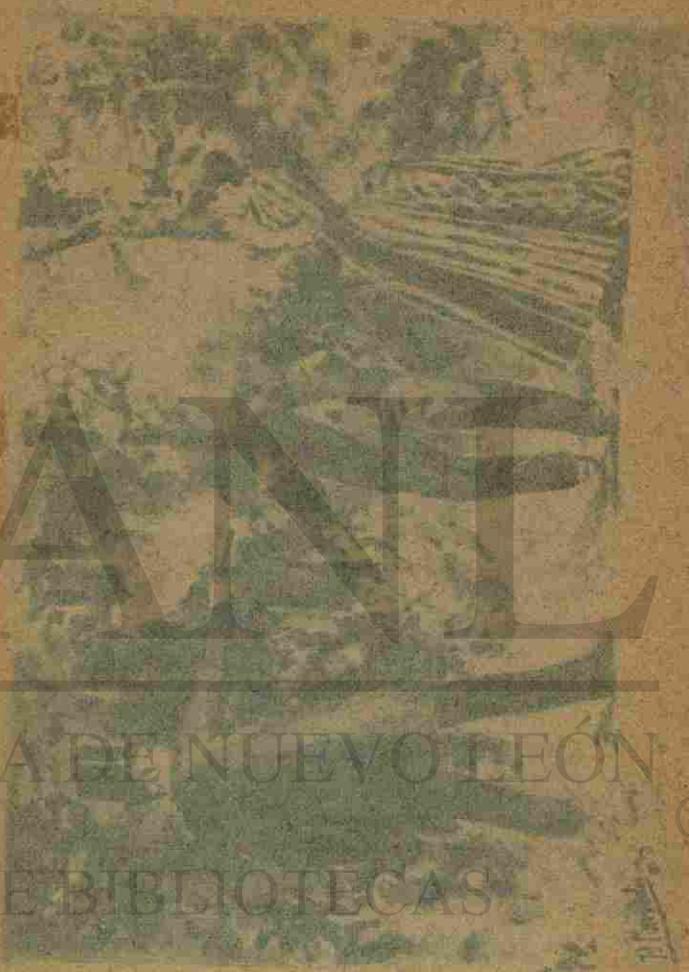
No te muevas. (*Con toda su voz, dirigiéndose al lugar donde se hace la venta.*) Veinticinco mil. (*Sensación fuera.*)

EL NOTARIO (*fuera*).

¡Veinticinco mill... ¡Hay quien da veinticinco mil francos!

PABLO ASTIER (*á Esther*).

El tronco los vale, y deseaba ofrecértelo.



La SENSACION (*apareciendo presurosa por el foro*).

Esther, Esther... ¿No vienes?

(*Vase.*)

Usa voz.

Veinte mil.

(*Viene Estrella y Esther.*)

No te desvales, ven a su voz, dirigiéndose al lugar donde se hace la venta. Veinticinco mil. (*Sensación fuera.*)

El NOTARIO (*fuera*).

Veinticinco mil... ¡Hay quien da veinticinco mil francos!

PAULO AZIMA (*de Esther*).

El tronco los vale, y deseaba ofrecer-
tele.

DIRECCION GENERAL D



(Pág. 281.)

ESTHER

¿Ofrecérmelo? ¿Entonces como regalo de boda?... (Con un apretón de manos.) De ese modo, sí.

EL NOTARIO

¡Veinticinco mil francos!

ESTHER (á Pablo).

Yo la fortuna y la belleza; tú el poder y la audacia sin límites... Una mujer como yo, un hombre como tú...

PABLO ASTIER (abrazándola).

Nosotros dos gobernaremos el mundo á nuestro antojo.

ESTHER (con calor).

¡El mundo entero, dueño mío queridísimo!

ESCENA VIII

DICHOS, VAILLANT (*que ha entrado por la izquierda y que desde hace un momento parece esperar á que termine el coloquio de los dos enamorados*).

VAILLANT (*aproximándose*).

¡El Sr. D. Pablo Astier!

EL NOTARIO (*fuera*):

¿Nadie da más?... ¡A la una!... ¡á las dos!...

(*Pablo se vuelve, ve á Vaillant, separa á Esther y se acerca al anciano, el cual lo detiene con un ademán hecho con la mano izquierda.*)

VAILLANT

Luchamos por la vida, ¿no es verdad, joven?

EL NOTARIO (*fuera*):

¡A las tres!...

VAILLANT (*saca una pistola del bolsillo del abrigo*).

El fuerte se come al débil. (*Amartilla y dispara.*) ¡Pues entonces, yo te suprimo, bandido!

EL NOTARIO (*fuera*).

¡Adjudicado!...

(*Pablo Astier gira sobre sí mismo y cae muerto á los pies de Esther. Entran todos en escena. Grito de horror.*)

VAILLANT (*mirando al cielo*).

¡Adjudicado!... ¡Esa es la palabra!..



®

COLECCIÓN JUBERA

OBRAS PUBLICADAS
VOLUMEN I

4 pesetas en rústica y 5 encuadernado en piel á la inglesa.



ROBERTO HELMONT

DIARIO DE UN SOLITARIO

POR A. DAUDET

Ilustrado con más de 100 fotograbados y 15 cromotipias.

VOLUMEN II

3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa



Treinta años de Paris.

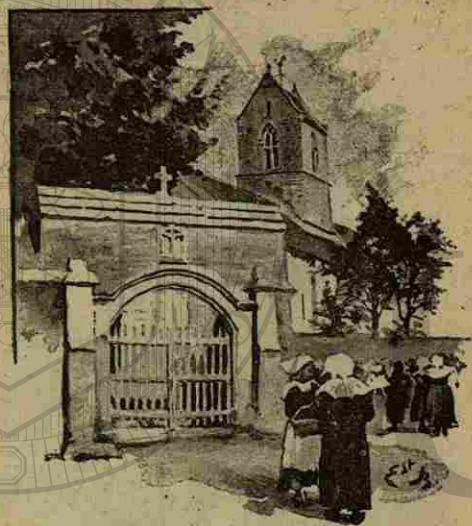
Á TRAVÉS DE MI VIDA Y DE MIS LIBROS

POR A. DAUDET

Edición Ilustrada con 118 grabados tirados en diversos colores.

VOLUMEN III

3 50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado á la Inglesa.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
RECUERDOS DE UN HOMBRE DE LETRAS

POR A. DAUDET

Edición ilustrada con 98 grabados á varias tintas.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
IMP. DE RUBIÑOS

